PABLO SEMÁN
coordinador

ESTÁ ENTRE NOSOTROS

¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?





Índice

Pablo Semán
coordinador

ESTÁ ENTRE NOSOTROS

De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?

Autores:

Sergio Morresi
Ezequiel Saferstein
Pablo Semán
Melina Vázquez
Martín Vicente
Nicolás Welschinger



Semán, Pablo
Está entre nosotros / Pablo Semán [coord.].- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2023.

Libro digital, EPUB.- (Singular)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-801-299-5

1. Política. 2. Agrupaciones Políticas. 3. Argentina. I. Título.

CDD 320.82

Diseño de portada: Emmanuel Prado / <manuprado.com>

Fotografías: Melina Vázquez

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: diciembre de 2023

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-299-5


Partido
Libertario

Introducción

La piedra en el espejo de la ilusión progresista

Pablo Semán

A inicios de 2023, La Libertad Avanza (LLA) –el partido que disputó la presidencia de la Nación en noviembre de ese año– era considerado por buena parte de los observadores poco más que una curiosidad evanescente. Este libro describe la historia de las ideas y los mundos sociales en que toma forma y volumen la fuerza política de extrema derecha que finalmente conmovió el panorama electoral y la agenda política del país.

La Libertad Avanza constituye una experiencia que canalizó una corriente social, potenció la crítica del Estado, de los partidos políticos y de la economía y, finalmente, transformó las coordenadas del debate político. Con independencia del resultado electoral de la segunda vuelta, la candidatura del dirigente libertario Javier Milei radicalizó visiones económicas y políticas de las derechas. Al mismo tiempo, engendró una alternativa a la expresión *mainstream*, encarnada por algunos de los más influyentes protagonistas de Cambiemos, y planteó un desafío al peronismo.

¿Qué es esto? Empecemos por arriesgar una respuesta parcial cuyos hilos este libro seguirá en detalle: LLA es un liderazgo y una organización política de derecha radical que, en el seno de una disputa histórica, resulta de a) un *fusionismo* que permite contener las tendencias centrífugas y renueva su identidad superando los tabúes de las versiones anteriores de esa tradición (como postulan Sergio Morresi y Martín Vicente en el capítulo 1), b) su capacidad para formar una derecha popular capaz de superar la endogamia social o los reparos antiplebeyos de las élites (como demuestra Melina Vázquez en el capítulo 2), c) la construcción de una cultura crítica que protagoniza una batalla cultural en escenarios masivos y digitales (como desarrolla Ezequiel Saferstein en el capítulo 3), d) el lazo que se establece entre ese proyecto y amplios sectores sociales que reaccionan al problema irresuelto del modelo económico y el encapsulamiento de las dirigencias (como argumentan Pablo Semán y Nicolás Welschinger en el último capítulo). Una fuerza que, en síntesis, entrelaza la protesta contra el

presente y la resignificación de la libertad en una apuesta que se intersecta con las versiones actualizadas y más agresivas del neoliberalismo contra las dimensiones sociales de la democracia y, a veces, contra las dimensiones liberales y democráticas de la república. Cada uno de los ítems señalados ha sido objeto de una investigación empírica por parte de los autores de este libro, que desde 2019 observan y analizan las ideas, las prácticas culturales y políticas de los libertarios y las adhesiones sociales al liderazgo de Milei y a su contenido doctrinario. No conocemos el conjunto del universo libertario ni todas sus instancias, pero la entrada empírica a través de algunos de sus segmentos más relevantes podrá darnos una imagen del conjunto. Esta introducción intenta enmarcar los hallazgos de nuestras investigaciones y el modo en que dialogan entre sí.

¿Cómo fue posible la emergencia de esta fuerza que sorprende, muchas veces, indebidamente? Nos encontramos ante una situación que presenta desafíos y amenazas graves e inusitadas, aun cuando no conozcamos su magnitud. Por un lado, La Libertad Avanza surge de una forma tan enérgica y desproporcionada respecto de las estructuras y caudales políticos existentes, que todo sucede como si a través de esta fuerza se expresaran un perfil y una dinámica social que esperaban de un proceso político unas pocas acciones constitutivas, el toque de la varita mágica de la historia. Por otro lado, ese trabajo político, ideológico y organizativo ha sido tan pertinente, tan complejo y tan específico, que actualizó de forma acelerada las potencias del proceso social.

Entre las intervenciones pioneras que supieron advertir e incluso anticipar, desde diferentes ángulos, lo que estaba sucediendo en el ámbito mundial y local, no pueden ignorarse los trabajos de Cass Mudde sobre la ultraderecha, los de Adam Przeworski acerca del divorcio entre capitalismo y democracia y los de Steven Levitsky sobre las reversiones posibles de la democracia. En un plano más específico, importa destacar el aporte de Pablo Stefanoni, que señaló y describió de forma exhaustiva y sistemática la arquitectura de estas corrientes en el escenario mundial. También, las observaciones tempranas de Mayra Arena en diversas intervenciones públicas en las que discernía un panorama sociopolítico fértil para Javier Milei y sus ideas. En el mismo sentido, Verónica Gago señaló la posibilidad de un neoliberalismo desde abajo, y Mariana Moyano ha tenido agudas y profundas percepciones sobre los vínculos entre las nuevas generaciones, las prácticas económicas y la política. Con un criterio analítico virtuoso, Victoria de Masi logró exponer y describir las subjetividades que se activaron con La Libertad Avanza. Natalia Aruguete y Ernesto Calvo (2023) han estudiado la especificidad de la polarización en la dinámica de las redes sociales, y Juan Ruocco (2023) supo leer la presencia de la derecha alternativa en las redes sociales. Quienes participamos de este volumen hemos argumentado en distintas

oportunidades sobre la importancia de estudiar la evolución de estas corrientes políticas y hemos alertado en artículos y libros acerca del deslizamiento hacia la derecha de la derecha por causas propiamente políticas, pero también económicas, sociales y culturales.[1]

¿Cómo explicar la irrupción de La Libertad Avanza? La respuesta requiere algunas consideraciones preliminares.

El escenario geopolítico global supone fuerzas y recursos financieros, ideológicos y comunicacionales que operan como nutrientes de la formación de La Libertad Avanza. Y no hay que ignorarlo de ninguna manera. Pero Milei no es Bolsonaro ni Trump ni un plan perfecto de la internacional negra, sino un fenómeno que tiene parecidos de familia con ellos, pero que metaboliza y hasta radicaliza esas experiencias. Después de todo, Milei tiene un ascenso más abrupto, más acelerado y desde posiciones más marginales que las de los líderes estadounidense y brasileño. Llega, además, sin experiencia de gestión, sin padrinazgos institucionales y con un partido nuevo que, hasta poco tiempo antes de las elecciones presidenciales, no disponía ni de una mínima red territorial ni de apoyos económicos o sociales institucionalizados (aunque no puede decirse que estos hayan sido nulos).

La tentación de enfatizar la dimensión mimética del caso argentino respecto de otros fenómenos mundiales, cuando hasta no hace mucho se pronosticaba que ese tipo de deriva era imposible debido a un presunto blindaje nacional, no hace sino compensar con una nueva simplificación simplificaciones previas. El peronismo como potencia arbitral, un sistema de electorados solidificados entre un peronismo inclinado a la izquierda y un antiperonismo modulado como centroderecha que funcionaría como amortiguador, el poder de los sindicatos y la resistencia de las organizaciones sociales que serían disuasores, los efectos del juicio a las Juntas, el éxito de público de la película de Santiago Mitre sobre ese acontecimiento histórico, fueron argumentos destinados a sustentar una densidad diferencial que funcionaría como "cerco sanitario frente al crecimiento del fascismo" (¿una solución europea para problemas argentinos?). Para nosotros, se trata de reconocer que estas circunstancias, lejos de ser excepcionalidades que obraron como barreras, son rasgos específicos de las potencias sociales y políticas que dieron lugar al crecimiento de la derecha radical. Las supuestas excepcionalidades son condiciones históricas que pueden ser integradas como vectores en la singularidad, la radicalidad y lo abrupto del proceso en que las derechas extremas, como en otros países, han crecido y llegado al gobierno.

Tampoco se trata de algo que exclusivamente aconteció en las redes sociales o entre varones reactivos al feminismo, aun cuando esos medios, esos sujetos y esos motivos formen parte del combustible espiritual de la

LLA. Puntualicemos también que la referencia al fascismo desenfoca en vez de ayudar: lo amenazador para la democracia no siempre tiene la misma forma y la historia no se repite ni como farsa. Los daños a las instituciones y prácticas democráticas no se hacen tangibles con una escala de Richter como la que mide los terremotos, en la que el mayor daño se determina por el mayor grado alcanzado y, *voilà!*, el fascismo es el grado máximo. Los análisis y materiales empíricos que están en la base de este libro hablan, justamente, de la especificidad histórica de la derecha radical y de las categorías que mejor podrían ceñir los fenómenos en curso, pero sin identificar el análisis con los puntos de mira que la propia contienda ha evidenciado limitados.

También se trata de evitar el razonamiento zoológico en términos de género y especie para determinar, a partir del cuadro hipotético de todas las radicalizaciones posibles, la que correspondería al animal autoritario argentino. Se han popularizado argumentos que aíslan un conjunto de variables y diferencian cada caso por el modo en que se combinan para dar lugar a conclusiones del tipo "Bolsonaro tiene al Ejército y Milei no" o "Trump fue precedido por el Tea Party", como si hubiera una ley o fórmula general de las derechizaciones. Estos razonamientos contienen un dato que no puede ignorarse, pero debe incluirse en una realidad superior: la dimensión procesual de la emergencia de la derecha radical en cada país. Las configuraciones nacionales no pueden estandarizarse: las comparaciones que se hacen entre países esconden heterogeneidades insanables al equiparar escalas muy disímiles y aplanar significaciones muy diversas. No se trata de hacer *checklists* para establecer analogías, sino de usar lo que sabemos de otros casos para pensar los propios. Y esto no implica desdeñar el hecho de que todos estos fenómenos participan, con su textura específica, de una corriente internacional en que confluyen y se determinan recíprocamente.

Tampoco es posible hacer análisis unilaterales donde se enfatice y se refute ora la novedad, ora la continuidad de las derechas, o donde se subraye en un momento lo global y en otro lo local y, finalmente, se oscile entre realzar el peso de la economía, de los factores sociodemográficos, culturales o directamente políticos. Se trata de encontrar el peso de cada factor pensando en una configuración y una trayectoria que, para nosotros, está definida a partir de las luchas políticas nacionales y la forma en que los actores movilizan conexiones y recursos globales en fronteras obviamente porosas y en procesos históricos con fuertísimas inercias.

En el seno de una trama social transformada por sus derivas socioeconómicas y por mecanismos de socialización política que han venido a complementar y desbordar lo que considerábamos tradicional, se produjo en el espacio de las derechas la voluntad de una expresión con peso popular

capaz de ganar en otros formatos y programas una influencia que ya había tenido en otros momentos de la historia. Lo que –siguiendo una pauta de trabajo un tanto colonizada– es tratado como una reacción que presupone "avances" y "retrocesos", desde una concepción de la vida política que distorsiona la forma de existencia de lo social (que no es un mecanismo ni un organismo), debe ser visto, más bien, como efecto de una disputa histórica en la que hoy se impone una síntesis política de las derechas en el seno de transformaciones que han minado las fuerzas históricas de la democracia en la Argentina. El estudio de las derechas no debería reducirlas a una imagen estandarizada en cuanto a ingredientes, proporciones y operatividad histórica, como si se tratara de franquicias de una red multinacional.

Finalmente, nunca se insistirá lo suficiente en una distinción clave que atraviesa todos los capítulos de este libro: no pensamos en una equivalencia o correspondencia unívoca entre, por un lado, dirigentes, partidos y programas de derecha y, por el otro, los electorados atraídos por esas banderas, sino en una dialéctica entre dirigentes y dirigidos que puede dar lugar a esas identificaciones. Hemos procurado captar cómo, ante ciertos cambios y ante el agotamiento histórico de otras alternativas, la opción por las derechas anuda parcialmente las propuestas de los dirigentes con el desplazamiento de agendas que responden a demandas que hoy se imponen en el ánimo de los electores aun cuando no se asuman de "derecha", como el cuestionamiento al cierre de las élites, la crítica al estado del Estado, el combate a la inflación o la disociación entre declaraciones y prácticas. Estudiar el lazo político que producen las derechas (o cualquier fuerza política) es poner en el centro la siempre transitoria y muchas veces confusa intersección entre procesos sociales, sujetos y solicitaciones de las fuerzas políticas.

Veremos cómo la propuesta de una derecha popular capaz de incorporar las tradiciones militantes, de coordinarlas con los dispositivos de la cultura digital y de la cultura de masas, de contener amplios y variados sectores de un electorado que ha reperfilado sus demandas es, por ello, capaz de dar lugar a una fracción radical socialmente implantada, transversal a segmentos sociales y etarios y con un sesgo de género que es innegable pero declina con la masividad (LLA integró en su caudal cada vez a más mujeres, pero no resignó sus invectivas contra los feminismos, incluso aunque sus votantes registren sus influencias y una parte de su techo electoral esté de hecho determinado por el miedo que despiertan entre votantes mujeres las promesas y el estilo violento de Milei).

Seis determinaciones en busca de entender la construcción libertaria

Veamos someramente cuáles son las condiciones sociales e históricas más inmediatas en las que se ha fraguado el proceso político en que se inscribió la candidatura de Javier Milei y la emergencia de LLA.

En primer lugar, es necesario señalar condiciones socioeconómicas que han modificado profundamente la estructura y la dinámica social. El Rodrigazo en 1975, la crisis hiperinflacionaria de 1989, la bancarrota de 2001 y los años acumulados de estancamiento e inflación desde 2012 son apenas algunos hitos de un recorrido complejo y desalentador. El aumento de los picos de pobreza con reflujos transitorios hacia pisos cada vez más altos, el estancamiento y el decrecimiento del PBI per cápita salvo algunos años excepcionales, y las posiciones ocupacionales y sociales amenazadas por los cambios tecnológicos han provocado la informalidad e intermitencia del trabajo, el empobrecimiento de las clases medias y el engrosamiento de las camadas de asalariados pobres, incluso a pesar de estar, muchas veces, pluriempleados.

Si bien hay contrapesos a esa visión que identifica la evolución sociodemográfica con un plano inclinado, no es menos cierto que, como señala Pablo Gerchunoff, el amargo balance es el resultado nítido de cinco décadas en las que la Argentina no ha encontrado un modelo productivo capaz de sustituir al que estalló, luego de años de decadencia, en 1975, y sufrió demoliciones sucesivas en espasmos periódicos. En ese mismo encadenamiento se inscribe el proceso de desvalorización de la moneda nacional que ha llevado a repetidos cambios de signo monetario y finalmente a la crítica social al peso argentino. Este cuestionamiento no atañe solo a la economía, sino también al Estado, a la política y a los correlativos arreglos sociales en que conviven Estado, sociedad y mercado. Por eso, como afirma Ariel Wilkis al describir la actual popularidad de las ideas sobre la dolarización, esta puede ser entendida como el aspecto monetario del repudio a la llamada “casta”, al régimen social populista y al Estado que en su crisis emite una moneda sin valor.

En segundo lugar, no puede dejar de subrayarse el papel de las distintas modalidades de interacción digital, que han creado una alternativa a los sistemas tradicionales de comunicación política, sea a la relación cara a cara como al vínculo con la dirigencia a través de los medios masivos de comunicación. Las redes sociales han permitido modos de acción y de creación de sujetos políticos que primero operaron de forma autónoma o relativamente autónoma respecto de los medios de comunicación y de otras estructuras sociales, pero luego se incorporaron a un complejo ecosistema en el que redes, medios y otros circuitos de mediación política producen una

configuración históricamente inusitada. En la actualidad, se trata menos de ver cómo las nuevas derechas se originan en un activismo *nerd* que de entender que ya no hay oposiciones entre lo virtual y lo real, y que todo lo que ese activismo produjo y aún produce ha decantado en las dinámicas políticas que describimos en estas páginas. Esas dinámicas son híbridas, dado que reorganizan en lazos y puentes lo que aparecía dividido en los compartimentos estancos del activismo digital y la militancia (algo que además venía sucediendo con agrupaciones políticas de distinto signo desde hace por lo menos una década).

En tercer lugar, y en estrecha relación con las transformaciones ya mencionadas, mutó el vínculo entre el Estado y la sociedad. Todo sucede como si el alcance del Estado –más allá de las competencias de los gobernantes e incluso de sus orientaciones– hubiese disminuido de forma tal que cala en la sociedad de una manera mucho menos profunda y directiva que la que conocimos o creímos efectiva durante buena parte del siglo XX. El Estado no solo dejó de ser el agente indiscutible del desarrollo económico y social: sus acciones son objeto de una controversia constante y padece la erosión de lo que podríamos llamar su *autoridad cognitiva* o, si se quiere, su poder simbólico (algo que se reveló y al mismo tiempo se profundizó durante la pandemia).

En cuarto lugar, si bien la decepción, la desesperanza y la crítica de los ciudadanos (votantes o no) a los distintos partidos políticos son generalizadas, se advierte un cuestionamiento más marcado al peronismo. Este no nace solo de "las mismas críticas gorilas de siempre", sino también de la experiencia de veinte años durante los cuales el kirchnerismo ha hecho surgir –tanto en la base social del peronismo que sobrevivió a la crisis de 2001 como en la que amplió en sus gestiones entre 2003 y 2015– distancias, desconocimientos, reproches y ajenidades sísmicas para el propio movimiento. Si durante el menemismo hubo corrientes o camadas de trabajadores antiperonistas, puede observarse hoy en las clases medias bajas, en distintos sectores de trabajadores y en las juventudes, en capas de las que el peronismo había creído ser el representante exclusivo, un antiperonismo que es clave en la crítica social de la política. "Que se vayan todos pero también que se vayan estos", como lo demuestran las encuestas que, desde 2015 y salvo el período en que se dirimió la elección de 2019, relevan y revelan respecto del peronismo y/o de sus principales banderas de las últimas décadas una gama de reacciones entre el desapego, la distancia y una hostilidad que se distribuye en el cuestionamiento general a "la casta".

La presencia de lo que se descubre tardíamente como individualismo es una quinta determinación. El impulso individualista existe desde hace mucho tiempo y en todas las clases sociales, aunque no de la forma demonizada que señalan sus detractores o de la forma idealizada que

anhelan sus apologistas. Las ansias de desarrollo interior, realización y superación personal, la idea de autonomía –encarnada en afirmaciones como "a mí no me vas a decir lo que tengo que hacer" o "a mí nadie me regaló nada", o en la necesidad de expresarse con libertad, desplegar las propias potencialidades, asegurarse perspectivas de futuro e incluso autopercibirse y tratarse a uno mismo como unidad económica a optimizar– configura un vasto campo de nociones sobre los sujetos que son legítimas y prácticas en la vida cotidiana. Y eso no quiere decir que esas inquietudes no convivan con lazos u orientaciones más amplias. Entre estos lazos están obviamente los familiares, las amistades, pero también, con frecuencia, la pertenencia a distinto tipo de organizaciones, lo que configura una realidad compleja, por fuera del punto de vista esquemático que solo reconoce las formas extremas del individualismo o su antónimo, el comunitarismo. Buscamos representación política, contención estatal, libertad de trabajo y consumo *al mismo tiempo* en tanto individuos, parte de un colectivo político o social, miembros de una familia y ciudadanos. Ese individualismo realmente existente es también el resultado de las transformaciones sociales que pusieron al mercado en el centro, y de las transformaciones culturales que potenciaron el valor de la subjetividad y su singularidad (donde hay un individuo, hay infinitos derechos y reclamos). Para la tradición nacional popular existe una tensión irresoluble entre el hecho de que en la vida social cada uno se salva en una complejidad de lazos, y el dogma político "nadie se salva solo". Esta tensión no se diluye con facilidad por el llamamiento borrosa e incomprensiblemente comunitarista de expresiones como "la patria es el otro" ni por el pretendidamente *aggiornado* "la patria sos vos", o por la convocatoria a una solidaridad que por un lado presupone comunidades romantizadas (en los hechos, atravesadas por diversos individualismos) y, por el otro, se revela hipócrita para actores que desde hace años perciben injusticias en las políticas de subsidio, irresponsabilidad en el manejo del dinero público, actos de corrupción y un internismo feroz que hace naufragar el relato voluntarista de reciprocidad fraterna y humildad.

La pandemia constituye una sexta determinación. Todo lo ocurrido a partir de marzo de 2020, desde los confinamientos hasta la foto del presidente Alberto Fernández en una fiesta de cumpleaños en Olivos, pasando por las muertes y la pérdida de ingresos, trabajo, ahorros y patrimonio, ha sido insuficientemente estimado en su carácter de vector de lo que hoy se observa como exasperación generalizada. La sociedad percibió la inconsistencia en la política de cuidados, que se convirtió en materia de controversia con cierres y aperturas contradictorios y superpuestos (playas y escuelas, o ceremonias fúnebres que en unos casos no contaban con autorización y en otros se organizaban como un acontecimiento masivo), sin

contar el efecto destructivo de las vacunaciones VIP. Es que, más acá de estos últimos sucesos a todas luces cuestionables, la pandemia ha sido corrosiva de la vida política: la especificidad del virus, en cuanto a su grado de letalidad y su dinámica inicialmente contraintuitiva de contagio e incubación, habilitó interminables polémicas y permitió el desafío a los puntos de vista estatales. Cualquier iniciativa ponía en cuestión la autoridad, incluso sin necesidad de que se verificaran, como además sucedió, desempeños lamentables que empeoraron la situación. Cada decisión del Estado –abrir o cerrar, determinar qué vacuna era pertinente, asignar prioridades en la vacunación, establecer un número de dosis mínimas– abrió una brecha entre ciudadanos e instituciones y contribuyó a debilitar ese lazo.

Llegados a este punto, podemos anudar todas las determinaciones. La pandemia amplificó la escena del desencuentro entre el Estado –observado y discutido en su capacidad de cuidado y de daño– y la sociedad –expuesta a una situación límite–. Las transformaciones económicas, con su carga de padecimientos e inseguridades en la población, se vieron potenciadas por nuevas mediaciones de la conciencia y la subjetividad política. Esto dio lugar a un movimiento de desafección, hostilidad e incomodidad respecto del Estado y de los partidos políticos, que al mismo tiempo, son una de las encarnaciones del Estado y una polea de transmisión entre este y la sociedad civil.

El largo, el mediano y el corto plazo de la historia argentina convergen hoy en una crisis que afecta la constitución misma de la sociedad. Sin golpe de Estado ni ruptura de la Constitución formal, asistimos a un potencial horizonte de exclusiones amplias y consensuales en un entorno de ejercicio más o menos legal de las posibilidades democráticas que, tal vez, se vean estrechadas. Precisemos la idea de qué cambia cuando cambia la Constitución, siguiendo la lectura de Bruce Ackerman que propone Martín Plot:

> Un régimen político-constitucional no es la relación especular entre un texto o conjunto de textos y su aplicación lineal a la realidad política o jurídica, sino una matriz de sentido que logra consolidarse en el tiempo, un entramado de prácticas, instituciones, sentencias judiciales, piezas legislativas, decisiones presidenciales y discursos sociales aceptables o inaceptables que domina la vida política, y que lo hace, usualmente, durante varias generaciones (Plot, 2020: 12).

Así, es la Constitución realmente existente lo que está en proceso de cambio en esta coyuntura en la que una especie de 2001 electoral habilita un

programa de reforma, ajuste y desregulación que se insinúa parecido al de 1989 aunque en condiciones muy diferentes: como no hay mayor patrimonio para privatizar, iniciativas como la dolarización, la redefinición reductiva y radical del Estado y la mercantilización de lo público están a la orden del día. Tampoco parece ajena al espíritu de los tiempos y los sujetos políticos en alza la reivindicación de las dinámicas represivas y su utilización como recurso político, la apelación a formas plebiscitarias de legitimación y resolución de diferencias y la descalificación en bloque de categorías sociales y políticas señaladas como enemigas o directamente demonizadas. Si bien no es imposible encontrar antecedentes de esto en fuerzas de signo contrario que gozaron de prevalencia durante los últimos veinte años, no puede dejar de registrarse que el salto cualitativo de las prácticas antipluralistas y antiliberales es una promesa de las fuerzas de extrema derecha en la actual coyuntura.

Las bases históricas de una nueva sensibilidad política

Luego de la caída de la convertibilidad en 2001 y frente al descrédito generalizado de las soluciones liberales, el peronismo conducido sucesivamente por Eduardo Duhalde, Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner logró articular un reordenamiento político e ideológico. De la mano de una revisión crítica de los años noventa, las ideas de comunidad, democracia, derechos, política, presencia del Estado, nacionalismo, movilización e incluso el propio peronismo fueron los ejes de una reconfiguración del ideario nacional y popular que se dio la ambiciosa tarea de construir un nuevo sentido común a través de la versión kirchnerista del peronismo.

Casi al mismo tiempo que esa versión del peronismo se extendía en una parte de la sociedad, fue objetada por actores que estaban eclipsados y deslegitimados por el desplome de la convertibilidad, pero de ninguna manera rendidos. A los nacional populares se les opusieron los filamentos libres de la convergencia menemista en busca de relegitimación y depuración: los ciudadanos de la convertibilidad, los sujetos que adherían al orden económico del peronismo con avatar liberal, pero repudiaban su falta de republicanismo. En 2002, el año en que se discutió la salida de la crisis, los neoliberales residuales plantearon soluciones que insistían en el camino de los años noventa y que, aunque sonaban descabelladas, tenían alguna audiencia: recordemos que dolarizar o pagar la deuda con un fideicomiso de recursos naturales fue un dilema de aquel momento. En esas circunstancias,

en 2003, Menem y López Murphy obtuvieron un porcentaje significativo de votos en la elección que, una vez desactivado el balotaje, dio la presidencia a Néstor Kirchner. Desde el momento mismo en que Kirchner comenzó a desplegar sus medidas de gobierno, se plantearon alternativas que alimentarían a futuro una oposición social y política. Entre 2003 y 2007, esta dinámica fue tibia y se mantuvo relativamente contenida, pero entre 2008 y 2023, con altibajos y cambios de vía, se hizo masiva y desbordó las posiciones de la centroderecha y la derecha que se habían moderado en su voluntad de demolición y refundación.

A partir de 2007, crecieron los reparos al modelo productivo y los procedimientos políticos del kirchnerismo. En 2008, la tentativa de aplicar un nuevo régimen de retenciones a las exportaciones del agro (centralmente, la soja) para financiar un desequilibrio económico que amenazaba la continuidad electoral del peronismo generó una crisis que funcionó como plataforma de convergencia de esas dos críticas en un proceso de fuerte polarización que se expresó con amplias e intensas movilizaciones y dio lugar a "la grieta", esto es, a la radicalización. A lo democrático-popular que pretendía expresar el kirchnerismo, se opuso lo republicano, y "el campo" se convirtió en la metáfora de una idea económica alternativa que oponía mercado a Estado, producción a consumo, apertura al mundo a mercado-internismo. En la aleación de republicanismo y libertad cabían casi todas las objeciones institucionalistas y económicas al predominio kirchnerista. El continente definido por las premisas opositoras se fue poblando cada vez más, aunque el crecimiento no fue lineal y sus fronteras con el oficialismo y sus divisiones internas resultaron móviles y porosas (baste decir que allí entraron y de allí salieron dirigentes como Alberto Fernández o Sergio Massa).

Vista en retrospectiva, la "crisis del campo" señala el momento en que la politización y la polarización dieron un salto cualitativo en términos de organización, en la disputa en las calles y en la formación de bloques que se oponen de modo extremo e incondicional. Las elecciones no lo son todo, pero ofrecen puntos de condensación de ese proceso. Una primera manifestación electoral fue el triunfo de Francisco de Narváez en 2009 en la provincia de Buenos Aires, frente a una lista encabezada nada menos que por el entonces expresidente Néstor Kirchner. En 2013 y en el mismo distrito, Sergio Massa representó el enfrentamiento al cepo y la re-reelección de Cristina Kirchner, e hizo patente que el triunfo nacional del 54% obtenido en 2011 no tenía la solidez que predicaban los peronistas que entonces habían adoptado la consigna de "ir por todo". También debe decirse que el reconocimiento incondicional de los resultados electorales por parte del kirchnerismo reveló que las denuncias de autoritarismo consistían muchas veces en sobrerreacciones políticamente instrumentadas que, sin

embargo, no dejaron de enrarecer el clima y entorpecer la tramitación de consensos que podrían haber influido positivamente en la situación económica.

Desde 2012, la oleada opositora que encabezaron fuerzas situadas a la derecha del gobierno se ensanchó más allá de los herederos de la convertibilidad, los opositores de siempre y los críticos movilizados en 2008, para contener a nuevas generaciones con otros problemas, otras agendas y otros medios y, también, la desagregación de dirigentes y electores peronistas. La frustración producto de la inflación y su desconocimiento institucionalizado, así como el angostamiento económico cifrado en el cepo lograron ampliar las filas y banderas antikirchneristas. Comenzaron a señalarse los privilegios y costos que acompañaban los derechos, las reparaciones y la entera obra de gobierno, la crítica de la obstaculización estatal, la percepción de una élite aislada de la sociedad y de sus intemperies, la reivindicación del mérito, el esfuerzo y la producción. La victoria del Frente de Todos en 2019 terminó siendo pírrica: una vez en el gobierno, quedó claro que esa fuerza no podía definir un rumbo (en caso de haberlo concebido antes) ni entendía los cambios sobrevenidos desde 2011 y, en consecuencia, fue incapaz de afrontar una situación que exigía asignar pérdidas, gestionar la pandemia, la sequía y las conmociones internacionales.

Esto, finalmente, le daría sus razones al cálculo de un Mauricio Macri que siempre apostó a la fragilidad de sus sucesores y que ya en 2018 había desplazado sus identificaciones de Obama y Macron a Trump y Bolsonaro. Gracias a ese giro, pudo obtener, en 2019, un altísimo piso electoral, pese a los traspiés significativos de su gestión presidencial. Este vuelco específico contrasta con otros casos contemporáneos de radicalización de las derechas: el líder de Cambiemos, que tal vez haya advertido el ascenso de lo que ahora aparece sedimentado y expandido, también es responsable de haber erosionado tempranamente el supuesto cerco sanitario con que un razonamiento mecánico, una lectura errada del panorama europeo y, al mismo tiempo, un reflejo herodiano se ilusionaban en aquel entonces, y aún hoy, con una resistencia efectiva al crecimiento de la derecha radical vernácula (sea este en porcentaje o en su capacidad de redefinir el programa y la política de la derecha institucionalizada al punto de subordinarla). Macri advirtió bastante antes que muchos observadores y actores la transformación de la sociedad y respondió procurando para su partido el papel que habían tenido en otros casos las derechas alternativas. Este movimiento habilitó la convergencia estratégica entre la derecha radical en abrupto crecimiento y sectores de Juntos por el Cambio alrededor de un programa ambicioso y agresivo de posiciones libertarias.

Si vamos más a fondo, el fundador de Cambiemos ejecutó una suerte de

salto al vacío sabiendo que forzosamente alguien ocuparía esa posición. Pero el desplazamiento que facilitó no se debe solo a una jugada habilidosa de un dirigente, sino a razones más estructurales. En primer lugar, las características del sistema de partidos en las últimas décadas y las porosidades de estos frente a las solicitaciones extremas. En segundo lugar, a lo que Guillermo O'Donnell definió tempranamente como la contingencia del compromiso entre capitalismo y democracia en América Latina, teniendo en cuenta la condicionalidad del apoyo de las élites a la democracia, la débil extensión y la fragilidad del proceso de ciudadanización en sociedades en las que, además, una demografía vibrante ofrece masas de disconformidad vociferante. En tercer lugar, a las dinámicas propias de un capitalismo autoritario que, según señala Velho (2023), pueden ser interpretadas como la susceptibilidad, ante cualquier cuestionamiento, de clases dirigentes que viven en estado de acumulación originaria permanente.

La estrategia de Macri no carecía de punto de apoyo ni de horizonte: independientemente del poder institucional de las coaliciones políticas, la relación de fuerzas simbólicas en la sociedad desfavorecía el proyecto nacional-popular mucho más marcadamente que en 2015, cuando ya estaba cuestionado en los términos en que lo ofrecía el kirchnerismo. Y todavía faltaba el proceso 2019-2023, en que los efectos de la pandemia, de la situación internacional y de la irresolución de la herencia del gobierno anterior en manos de una alianza trabada en sus luchas internas y sus inercias volverían aún más desventajosa la situación para el peronismo oficial, que perdió la posibilidad de imponer una interpretación capaz de invalidar la orientación del gobierno precedente. El Frente de Todos se presentaba en conflicto con fuerzas económicas y sociales que se le oponían con éxito y, también, con partes crecientes de la sociedad a las que progresivamente dejó de interpretar y a las que, para acentuar el desgarro, en 2019 había seducido con intenciones de cambio –el "volver mejores" que respondía también a demandas de autocrítica–, tan rápidamente frustradas como las expectativas de retorno al viejo paraíso.

Pese a los anhelos de reedición del kirchnerismo de los primeros 2000, que en parte signaron el inicio del gobierno, la relación de fuerzas había mutado: la tentativa frustrada de estatización de Vicentin, amenazada por una eventual derrota que se insinuaba como repetición degradada de la de 2008 con el campo, lo demostró con creces, salvo para los voluntaristas que prefirieron imputar el traspié a la tibieza presidencial. El declive del kirchnerismo tuvo como reverso el crecimiento y la expansión de las ideas de distintos líderes, entre ellos Javier Milei. Esto sucedía, sin embargo, sobre el telón de fondo de un cambio profundo del perfil social del país, que, cuanto más se prolongaba un estancamiento exasperante, se convertía en terreno fértil para la radicalización ideológica y política y las convocatorias

liberales.

Desde mucho antes de 2021, sectores crecientes de la sociedad han interpretado lo que los sociólogos llamaron “cuentapropismo” o “informalidad” como una categoría laboral y moral al mismo tiempo. La sociedad de emprendedores que se hacen cargo de sí mismos y han llegado a la conclusión de que el Estado no ayuda sino que obstaculiza; la sociedad de propietarios que se ilusiona con el éxito de políticas ultraliberales como las que impulsó Bolsonaro en cuanto al gasto público y la legislación laboral (y no se anotician de sus pobres resultados); la sociedad de consumidores que al calor de la inflación se hace sensible a la crítica de “la moneda política”; la sociedad que observa con amargura cómo el sector privado se ve amenazado por la intromisión estatal; y la sociedad de agredidos por la inseguridad: todos ellos configuran las bases de una sensibilidad que pudo ser convocada por los libertarios que integran en su oferta una combinación intensificada de libertad y orden. Para ser precisos, digamos que no todas ni la mayor parte de las adhesiones a Milei se dan en términos de la ideología libertaria, sino en términos de ideales de mejora económica, seguridad, combate a la corrupción, la ineficiencia estatal e incluso –sin radicalizar– la pregnancia del mercado y el reconocimiento de sujetos políticos y culturales que no fueron contemplados por una agenda progresista estrechamente centrada en los intereses de las militancias.

¿Conviven en el voto libertario reclamos autoritarios y democráticos? Sí. Pero es justamente por el hecho de que las disposiciones sociales se intersectan de forma contingente con las propuestas políticas que no todos esos sujetos se plegaron a una única candidatura: muchos también votaron a Massa y acentuaron esa opción cuando Milei, pocas semanas antes de la primera vuelta, hizo público el placer que le causaban las expectativas de una mayor devaluación y la incertidumbre sobre los plazos fijos en pesos que sus propias declaraciones agravaron, y pasó así de ser el portavoz del descontento a ser un agitador del caos.

El consenso progresista perforado

Llegamos de esta manera a un caudal emergente cuya magnitud y distribución escapó a casi todos los radares y que recoge como afluentes las frustraciones del electorado con los dos últimos gobiernos, pero también las críticas al progresismo atribuido al kirchnerismo, para intensificarlas en términos programáticos, culturales, performativos y propiamente políticos. Es de notar que Milei, a diferencia de sus competidores de Juntos por el

Cambio, potencia el programa liberal sin repetir fijaciones con el antiperonismo: para él, la enfermedad comunista nació antes que el peronismo y se reforzó con el kirchnerismo, por lo que una dimensión de lo que significa el peronismo no resulta necesariamente enemiga del esfuerzo de construir una derecha popular que, conscientemente, busca no ser vista como gorila (véase Vázquez, 2023), aunque esto no sea obstáculo para una guerra sin cuartel contra el kirchnerismo.

La curva de los últimos veinte años nos lleva a verificar que lo que en 2002 había sido descartado, la dolarización, se convierte hoy en una alternativa que buena parte del electorado considera como la única solución posible. Las organizaciones sociales que otrora fueron consideradas una mediación necesaria para una política mínima de reparaciones son estigmatizadas mientras las mayorías electorales se muestran hastiadas de los modos de protesta y las conquistas de esas organizaciones. El carácter de la última dictadura comienza a ser discutido y con ello se toca un tabú fundante del orden político democrático. Casi todo lo que Néstor Kirchner movilizó para legitimarse pasa a ser ilegítimo, salvo una definición muy débil de la democracia, que es el terreno que Milei eligió para dar su batalla. Dentro de ella, todo es cuestionable, y en ese marco su dimensión social o su arraigo en el "Nunca Más" a la dictadura comienzan a ser debatidos y refutados. Pero el ciclo del kirchnerismo no es lo único sujeto a revisión. La retrospección crítica que propone La Libertad Avanza va más atrás en el tiempo: desaprueba la vida democrática contemporánea y sus áreas y procesos de igualación, los logros sociales del peronismo, la aparición del radicalismo y su lucha por la ampliación del sufragio, el debate público y la profesionalización/democratización de la política y, finalmente, el proyecto sarmientino de la educación. Más de cien años de historia asociados a la democratización son invalidados por el discurso de La Libertad Avanza.

En este acontecer, la masificación de puntos de vista propios de una derecha radical surge como una tentativa exitosa de retomar el camino perdido con la caída de la convertibilidad, considerado como una estrategia económica que exigirá una fuerza política enorme y un temple inalterable. Ese esfuerzo no será solo de recuperación. Implicará decisiones críticas de la timidez táctica y estratégica de las visiones históricamente existentes. En ese tren se capitalizan todos los problemas que tuvieron los partidos que quedaron como tradicionales: el peronismo kirchnerista y Juntos por el Cambio, que venía a ocupar (un poco por promedio de sus fuerzas integrantes, otro por vocación y otro poco por sentido de la oportunidad) el espacio de una centroderecha, aun cuando recusaba esa denominación.

Las formaciones de la derecha radical recorrieron un camino que fue desde la marginalidad al centro, de las redes a la política institucional y electoral.

Se instalaron primero en lo poco que quedaba fuera del consenso mayoritario o aparentemente mayoritario de 2007 y, sobre todo, de 2011. Y desde un punto de desembarco relativamente acotado recorrieron con una ambulancia simbólica avenidas y callejones de una ciudad que en ese entonces les era indiferente u hostil. En su camino, recogieron todo lo que iba quedando afuera y discutieron su ordenamiento. Opusieron la idea de libertad como eje rector y alrededor de ella estructuraron los reclamos contra el kirchnerismo, el macrismo y, finalmente, el *statu quo*. El mérito, la igualdad frente a derechos enfocados como privilegios políticos o corporativos, la capacidad de afrontar la intemperie, el cuestionamiento al feminismo, se conjugaron como formas de la libertad y aglutinaron una serie de demandas que habitan contradictoriamente ese símbolo.

Lo que el kirchnerismo hubiera querido hacer con los emblemas del peronismo lo lograron sus detractores con las tradiciones de las derechas: las nutrieron con todo lo que iba dejando afuera la combinación del fracaso económico con el fracaso de una voluntad de hegemonía que, al revés de lo que Antonio Gramsci hubiera querido (y de lo que la propia definición de hegemonía supone), intentó conquistar la sociedad civil desde el Estado. Era imposible convocar con solidaridad de Estado todo lo que se individualizaba en la sociedad a través de la extensión del mercado y la experiencia que de él hacían los sujetos. Muy pocas veces, y solo hasta cierto punto, las leyes pueden forjar realidades. Muchas otras crean conflictos que el legislador contramayoritario pierde. Como la tentativa del kirchnerismo de rehacer la sociedad civil desde arriba estuvo, además, disociada entre el respeto reformista a los procedimientos y la voluntad revolucionaria aplicada a los contenidos, solo logró alimentar el caudal de sus contradictores.

Todo lo que iba sobrando lo aprovechó un polo que estructuró una convocatoria amplia y contundente alrededor de un tema de prestigio incalculable y despreciado por sus contendientes, como es la libertad, que se pobló de significados parciales nacidos de las oposiciones intensificadas por la grieta. A lo aparentemente indiscutible, las derechas opusieron términos nuevos y/o interpretaciones alternativas que terminaron por imponerse porque trazan puentes con experiencias concretas. A las imposibilidades del Estado, opusieron las virtudes del mercado, a la retórica de los derechos, muchas veces vacía y otras veces incomprensible, opusieron la de las obligaciones y los merecimientos. Al comunitarismo imaginario de militancias con visiones románticas pero alejadas de los barrios, opusieron la militancia del individualismo práctico de una población que –constituida cada vez más por cuentapropistas, trabajadores autónomos y monotributistas– ve en el Estado obstaculización e ineficiencia, sea cual sea su ocupación, remuneración y contrato laboral. A la vuelta de la política identificada cada vez más con la actividad en el seno del Estado, opusieron

el ideal del predicador en el desierto. Jugaron a ser Sansón contra Goliat y, mejores lectores de Gramsci al fin, dieron –desde la sociedad– su versión de la batalla cultural y remontaron algunas de las derrotas que habían sufrido. Al paisaje de lucha y movilización, opusieron la perspectiva del orden, y mientras se sucedía una larga disputa por el sentido del pasado, buscaron monopolizar casi sin contendientes el sentido del futuro. A la opresión de la grieta y el estancamiento, opusieron la impugnación de la política en bloque y la promesa de crecimiento para los que se sientan fuertes.

Si los liberales fueron tradicionalmente cosmopolitas y los nacional populares fueron sucesivamente nacionalistas, latinoamericanistas, tercermundistas o partidarios de los BRICS, nos encontramos hoy con nuevas y complejas formas de antagonismo. El occidentalismo de los libertarios se acoge a planteos excluyentes, belicistas e iliberales para salvar la libertad. En tanto cuestionan el feminismo, los derechos de las minorías, los abusos de la democracia y la subversión de las jerarquías, los libertarios empiezan a verse como antiglobalistas en la línea de Trump e incluso capaces de reconocer algún valor en líderes autoritarios y poco capitalistas como Putin, mientras que los nacional populares democráticos ya no declaran tanto sus simpatías por el líder ruso al que antes veían como el hombre de Cristina. Para quienes prefieren aferrarse a las taxonomias contra la dinámica de los procesos, esto era imposible porque los ríos nacionalista autoritario y liberal conservador de las derechas eran eternamente excluyentes y paralelos. Si el fusionismo contemporáneo ha logrado romper esa imagen creando un rostro complejo y hetrogéneo, no es menos importante subrayar que, para una parte de las dirigencias radicalizadas, la libertad y la democracia son incompatibles y que entre la primera y la segunda optan por la primera, asumiendo las consecuencias conflictivas de apuntar contra el corazón de la democracia: esas formaciones, en última instancia, repudian lo que llaman peyorativamente "la catedral" –el debate interminable y paralizante– y abogan, contra la participación, por la salida (tal como sostiene Nick Land).

Esta concepción autoritaria no tiene problema en conjugar dos principios de severidad social: por un lado, el mercado y la huida de la demagogia del peso a través de la dolarización, y por otro, una cierta vocación conservadora que reivindica la nación, el orden tradicional y aun valores religiosos. Y aquí aparece nuevamente el resultado no deseado del maquiavelismo inocente de los nacional populares: lo que con identificaciones innecesarias con el chavismo y con las tradiciones revolucionarias llevó a justificar soluciones antiliberales, contribuyó a allanar el camino de un iliberalismo conservador que no necesitaba mucho para tomar ese rumbo.

Cómo leer la novedad sin exotizarla

Los autores de este libro pensamos que la historia no se repite y que la singularidad es lo propio de los fenómenos sociales (que no admiten explicaciones del tipo "ley general de las derechizaciones"), pero no nos negamos a darle inteligibilidad a lo que es único e irrepetible. No entendemos la novedad como una cualidad positiva o como algo extraordinario, sino como el producto del juego social atravesado por intenciones, estrategias, condiciones y resultados que desbordan al más calculador de los especuladores. En este contexto y en el de las condiciones sociológicas e históricas señaladas hasta acá, los cuatro capítulos que siguen abordan la formación de LLA en cuatro planos complementarios: el de las ideas de los dirigentes, el de la organización partidaria juvenil, el de la formación de una cultura masiva y, finalmente, el del lazo tramado con jóvenes de sectores populares. Estos cuatro planos son las ventanas a través de las cuales hemos observado esta fuerza política poniendo el foco en su complejidad, su racionalidad, sus límites, sus potencias y los cuestionamientos que representa para la democracia, sabiendo a la vez que no estamos agotando el conjunto.

Como sugieren Morresi y Vicente en el capítulo 1, continuidad y novedad se desarrollan en contrapunto en la experiencia liberal/libertaria que sucede, releva y supera a derechas doctrinarias y electorales, a tentativas de copamiento de otros partidos o mandatos partidarios y a regímenes militares. Como venimos diciendo, esa experiencia no se desarrolla *ex nihilo* y al mismo tiempo trae su cuota de novedad. Aquí debe subrayarse la adopción de un énfasis *fusionista*, esto es, un espíritu que no es de síntesis sino de agregación política y cuya lógica, más allá de sus contenidos, se basa en el movimiento por el cual, en la década de 1960, la derecha estadounidense buscó denominadores comunes mínimos que permitieran la convivencia entre sus distintas vertientes.

En el caso de los libertarios argentinos, este movimiento se apoya en las premisas de un autor enaltecido como líder espiritual o conducción estratégica. Se trata de Alberto Benegas Lynch (hijo), cuya definición del liberalismo es santo y seña entre los libertarios: "El liberalismo es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo bajo el principio de no agresión y defendiendo el derecho a la vida, a la libertad y a la propiedad". Bajo el paraguas de esa definición, se impulsa la sinergia entre los distintos rostros de este temperamento político y el combate a los adversarios y enemigos. Esa combinación permite

> un gesto sincrético y a la vez adversativo: de las políticas

> promercado y a favor del *laissez-passer* a referencias positivas al nacionalismo e incluso al nativismo; de las posturas conservadoras a un lenguaje escandaloso similar al de la *alt-right* de origen estadounidense; del culto al individualismo a la defensa de un orden social jerárquico; del desprecio a la democracia como forma imperfecta de agregar preferencias al anuncio de plebiscitos para imponer las reformas, pero contra otras expresiones (véase el capítulo 1).

En un sentido específico, que Morresi y Vicente delimitan en su texto, La Libertad Avanza sigue la estrategia del "populismo de derecha" para ir contra el arreglo constituivo de la democracia con dimensiones sociales.

Por este camino, los libertarios han desbordado construcciones previas o paralelas de las derechas, que al mismo tiempo les han servido de habilitación. Como propuesta e identidad alternativa procuraron, y consiguieron por ahora, ponerse al frente de procesos que involucran, de un lado, la organización de estructuras y dirigencias y, de otro, la formación y/o canalización de movimientos que se dan en la sociedad civil tanto en el plano de los electorados como en el de las instituciones y las dinámicas sociales y culturales.

Convencidos como estamos de que las taxonomías no son más importantes que los procesos, no nos sorprende que el proyecto libertario haya logrado conciliar el liberalismo conservador, el nacionalismo reaccionario e incluso la herencia menemista de manera tal que la relación de sus dirigentes con el peronismo esté sometida a modulaciones específicas: para ellos, el enemigo no es el peronismo sino el kirchnerismo. Nada impide que puedan producirse desagregaciones o retornos a las formaciones previas, pero la actual composición no debe ser minimizada ni por su falta de pureza constitutiva ni por su carácter desencajado de una grilla clasificatoria tan vencida por la realidad histórica como la suposición de que estábamos llegando a un régimen bicoalicional.

La derecha alternativa desborda los términos del paradigma declinante: la grieta, las coaliciones, el tabú de la derecha, el piso electoral alto del peronismo, la alternancia electoral o los relevos traumáticos como posibilidad correctiva de los malos gobiernos, el valor del empleo o de las instituciones redistributivas. Todos estos términos pierden parcialmente valor dentro de una dinámica que les da sentido a experiencias sociales y dinámicas económicas en el intento de forjar una nueva clave explicativa. La exasperación y la excentricidad del discurso de Milei permiten, justamente, una posición que contiene el malestar en otro espacio y plantea un conflicto que deja a una versión de la grieta como algo del viejo orden. La grieta que él propone ubica del otro lado de "la gente de bien" a buena parte de Juntos

por el Cambio, al kirchnerismo y a la Iglesia católica.

En paralelo a lo que sucede en el campo de las ideologías y discursos, Melina Vázquez y Ezequiel Saferstein muestran, en los capítulos 2 y 3 respectivamente, cómo esa dinámica decanta en ensayos de organización partidaria y política y en emprendimientos culturales que se traducen en producciones audiovisuales, literarias y digitales.

El 2001 no fue solamente el punto en que se expresaron y redefinieron las lógicas de acción de los movimientos populares, el peronismo o las clases medias que luego se plegaron al kirchnerismo. El 2001 fue también el momento en que las fuerzas liberales, luego de colapsar, comenzaron un proceso de ensayos y errores que pasaron por muy diversas tentativas hasta encontrar un camino. Como señala Vázquez, el espejo de las organizaciones peronistas fue hiriente pero ejemplar para las derechas. Para sus organizaciones juveniles, en un camino que iba de adentro hacia afuera, también se trató de "recuperar la política" tal como lo habían hecho sus contrincantes. El "que se vayan todos" también tuvo entre sus filas a los que, tomando como origen simbólico de su posición esa ruptura, sintieron la voluntad, la posibilidad y la obligación de hacer algo nuevo por el país que aman pero que es fuente de sufrimientos, y participaron en la fundación de diversas tentativas, notoriamente el PRO que, como muchos decían, les permitió volver como CEO.

Pero a las heridas de 2001 se sumaron otras en este proceso de renovación de las militancias de derecha. Los avances del kirchnerismo no solo ofrecían el ejemplo de una juventud políticamente organizada. También eran percibidos como victorias políticas y culturales amenazantes para un patrimonio que revelaba su valor, justamente, por los ataques que recibía: las políticas de memoria y la emergencia de leyes y proyectos que discutían las instituciones tradicionales en el campo de las relaciones familiares y de los comportamientos sexoafectivos. Esos avances, vividos como agraviantes desafíos, fueron un incentivo adicional a la movilización ya que a partir de ellos la militancia se convertía en una obligación vital y una responsabilidad.

La convocatoria a la política bajo la forma de participación en "la batalla cultural" como primer paso muestra de nuevo la relación especular de los organizadores político-culturales de las derechas con sus adversarios y enemigos. La lectura de Gramsci entre militantes, dirigentes y productores culturales los llevó a comprender y valorar la función que cumplen las disputas por dar sentido al mundo, por invalidar enunciadores privilegiados, por poner en crisis los discursos con más peso en la vida social y política. Para quienes se sentían amenazados, la sensación de estar a contracorriente, de enfrentar en soledad una sociedad cuyas principales instituciones políticas, educativas y culturales habrían sido copadas por el marxismo

cultural en una estrategia “gramsciana”, era una invitación a ejercer una presión simétrica y contraria para poner las cosas en su lugar: reponer el valor de lo “políticamente incorrecto” pero verdadero en términos de doctrinas o ideas superiores.

La militancia de viejas verdades tradicionales en tono adversativo y polémico fue la voz de orden para un activismo que encontró en ejemplos globales de las derechas alternativas un camino a seguir en las redes sociales, las calles, los eventos masivos, las organizaciones políticas, el Parlamento, el ámbito educativo. La intención de “cortocircuitar” el *establishment* se materializó y se hizo eficaz en un período de siembra que lleva no menos de diez años y ya tiene varias cosechas a su favor, sin que las torres de control y los radares del progresismo los hayan percibido en tiempo más o menos real, por fuera de reacciones genéricas de huida o de negación. En ese marco, los libertarios ejercieron una presencia disruptiva que se convirtió en la envidia de la “casta” (si se toma nota del enorme valor que ha alcanzado la idea de “disruptivo” en la dirigencia), a tal punto que muchos políticos tradicionales buscan algo de la magia atribuida a la disruptividad como si esta fuese una mera forma, independiente de contenidos políticos.

Es preciso señalar acá algo que explica la sensibilización de las derechas en sus años de formación y la de las izquierdas y el populismo en su etapa actual de decepción y retroceso, y que no aparece en los relatos de uno y otro espectro. El peso de miradas, oídos y voces progresistas en la educación, la cultura y en la presencia simbólica del Estado fue menos una producción hegemónica que la oficialización del punto de vista de grupos militantes. Poco de lo sostenido desde esas instancias arraigó en los corazones y las cabezas de las personas con la extensión y la intensidad que requiere la producción de una posibilidad hegemónica como la que se declamaba necesaria, a menudo con modos altisonantes e imperativos. Expresión elocuente de esto es la escena que se volvió viral en agosto de 2021, en la que una profesora de Historia de un colegio de Ciudad Evita discutía a los gritos con un alumno que se había atrevido a cuestionar su lectura del macrismo y del peronismo.

Lo que se confundió con hegemonía en ambas trincheras era más bien una amalgama inestable de convicciones, nuevas posibilidades de sentido común y grandes porciones de la aquiescencia que otorgan los gobernados a los gobernantes cuando las cosas (léase la economía) van bien. No se trata de minimizar el impacto de las iniciativas del kirchnerismo en la vida social y en el terreno de los derechos individuales. Se trata de apreciar que en la extensión mayor y más profunda de la sociedad, donde no dejó de haber cambios, estos ocurrieron con otra intensidad y, tal vez, por otras razones. Tanto la pretendida nueva hegemonía que asombra a los progresistas como

la situación supuestamente minoritaria que indigna a los partidarios de las nuevas derechas son el reverso de una confusión entre la oficialización del punto de vista y la efectiva modificación de las relaciones de fuerza simbólica: ni el progresismo había avanzado tanto, ni la derecha estaba tan en soledad como para que su militancia fuese un grito en el desierto.

En las experiencias partidarias y en los emprendimientos culturales de los libertarios habita el mismo fusionismo que en el discurso político ideológico más general. Esto implica una convocatoria amplia signada por la vocación de ser una derecha popular y de no temerle a la circulación masiva. En este aspecto, los libertarios cuestionan el elitismo que implícita o explícitamente cultivaban liberales conservadores, nacionalistas reaccionarios, tecnócratas en funciones dentro de gobiernos de distinto signo. La defensa de las jerarquías naturales o de la desigualdad adquirida y transmitida en condiciones salvajes (esto es, sin igualdad de oportunidades, doctrinariamente combatida por comunista) no implica una resistencia al ejercicio de democratizar la política mediante estrategias de transmisión que a las viejas derechas podían parecerles insoportablemente plebeyas. La celebración de las conversiones de quienes llegan de otras experiencias políticas o el culto a modos de obtención y celebración de la riqueza que no eran norma en las clases altas son parte del ejercicio de compatibilización que se despliega en el marco sincrético de las nuevas derechas. En la batalla cultural y política, la salida del elitismo –la exogamia para explorar nuevos interlocutores, ámbitos y formatos de acción y comunicación– ha sido un éxito ante progenitores políticos más recatados.

En ese contexto, se da una sinergia entre los procesos de institucionalización partidaria y los de creación de públicos, autorías, empresas culturales y circuitos digitales y presenciales. Si por un lado las especializaciones son cada vez más notorias y no hay tanta superposición entre agentes de ambos ámbitos, por otro hay intercambio y refuerzo recíproco. Los productores culturales ensanchan el espacio de acompañamiento partidario, mientras que las organizaciones militantes encuentran orientación en esa producción simbólica al tiempo que logran traducirla en logros políticos concretos en espacios institucionalizados de disputa. Las audiencias se convierten en votos y el crecimiento electoral en nuevas audiencias, mientras los agentes de la batalla política y cultural se legitiman de un campo a otro abriendo canales de intercambio entre política y cultura liberal. Los esfuerzos desplegados por libertarios, especialmente entre los jóvenes (más allá de que estos constituyan o no el principal caudal) han renovado y/o instaurado las figuras del militante político y el simpatizante cultural, dos pilares de su fortaleza actual.

La construcción de una alternativa de derecha con vocación popular se encuentra históricamente con las transformaciones de la vida de amplias

capas de los sectores populares. Así, la primera observación que nos entrega el último capítulo de este libro es que el lenguaje de los partidarios de La Libertad Avanza no está restringido a esa fuerza política, sino diseminado en la sociedad: es hablado por amplias capas de la población y habla a través de ellas, incluso a través de los sujetos que se inscriben de forma más o menos deliberada en otro espectro político e ideológico. No solo los votantes de Milei, sino también los de Bullrich e incluso los de Massa o Grabois se reconocen emprendedores, ponen en el centro el rendimiento económico del sujeto y encarnan una versión extendida del *homo economicus* con elementos de realce emocional y autoexploración psicológica que le dan un tinte ético positivo a las estrategias para ponerse en valor en el mercado. Esto no está exento de articulaciones que trascienden la economía y refieren a la preocupación por la familia, los hijos e incluso el país. Este lenguaje le confiere carácter de experiencia común a un conjunto de prácticas cuya generalización se ha acelerado en los últimos lustros y que hasta cierto punto han quedado fuera de los análisis.

Muy en general, llamamos "mejoristas" a una serie muy heterogénea de sujetos que se autoperciben en esos términos y se encuentran en posiciones ocupacionales y trayectorias muy diversas, que no se circunscriben al empleo informal. Este lenguaje, que configura una sensibilidad, contiene también determinaciones que responden a los debates políticos contemporáneos: implica una crítica de las regulaciones económicas, de la actividad del Estado como agente impositivo y como proveedor de servicios, de los partidos y los políticos como agentes interesados en mantener, en provecho propio, una situación que se denuncia como oprobiosa para las mayorías. Los mejoristas, incluso en su variante más escéptica, sostienen que el progreso personal y familiar, la subsistencia cotidiana contra la adversidad, no se deben ni pueden deberse primariamente a la acción del Estado, ni a ninguna organización colectiva o derecho que vaya más allá de la familia o los socios en el ejercicio de la libertad de trabajar y usufructuar los resultados del propio esfuerzo. La voluntad, la capacidad de aguante, la preparación, la organización personal, lo que se debe a los padres o los hijos o lo que se recibe de ellos deben ser el fundamento de la asignación de todos los recursos.

Así, esta ideología se distingue de las posiciones que parecen como únicas, diferenciadas y contrastantes cuando se ve la política desde arriba: reaccionarios y críticos, derechistas y progresistas. Las prácticas de los sujetos que no forman parte de las élites sociales u organizativas no dejan de implicar ideologías. Y aunque estas no se presentan con el formato del manifiesto, el programa o el manual, ni con las etiquetas que mencionamos (lo que las volvería visibles ante el círculo rojo de políticos, analistas, periodistas, consultores y líderes sociales), no hay duda de que se trata de

ideologías relevantes. Tanto que pueden ser la base de identificaciones políticas, pero sin correspondencia lineal y unívoca: se puede ser mejorista y votar a Milei, a Massa o a Bullrich. Se trata de motivos de identificación que escapan a las observaciones de un *establishment* al que algunas veces, como hemos podido ver, superan adhiriendo a propuestas inesperadas.

Bibliografía

Calvo, E. y Aruguete, N. (2023), *Nosotros contra ellos. Cómo trabajan las redes para confirmar nuestras creencias y rechazar las de los otros*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Gago, V. (2014), *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, Buenos Aires, Tinta Limón.

Gerchunoff, P. (2023), "Bretton Woods y después: un ensayo sobre la encrucijada argentina", *Nuevos Papeles*; disponible en <www.nuevospapeles.com/nota/bretton-woods-y-despues-un-ensayo-sobre-la-encrucijada-argentina>.

Land, N. (2022), *La Ilustración oscura (y otros ensayos sobre la Neorreacción)*, Segovia, La Tía Eva Ediciones.

Levitsky, S. y Ziblatt, D. (2018), *Cómo mueren las democracias*, Barcelona, Ariel.

Morresi, S., Bellotti, A. y Vommaro, G. (2014), *Mundo Pro. Anatomía de un partido fabricado para ganar*, Buenos Aires, Planeta.

Morresi, S., Saferstein, E. y Vicente, M. (2020), "Las derechas argentinas en movimiento", *Nueva Sociedad*; disponible en <nuso.org/articulo/las-derechas-argentinas-en-movimiento>.

Moyano, M. (2019), *Trolls S.A. La industria del odio en internet*, Buenos Aires, Planeta.
— (2023), "¿Trabajás o estudiás? Y el voto amante", *Anaconda con Memoria*, nº 170, podcast; disponible en <www.youtube.com/watch?v=LYtRAaypZ2U>.

Mudde, C. (2019), *The Far Right Today*, Cambridge, Polity Press [ed. cast.: *La ultraderecha hoy*, Barcelona, Paidós, 2021].

O'Donnell, G. (1992), "Substantive or Procedural Consensus? Notes on

the Latin American Bourgeoisie", en Chalmers, D., Campello de Souza, M. y Borón, A. (eds.), *The Right and Democracy in Latin America,* Wesport, Praeger.

Plot, M. (2020), "La matriz de sentido", *Bordes. Revista de Política, Derecho y Sociedad*, nº 15, pp. 11-15.

Przeworski, A. (2022), *Las crisis de la democracia. ¿A dónde pueden llevarnos el desgaste institucional y la polarización?*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Ruocco, J. (2023), *¿La democracia en peligro? Cómo los memes y otros discursos marginales de Internet se apropiaron del debate público*, Buenos Aires, Paidós.

Saferstein, E. y Goldentul, A. (2019), "A la derecha de Macri… los pibes para la reacción", *Espoiler. Revista de Política*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Semán, P. y Welschinger, N. (2022), "El 'populismo de la libertad' como experiencia", *Le Monde Diplomatique*, nº 276, junio.

Stefanoni, P. (2021), *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Vázquez, M. (2023), "'Ahora es nuestro tiempo'". Activismos juveniles en las nuevas derechas durante la pandemia (Argentina, 2020-2022)", *Iberoamericana*, vol. 23, nº 82, pp. 117-137.

Velho, O. (2023), "Modos de desarrollo capitalista, campesinado y frontera en movimiento", en *Más realistas que el rey. Occidentalismo, religión y modernidades alternativas,* Buenos Aires, Prometeo.

Vicente, M. y Cantera, M. (2022), *La Argentina y el siglo del totalitarismo. Usos locales de un debate internacional*, Buenos Aires, Prometeo.

Vommaro, G. (2017), *La larga marcha de Cambiemos. La construcción silenciosa de un proyecto de poder*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Wilkis, A. (2023), "El dólar contra la casta", *Le Monde Diplomatique*, nº 291, septiembre.

---

[1] Entre otros textos, véanse Morresi (2014), Morresi, Vicente y Saferstein (2020), Saferstein (2019), Semán y Welschinger (2023), Vázquez (2022), Vicente y Cantera

(2022).

1. Rayos en cielo encapotado: la nueva derecha como una constante irregular en la Argentina

Sergio Morresi, Martín Vicente

En los debates sobre el perfil ideológico y la constitución política de La Libertad Avanza (LLA), aparecen dos líneas centradas en la idea de “nueva derecha”: por un lado, aquellas lecturas que proponen que no se trata de una novedad radical, sino de una continuidad con las derechas tradicionales; por el otro, las perspectivas que eligen subrayar una ruptura del todo inédita con la historia de las derechas argentinas. No se trata de una polémica nueva, ya que en 2015 el triunfo de la coalición Cambiemos disparó una serie de debates sobre las características de la presunta “nueva derecha”. Tales miradas se repitieron a lo largo de ese gobierno y luego se reformularon frente al ascenso de otras expresiones políticas colocadas a la diestra del espacio cambiemita. En los últimos años, las intervenciones sobre la “nueva derecha” estuvieron a la orden del día en la academia, el periodismo, el activismo cultural y la militancia política, pero no se trató, sin embargo, de un debate novedoso, por más que lo sean sus actores y objetos. Si reconstruimos las diferentes etapas de las preguntas y diagnósticos sobre una “nueva derecha”, observamos un recorrido que se acerca al siglo de existencia: el ascenso del nacionalismo en la década de 1920 hizo surgir una discusión similar en la reflexión política argentina a tono con las preguntas que surcaban el mapa internacional. Trazar ese recorrido permite diluir los tonos más cerrados de aquellos dos diagnósticos e ingresar en un plano que ponga en diálogo la perspectiva histórica y las problemáticas de actualidad para abordar el fenómeno de la llamada “nueva derecha” argentina, que elige denominarse a sí misma “liberal libertaria” y que, en consonancia con los análisis internacionales sobre el fenómeno, optamos por entender como “libertariana” y “radical”. El primero de los términos obedece a la necesidad de separar las perspectivas derechistas del libertarismo original, vinculado a los movimientos progresistas y anarquistas de fines del siglo XIX y comienzos del XX; el segundo apunta a marcar una tendencia hacia los márgenes y los límites del modelo democrático sin llegar

a los extremos: en tal sentido, si bien sus ideas y actores participan de la democracia liberal, la tensionan en algunos de sus ejes y buscan empujar sus fronteras, en un proceso de radicalización que podría colocarlos en un enfrentamiento con contenidos y formas de esa misma democracia.

Nuestro texto está dividido en dos secciones cuyo eje es la idea de "nueva derecha". En primera instancia, nos abocamos aquí a recorrer la historia de las derechas argentinas centrándonos en las tensiones entre las familias liberal conservadora y nacionalista reaccionaria, que se resolvieron en favor de la primera con el retorno democrático de 1983 y que, tras la crisis de 2001, alumbraron un nuevo partido político, Propuesta Republicana (PRO), que se configuró como uno de los agentes rectores del sistema político hasta la actualidad. En un segundo movimiento, analizamos la actual constitución del espacio autodenominado "liberal libertario", exponiendo los sentidos de su concepción ideológica y su construcción política. Debido a esa articulación, el texto aparece escrito en dos tiempos narrativos, en pasado en el primer caso y en presente a medida que se avanza sobre el segundo, trazando una serie de líneas de diálogo a fin de subrayar que la idea de que las derechas son nuevas ha sido recurrente en las lecturas e interpretaciones políticas. Afirmar esta continuidad no quiere decir que las derechas sean siempre las mismas, sino que los cambios fueron parte de una constante, marcada por transformaciones que obedecen al propio campo de las derechas tanto como a su relación con el resto del mapa político nacional e internacional. Como trataremos de mostrar, en la construcción de este espacio aparecen ejes que responden a las tradiciones derechistas (a veces como iteración, a veces como transformación), pero también novedades que deben destacarse.

Historia de la novedad: dos familias derechistas

A comienzos del siglo pasado, la derecha nacionalista y autoritaria de tonos tradicionalistas, que apelaba a la cruz y la espada y soñaba con un orden corporativo, apareció como una novedad frente al cosmopolitismo y el elitismo republicano de una Argentina que "había nacido liberal" (Halperin Donghi, 1988). Esa diferenciación estableció una serie de distinciones entre ambas expresiones, que a partir de allí se desarrollaron por medio de una dinámica de vínculos puntuales y polémicas constantes. En gran parte, esta tensión tuvo un sentido dentro del campo de las propias derechas (en busca de hegemonizar ese espacio), pero también impactó sobre la vida pública. Que muchos nacionalistas llegasen a ese ideario abandonando el liberalismo

conservador o reformulando algunas de sus premisas tuvo un efecto particular, que se completó una vez que el nacionalismo comenzó a mostrar sus aristas más virulentas durante los años veinte y a partir del golpe de Estado de 1930 (Echeverría, 2009).

Así, desde ese momento de separación de las élites políticas e intelectuales argentinas, se perfilaron y consolidaron dos familias derechistas: por un lado, el liberalismo conservador, que se ordenó en torno a una visión republicana restrictiva de la política, capitalista y mercantil de la economía, y cosmopolita y elitista de la cultura; por el otro, el nacionalismo reaccionario, constituido en torno a una perspectiva políticamente autoritaria, económicamente corporativa y dirigista, tradicionalista y localista en lo sociocultural. Ordenadas como dos polos irregulares, estas familias político-ideológicas se vieron atravesadas por la presencia del catolicismo político y las relaciones con las Fuerzas Armadas, los grandes partidos de masas (el radicalismo primero, el peronismo después) y las propias construcciones organizativas del espacio derechista, que tensaron una relación en la que primaron las diferencias sobre las coincidencias. Para el universo liberal conservador, el nacionalismo reaccionario apostaba por políticas imperativas, autocráticas, monistas y tiránicas que frenaban el progreso económico y cultural del país y ahogaban a las personas en una comunidad cerrada basada en una concepción telúrica ramplona. Para los nacionalistas reaccionarios, en tanto, sus adversarios cultivaban un cosmopolitismo que enmascaraba la anglofilia, agrietaba la patria, ponía en riesgo la soberanía y pugnaba por un pluralismo abstracto e individualista que decantaba en una concepción ligera de lo político. Unos miraban con temor el corporativismo autoritario que en el período de entreguerras adoptaba incluso los tonos del fascismo europeo y ponía en entredicho a un país que consideraban fundado por la Constitución de 1853; los otros recelaban los efectos disolventes de la partidocracia y las garantías liberales por las que se colaban el socialismo, el comunismo y el sionismo (Bohoslavsky y Morresi, 2011).

De las apuestas golpistas al tiempo de la democracia

Aunque el liberalismo conservador había aceptado el camino de la democracia liberal poco después del primer centenario con la Ley Sáenz Peña, su rechazo al tipo de democracia de masas expresada por el triunfo del radicalismo en 1916 hizo que convergiera con el nacionalismo reaccionario en el golpe de Estado de 1930. El escepticismo respecto de la

soberanía popular no era una novedad, pero sí lo era la convergencia entre las dos familias y la apuesta golpista. Si bien en un primer momento los nacionalistas parecieron dominar la escena, fueron los liberales conservadores quienes lograron marcar el ritmo de la gestión y convocar a elecciones amañadas, lo que les permitió gobernar excluyendo de la toma de decisiones a los nacionalistas reaccionarios, aunque con la incorporación selectiva de algunos de sus actores y concepciones en torno al conservadurismo popular. El ascenso de los fascismos europeos dividió una vez más a unos de otros, colocando al sector liberal conservador en el antifascismo. El golpe de 1943 llevó a que los nacionalistas reaccionarios se impusieran en el esquema militarista del gobierno, pero a ese régimen no le siguió el modelo corporativo imaginado por algunos de sus ideólogos, sino un movimiento político que reconfiguró el mapa político (Lida y López, 2023).

El peronismo tomó algunas de las banderas nacionalistas reaccionarias (el liderazgo fuerte, el discurso centrado en la nación), pero descartó otras (el temor al voto, el antisemitismo); se alió con ciertos referentes liberales conservadores (en particular, a escala local), pero estuvo en las antípodas del republicanismo elitista. Así, los sectores derechistas que no quisieron o no pudieron incluirse en esa fuerza que buscaba delinear la "Nueva Argentina" (y no una nueva derecha) pasaron a ser opositores acérrimos, capaces de aliarse con el radicalismo, el socialismo y hasta con el comunismo. Desde entonces, y durante décadas, el antiperonismo se convirtió en parte central de su identidad. El contexto de la Guerra Fría marcó las relaciones de ambas vertientes derechistas con referentes internacionales, al tiempo que las acercó entre sí en un proceso de fusionismo político ante el enemigo común. Con un vocabulario antitotalitario y occidentalista, este proceso abrió las puertas para que los cambios se leyeran, otra vez, en clave de "nuevas derechas" (Morresi y Vicente, 2017).

Los cambios no se dieron de manera veloz y directa, sino que maduraron con lentitud a partir de las ideas y los posicionamientos de distintos actores en 1955 cuando, en buena medida como producto del enfrentamiento de Perón con la Iglesia católica, las dos familias de la derecha argentina volvieron a unirse en un golpe, para separarse casi de inmediato a fin de disputar espacios de poder y proyectos políticos. Una vez más, fueron los liberales conservadores los que se impusieron, dejando detrás la idea de un país "sin vencedores ni vencidos" y articulando un antiperonismo cabal (Spinelli, 2005). Con el retorno de las elecciones y con el peronismo proscripto, los liberales conservadores tuvieron desempeños decepcionantes, pero, aun así y a fuerza de presionar, lograron colocar a sus propios cuadros en los gobiernos civiles del radicalismo intransigente. En 1963, el gobierno

de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), de perfil antiperonista, no abrió espacios para las derechas políticas, lo que llevó a nacionalistas reaccionarios y a liberales conservadores a converger de nuevo en el golpe de 1966.

La autodenominada “Revolución Argentina” no fue como las anteriores: para los militares y varios sectores civiles de la derecha no se trataba ya de actuar de forma comisarial para poner freno a un proceso, sino que había que reformar el país. Hasta 1973, las divergencias entre liberales conservadores y nacionalistas reaccionarios se expresaron en la pugna por áreas de incumbencia y golpes palaciegos que terminaron agotando a un régimen que había planeado prolongarse por décadas. El fracaso de esa dictadura no impidió, de todos modos, que los liberales conservadores se fortalecieran en términos relativos, tanto por conducir el segundo ciclo dictatorial, tras la salida del general Juan Carlos Onganía, como una vez abierta la competencia electoral.

En las elecciones de 1973, en las que el peronismo se impuso con claridad, los candidatos liberales conservadores obtuvieron el 20% de los votos, solo un poco por debajo de la Unión Cívica Radical (UCR). Los nacionalistas reaccionarios, por su parte, quedaron divididos entre los que volvieron a apostar por Perón o lo hacían por primera vez, y los que se mantuvieron enfrentados a su figura. Luego de la muerte del líder justicialista, ambas derechas volvieron a establecer lazos hacia lo que entendían como un resultado inminente: el retorno a la vía golpista. El camino para el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” se allanó por la crisis gubernamental expresada en una economía fuera de quicio y la persistencia de la violencia política. Allí, la convergencia entre las dos familias de la derecha se expresó con eje en una mirada occidentalista que se enlazó con idearios como los de la Doctrina de Seguridad Nacional y el citado fusionismo neoconservador que emanaba desde los Estados Unidos como espejo para las derechas occidentales: era el momento de enfrentar no solo a la insurgencia armada sino a su sustrato cultural, llevando al paroxismo las perspectivas de la Guerra Fría. No se trataba ya de aplicar políticas en gobiernos civiles o militares al modo de un “entrismo”, sino de realizar un cambio drástico y refundar, junto con la nación, el rostro de las derechas argentinas.

Los objetivos castrenses no diferían de los de los derechistas civiles: derrotar la insurgencia, ampliar la represión para incluir al activismo no violento, restablecer las jerarquías sociales y económicas e iniciar aquello que el ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz llamó “un cambio de mentalidad”. Se apuntaba a una transformación social general, pero también a una metamorfosis del campo de las derechas: no más vínculos con el corporativismo nacionalista, la derecha peronista y las

versiones por derecha del desarrollismo. Sin embargo, el perfil de la Argentina reorganizada no estaba claro, por lo que, luego de "triunfar" en su "guerra contra la subversión", el régimen se perdió en un laberinto de internismo político, impotencia administrativa y crueldad, del que intentó salir con la ocupación de las Islas Malvinas. La derrota de las tropas argentinas en 1982 aceleró el final por colapso e impidió que hubiera, tal como se había planeado, un movimiento de derecha unificado que heredara al régimen (Vicente, 2015).

El tiempo de la democracia había llegado y las derechas políticas tenían ante sí un panorama aciago. Recurrir a militares ya caídos en el descrédito para acceder al poder dejaba de ser una opción, no solo por los vientos de cambio a nivel global, sino por el rechazo general de los ciudadanos argentinos; pero, a la vez, el camino electoral se anunciaba empinado. La guerra de Malvinas perjudicó en particular a los nacionalistas reaccionarios, que habían sido sus más fervientes defensores; los malos resultados de la gestión económica impactaban en los liberales conservadores, incluso sobre aquellos que habían criticado lo que vieron como exceso de estatismo y dirigismo de las Fuerzas Armadas; por último, el repudio social ante el descubrimiento de la magnitud y la crueldad que había adoptado la "lucha contra la subversión" ponía a las derechas en su conjunto en el banquillo de los acusados. El "Proceso" no había sabido crear su continuidad, como advirtieron enseguida varios apoyos civiles. Sin embargo, fue en ese momento cuando un sector de las derechas ejecutó un nuevo giro y ofreció una renovación que resultó clave.

De la recuperación democrática al auge y crisis del neoliberalismo

Si bien en 1983 los liberales conservadores se dispersaron, una de sus fuerzas, la Unión del Centro Democrático (Ucedé) liderada por Álvaro Alsogaray –quien durante décadas había bregado por la aplicación de las ideas de un "nuevo liberalismo" como modo de asegurar las transformaciones que juzgaba necesarias– fue ganando apoyo y, apenas cuatro años después, logró consolidarse como tercer partido tras el peronismo y el radicalismo. El triunfo de Raúl Alfonsín sobre el Partido Justicialista en la reapertura democrática mostraba que el tan temido peronismo podía ser derrotado en las urnas. Pero no se trataba de una victoria exclusivamente radical, y mucho menos de la socialdemocracia con la que soñaba el presidente; en ese electorado había votos liberales de derecha, antiperonistas que, luego, la Ucedé logró volver a reunir bordando

una alianza con los partidos conservadores populares. Pero, más importante aún, cuando el gobierno radical fue barrido por el peronismo en las elecciones de 1989, la Alianza de Centro articulada por la Ucedé se mostró capaz de establecer un acuerdo con el movimiento que había sido su némesis durante décadas. La incorporación de Alsogaray y otros cuadros del liberalismo conservador a la administración de Carlos Menem expuso no solo una adaptación del peronismo a los vientos de cambio que se imponían a nivel internacional, sino también la culminación de una reformulación de la familia liberal conservadora, que había comenzado con la potencia de su activismo juvenil. Este, a la vez que más doctrinario, mostraba un compromiso más claro con la democracia que el de sus mayores y una vocación por expandir el alcance de las ideas liberales en sectores sociales más amplios. El "*boom* liberal" implicaba también que ciertas ideas, las propias de ese "nuevo liberalismo" que impulsaba Alsogaray, habían logrado hegemonizar a la familia liberal conservadora y que, una vez más, era ella la que dominaba el campo derechista, esta vez actuando en democracia y mostrando que podía prescindir de su rostro antiperonista (Morresi, 2008).

El inicio de esta hegemonía neoliberal fue posible por un doble movimiento. Por un lado, el consenso democrático de la década marginó a los sectores nacionalistas reaccionarios como vetustos representantes de años de violencia; algunos de sus actores extremistas fueron apartados de la política y de la civilidad, mientras que a otros se los domesticó subsumiéndolos dentro del peronismo o reduciendo su alcance a la escala subnacional. Esta marginación implicaba también que la otra parte de la derecha, el liberalismo conservador, podía ir deslindándose de su propia historia: la derecha antidemocrática estaba en otro lado. Por otra parte, ante la resistencia de quienes, desde sus propias filas, rechazaron el nuevo credo, el justicialismo actuó con firmeza: los díscolos fueron encuadrados, se apostrofó a quienes "se quedaron en el 45" e incluso se movilizó al Ejército cuando se creyó necesario para llevar adelante una "cirugía mayor sin anestesia".

El consenso que logró el programa de convertibilidad cambiaria ideado por el ministro de Economía Domingo Cavallo, junto con las privatizaciones de empresas estatales y la promoción de una cultura de consumo que ponía a la Argentina "en el primer mundo" alcanzaron una aceptación transversal. La "economía social de mercado" impulsada durante décadas por el liberalismo conservador se tornó "economía popular de mercado", al tiempo que otras escuelas neoliberales también se incorporaban al gobierno de Menem y, más importante aún, se encarnaban en los grandes actores sociales, del empresariado a los sindicatos, pasando por el universo político-partidario. Ello se expresó con claridad en que, incluso cuando eran nítidas

las señales de agotamiento del giro hacia el mercado, los líderes del principal espacio opositor, la alianza entre el radicalismo y el Frente País Solidario (Frepaso, que agrupaba a peronistas inclinados hacia la centroizquierda) decidieron no impugnar las reformas implementadas. Sus líderes se mostraron como críticos éticos, institucionalistas y estéticos del menemismo, denunciando actos de corrupción e impulsos decisionistas y antirrepublicanos del gobierno, así como deplorando la cultura *kitsch* expresada en la estética de "pizza con champán", pero a la vez se presentaron como un reaseguro de la continuidad del modelo económico y social neoliberal, que no debía ser cambiado, sino, en todo caso, corregido y moderado.

Fue esa propuesta, neoliberalismo sin menemismo, la que impulsó Cavallo desde Acción por la República (ApR), el partido que fundó tras dejar el gobierno de Menem y antes de integrarse a la Alianza como ministro de Economía. Fue con esa propuesta que la Alianza logró ganar las elecciones presidenciales de 1999.

El fracaso del gobierno aliancista y la crisis de 2001 que marcó su final abrupto fueron leídos por diversas voces como un reclamo por un cambio sistémico: el "que se vayan todos" era una crisis de representatividad, pero también, según se supuso, rechazo al neoliberalismo. Sin embargo, desde una perspectiva temporal distinta, el resquebrajamiento de la hegemonía que había imperado durante una década no implicaba su final político y cultural. La lenta estabilización en el interinato de Eduardo Duhalde (exgobernador de la provincia de Buenos Aires y representante del peronismo no menemista) permitió que el gobernador de Santa Cruz, Néstor Kirchner, accediera al poder una vez que el propio Menem, el candidato más votado, desistiera de disputar el balotaje tras unas elecciones balcanizadas entre tres candidatos peronistas y tres de origen radical. Pero esos comicios mostraron algo muchas veces olvidado: la suma de los candidatos que proponían recuperar el modelo de los años noventa, Menem y el exministro de la Alianza Ricardo López Murphy, superó el 40%, aun cuando el país se encontraba devastado y el recuerdo de la crisis abismal estaba fresco. López Murphy fue signado allí, otra vez, como expresión de una "nueva derecha" que combinaba ideas neoliberales con una ética pública ausente en el menemismo y dejaba de lado los vínculos con la cultura progresista que había sabido tejer la Alianza. Sin embargo, su estrella fue fugaz y su caudal electoral disminuyó con rapidez. Los que habían visto posible el retorno de Menem, por su parte, se fragmentaron. Algunos de ellos se sumaron al cambio que asomaba y se plegaron a la torsión hacia la izquierda que proponía Kirchner; otros partieron en busca de nuevos horizontes. Había, entonces, un electorado disponible al que apuntó una nueva organización partidaria.

Más allá de la izquierda y la derecha: el PRO en zigzag

En torno a la crisis de 2001, el empresario Mauricio Macri, que se había mostrado cercano al peronismo en los noventa y era el presidente del club de fútbol Boca Juniors, lanzó la fundación Creer y Crecer, una institución que atrajo a distintos actores con vistas a la creación de un partido. Se buscaba retomar un sendero conocido por el liberalismo conservador: crecer desde la capital del país, distrito reacio al peronismo y proclive a apoyar terceras fuerzas, tal como lo habían hecho la Ucedé y ApR. Esa base resultó central para crear Compromiso para el Cambio, el espacio desde el que germinó luego el PRO, un partido que logró articular a políticos peronistas, radicales y de pequeños partidos de derecha con técnicos y expertos de organizaciones no gubernamentales, activistas provenientes de las prácticas de voluntariado en el mundo confesional y cuadros del ámbito empresarial (Vommaro, Morresi y Bellotti, 2015).

Luego de su debut electoral en 2003, en el que perdió en la segunda vuelta, la estructura fundada por Macri se consolidó desde la oposición, a cierta distancia –aunque sin confrontar abiertamente con él– respecto de un peronismo que se escoraba a la izquierda a medida que Kirchner se afianzaba en el gobierno nacional. Desde el llano, el PRO cimentó una identidad propia basada en lo que denominó “la nueva política”, en la que el secretario general de Gobierno Marcos Peña y el consultor Jaime Durán Barba tuvieron un rol central. Este “nuevismo”, aunque en equilibrio con el rol jugado por políticos experimentados, ayudó a impulsar una imagen del hacer y la gestión y buscó sepultar las discusiones ideológicas y las categorías de derecha e izquierda. Ello llevó a que, una vez más, se señalara al partido como expresión de una “nueva derecha” o se observara al PRO en el espejo de otras experiencias de empresarios/celebridades que devenían políticos, como Silvio Berlusconi en Italia, a pesar de que los dirigentes del PRO preferían estrechar lazos con el Partido Popular de España y su líder José María Aznar.

Macri basculó entre apoyar ciertas facetas del primer kirchnerismo (como los superávits fiscal y comercial) y criticar al progresismo, pero una vez que el PRO ganó en la Ciudad de Buenos Aires, en 2007, se recuperaron las tonalidades antipopulistas tradicionales del liberalismo conservador. Para los dirigentes del PRO, el populismo era al mismo tiempo un mal manejo de la economía (que distribuía sin producir) en la línea de Dornbusch y Edwards (1991), un atropello a las instituciones republicanas y, sobre todo, el peligro de acercarse a una versión tiránica del izquierdismo: haciéndose eco de una idea de Jorge Castañeda (2006) de amplia circulación por entonces, se denunciaba que el populismo kirchnerista acercaba al país al modelo venezolano en lugar de aproximarse a las formas modernas y

moderadas de países como Chile, Uruguay e incluso Brasil. Esta estrategia opositora permitió al PRO recoger las banderas de las distintas protestas sociales que atravesaron los gobiernos de Néstor Kirchner (2003-2007) –como las marchas en reclamo de seguridad y contra la política de derechos humanos impulsada desde el Poder Ejecutivo– y Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011 y 2011-2015) –como las masivas movilizaciones a raíz del conflicto con el campo en 2008 y el ciclo de manifestaciones "autoconvocadas" de 2012 y 2013 (Morresi, Saferstein y Vicente, 2021)–.

Una vez consolidado en el hemisferio derecho del mapa político, atractivo incluso para los peronistas de derecha, el PRO fue desplazándose hacia el centro y, pese a sus orígenes, desarrollando a la vez una pátina antiperonista y un esquema inclusivo, de modo tal de convertirse en un espacio en el que podían recalar algunos de los que habían quedado "huérfanos" de representación partidaria tras la crisis de 2001 (Torre, 2003). Este movimiento en zigzag permitió al partido fundado por Macri convertirse en el eje central de la oposición y articular una alianza con la UCR, la personalista Coalición Cívica (CC) de Elisa Carrió, estructuras tradicionales del liberalismo conservador (como el Partido Demócrata Progresista) y pequeños armados del peronismo de derecha (como el Partido Fe, liderado por el sindicalista Gerónimo "Momo" Venegas).

A pesar de la heterogeneidad de la nueva coalición, que se presentó a las elecciones de 2015 con el sello Cambiemos, para una parte importante de la dirigencia del PRO y de su base electoral lo que se procuraba era un cambio cultural que implicaba entender el orden y la actividad política de una manera distinta (como lo marcó desde sus propias filas Iglesias Illa, 2016). En esta voluntad de transformación había una actualización del tradicional decadentismo liberal conservador, pero también la expresión de un pánico moral con formato de terror rojo y la expresión de una resiliencia del neoliberalismo, ahora expresada en clave gerencial y emprendedurista, que se combinaban para cimentar una sociodicea en la que se conjugaban antiizquierdismo y antipopulismo (Vommaro, 2017). Dado que el núcleo duro de Cambiemos (la parte de los votantes más estable y relevante, cuyo apoyo continuo es crucial para la supervivencia y el éxito) parecía compartir ese *ethos*, que en algunos sectores se tornaba especialmente intenso, se produjo una suerte de choque ante el tono centrista y no antiperonista de la campaña de Macri, quien, buscando atraer algunos de los votos que cuatro años antes habían ido hacia el oficialismo, inauguró el primer monumento en honor a Perón en la Ciudad de Buenos Aires, prometió que no privatizaría las empresas que habían sido nacionalizadas ni retrocedería en las políticas redistributivas desplegadas durante los gobiernos kirchneristas. Estos gestos llevaron incluso a disputas públicas con parte de la propia militancia que, en medio de los festejos por haber alcanzado un buen

resultado en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2015, saludó con chiflidos el giro que proponía su líder: ellos estaban allí para combatir al kirchnerismo de modo frontal, no para congraciarse con su legado.

La grieta dentro de la grieta: un quiebre por derecha

Tras el triunfo en la segunda vuelta, la promesa electoral de Macri de "continuar lo bueno y corregir lo malo" de la etapa kirchnerista y su propuesta de "unir a los argentinos" se revelaron problemáticas. Por un lado, el gradualismo en las reformas económicas que impulsaban algunos de sus cuadros colisionaba con la decisión de otros de actuar con rapidez y profundidad, como lo había hecho Menem décadas antes. Por el otro, las medidas que se tomaban en torno al orden público y social (protocolos antipiquetes en el intento de poner coto a manifestaciones públicas opositoras, en el marco de una mirada securitista y ordenancista), que para la entonces oposición eran ataques desmesurados que debían resistirse "con aguante", para una parte de la base oficialista –que se expresaba en protestas callejeras, medios de comunicación y redes sociales– demostraban un carácter timorato que no se condecía con las esperanzas de los votantes. Ellos querían salir de la grieta no a fuerza de diálogo sino de la obliteración de un otro irreductible, y consideraban que la "revolución del hacer" que debía implementar Cambiemos implicaba dejar atrás la ideología, pero "ideológico" debía entenderse como sinónimo de izquierdismo, kirchnerismo, atraso.

Pese a revalidarse en las elecciones de medio término en 2017, Cambiemos tuvo dificultades para desplegar la agenda de reformas, no solo por el rol jugado por el peronismo opositor, sino también por sus disensos internos (Gené y Vommaro, 2023). Pero más que sobre estos problemas, importa aquí detenerse en la forma en que una parte de la base cambiemita (e incluso algunos dirigentes) reaccionó frente a ellos, buscando que los cambios ansiados no se hicieran sobre la base de un lento y maleable proceso pedagógico, sino a través de una rígida ortopedia moral (Canelo, 2019). Cuando esa agenda se empantanó, algunos comenzaron a acercarse a un tono crítico severo: al final de cuentas, el macrismo no pasaba de ser un "kirchnerismo de buenos modales" o un "socialismo amarillo" incapaz de comprender que el mundo estaba cambiando, como lo mostraban el triunfo de Donald Trump en los Estados Unidos y el de Jair Bolsonaro en Brasil.

Hacia el final del gobierno de Macri (2015-2019) fue quedando claro que

se había abierto un espacio hacia la derecha del PRO. Juan José Gómez Centurión, exintegrante del viejo Movimiento por la Dignidad y la Independencia (Modin, el partido creado por Aldo Rico en los años noventa y que terminó, como la Ucedé, integrado al peronismo) y funcionario de Macri hasta que sus cuestionamientos al carácter sistemático de los crímenes de lesa humanidad durante la última dictadura llevaron a que se lo expulsara del gobierno, se candidateó con una agenda nacionalista reaccionaria, con énfasis en su oposición al aborto y la defensa de la soberanía territorial. Por su parte, José Luis Espert, un economista mediático que durante un tiempo había sido un defensor de Cambiemos, pero luego se había tornado un ácido crítico, puso en el centro de su campaña las cuestiones económicas, destacando que el nivel de gasto público en el que había incurrido el gobierno lo acercaba al populismo económico. Si bien ambos candidatos tuvieron un desempeño pobre, vale la pena detenerse en sus postulaciones, porque exponen el germen de un proceso que quedó más claro una vez que Macri perdió las elecciones frente al peronismo reunificado con el sello Frente de Todos (FdT).

Interesa subrayar tres cuestiones alrededor de Espert y Gómez Centurión. Primero, sus bases de activistas estaban compuestas mayormente por cambiemitas desencantados que, sin embargo, tenían a Macri como segunda opción; es decir, preferían alternativas que se posicionasen con claridad en la derecha, pero a la vez estaban dispuestos a volver a apoyar a Macri para enfrentar una elección que les parecía peor. Segundo, si bien las candidaturas de Espert y Gómez Centurión estaban diferenciadas con claridad al inicio del año electoral, a medida que avanzó la campaña sus agendas confluyeron: Espert tomó temas que eran propios de una agenda más reaccionaria que neoliberal en cuestiones como seguridad pública; y Gómez Centurión, que había cultivado una imagen nacionalista tradicional, tomó como propias las posiciones libremercadistas. Tercero, a partir de 2019, Macri (aunque no por ello el conjunto de los actores de Juntos por el Cambio, JxC, el nuevo nombre de la coalición) realizó un giro discursivo que incluyó recoger, de forma parcial pero inequívoca, las demandas y críticas de aquellos que, como Espert y Gómez Centurión, habían llegado a la conclusión de que su presidencia había sido insuficientemente derechista. Así, aseguró que en el futuro no volvería a ser gradualista y sembró dudas acerca de su posición en cuestiones como el aborto legal.

El triunfo contundente del FdT, que reunió a Cristina Kirchner con funcionarios de sus gobiernos anteriores que habían abandonado el kirchnerismo y ahora volvían a coincidir con él desde otras posiciones, llevó a que se leyera la política argentina bajo la clave de una estructura bicoalicional que, en cierto modo, parecía llevar a la práctica la "fórmula argentina" que había buscado Di Tella (1971): por un lado, una derecha

mainstream que, aunque incluyera una miríada de políticos profesionales de origen peronista, representaba al antiperonismo (JxC), y por otro, un peronismo que, a pesar de contener un conjunto de dirigentes derechistas, articulaba a la centroizquierda. Sin embargo, apenas comenzó el gobierno de Alberto Fernández (2019-2023), ese escenario se complejizó.

Efecto pandemia y convergencias derechistas

El retorno del peronismo al poder fue recibido con protestas de sectores agropecuarios. Las manifestaciones, en las que se agitaban banderas nacionales, fueron acotadas, pero marcaban la disposición a impugnar al nuevo gobierno, al que se acusaba de no respetar las formas republicanas, atropellar la propiedad privada y las libertades individuales consagradas en la Constitución nacional y abusar del poder para avanzar hacia un régimen comunista. Ni la gramática ni el repertorio utilizados eran novedosos, pero importa resaltar el protagonismo que tomaron estas protestas a inicios de 2020, porque fue sobre esa tónica que, unas semanas más tarde, grupos orientados hacia la derecha se pronunciaron contra las medidas tomadas por el gobierno en el marco de la pandemia de covid-19. Las demostraciones, que algunos medios de comunicación denominaron “anticuarentena”, fueron convocadas por las redes sociales para luchar contra “el comunismo” y, si bien comenzaron con apenas un puñado de asistentes con reclamos heterogéneos, pronto cobraron volumen y sistematicidad.

Ya en el segundo trimestre de 2020, avanzado el aislamiento obligatorio dispuesto por las autoridades nacionales, se eslabonaron cacerolazos, caravanas y banderazos contra el gobierno con una frecuencia vertiginosa. En ese punto, referentes de espacios de derecha, varios de ellos célebres en las redes sociales y los medios de comunicación, expresaron una adhesión entusiasta a la que pronto se sumaron dirigentes de la primera línea de JxC, como el expresidente Macri y su exministra de Seguridad Patricia Bullrich. Ella, una experimentada política de origen peronista que el mismo Macri había designado en la presidencia del PRO, tomó un lugar destacado en estos actos, a los que calificó como expresiones de libertad. Con esta actitud dejaba en claro que había una disputa con el jefe de Gobierno de CABA, Horacio Rodríguez Larreta, para liderar el principal espacio opositor.

Larreta, hijo de un referente desarrollista, había iniciado su trayectoria dentro del peronismo en los noventa y participado de la fundación del PRO; además, había recibido el apoyo de Macri para mantenerse al frente del bastión porteño, siempre cultivando un perfil público de gestor y

administrador. Cuando se declaró la emergencia por el virus covid-19, Larreta apoyó las medidas tomadas por el gobierno nacional apareciendo junto al presidente Fernández y el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Axel Kicillof, en las cadenas nacionales que periódicamente informaban a la población sobre las iniciativas gubernamentales. Esta toma de posición habilitó que, desde dentro del PRO, se criticara su cercanía con el gobierno del FdT; dirigentes como Macri y Bullrich parecían tomar como propio el discurso de los sectores más a la derecha que habían impugnado la supuesta tibieza de su gobierno apenas unos meses antes.

Esta dinámica, lejos de aquietar las aguas, las agitó. No se trataba ya de que los gestos de esos líderes de JxC, que por entonces empezaron a ser identificados como "halcones", fueran insuficientemente derechistas, sino que –al menos para una parte de los que se movilizaban– ellos eran, más allá de sus nuevas o renovadas posiciones y convicciones, miembros de la élite política a la que cabía responsabilizar por la situación que se atravesaba. En ese escenario, en el que también se hicieron públicas y notorias las fisuras dentro del FdT, comenzó a destacarse la figura de un economista mediático que se presentaba como un defensor de las ideas "libertarias": Javier Milei.

El momento de la pandemia fue crucial para que muchos de los que hoy forman parte del espacio "liberal libertario" del sello La Libertad Avanza se decidieran a "meterse en política" de un modo similar a lo que ocurrió con los expertos y voluntarios que, unos años antes, se habían sumado al PRO. Para muchos, esa decisión era fruto de dos razonamientos convergentes. Por un lado, de una oposición visceral a las medidas sociosanitarias, ya fuera porque los perjudicaban económicamente de forma directa, porque creían –en adhesión a teorías conspirativas– que se buscaba encerrarlos para controlarlos o porque entendían que se estaba exigiendo un sacrificio exagerado que ponía en riesgo la libertad individual. Por el otro, porque –sobre todo luego de ciertos escándalos como el de funcionarios, empresarios y celebridades que accedieron a vacunas por fuera de los protocolos establecidos y el de la publicidad de una reunión social en la residencia presidencial también fuera de la normativa vigente– oponerse a la cuarentena era al mismo tiempo enfrentarse al amplio arco político que la implementaba, lo que más adelante comenzó a llamarse (tomando un término que había usado una parte de la izquierda española) "la casta". Así, el pasaje a la política electoral fue experimentado como un deber moral o, incluso, un "llamado": como expresarían varios referentes de LLA en el filme *La revolución liberal* (Santiago Oría, 2023), para ellos la política era una actividad deleznable, pero se hacía necesario participar para cumplir con una "misión" que, en el caso de Milei, no consistiría en "guiar corderos, sino en despertar leones", no en cuidar un rebaño, sino en sacar del letargo al

individuo liberal adormecido en cada ciudadano argentino.

El converso

Javier Milei, quien hoy lidera LLA, se desempeñaba profesionalmente en distintas corporaciones empresariales y consultoras económicas y se dedicaba a la docencia, tanto en la Universidad de Buenos Aires como en la Universidad Argentina de la Empresa, hasta que, en 2013, tuvo una suerte de epifanía cuando leyó “Monopolio y competencia”, de Murray Rothbard (2001). Esa lectura conmovió sus convicciones acerca de los supuestos de la teoría económica y lo convenció de las bondades de la escuela austríaca de economía, que en la Argentina había sido impulsada por *think tanks* como el Centro de Estudios sobre la Libertad, fundado por Alberto Benegas Lynch (padre) en los años cincuenta, pero también lo acercó a las ideas políticas del objetivismo de Ayn Rand (2000), al punto de convertirse, como le gusta repetir, en un anarcocapitalista teórico y un minarquista práctico.[2]

Luego de su “conversión”, Milei se volvió un prolífico autor de textos económicos que, si bien poseían un perfil técnico con profuso uso de fórmulas matemáticas, tenían la intención de intervenir en la política coyuntural; a la vez, asistía con asiduidad como invitado a *talk-shows* en los que utilizaba abundante jerga técnica y citas eruditas sin privarse de expresiones populares e insultos. La dinámica tecnológica y comunicacional permitió que esas intervenciones fueran recortadas y difundidas por las redes sociales, lo que lo convirtió no solo en parte de un ecosistema de *influencers* de derecha, sino en una figura cuya popularidad se retroalimentaba: de los libros a la televisión, de la televisión a las redes (y, más adelante, de las redes a los teatros y a las calles).

Como celebridad, Milei buscó aportar a la “batalla cultural” contra la mentalidad anticapitalista, una práctica extendida entre activistas cercanos a la escuela austríaca que toman como inspiración la idea de Friedrich Hayek (1949) acerca de la importancia de preparar un cambio en el “mercado de las ideas” hasta que sea posible un cambio político. En los libros de Milei de esta etapa, el vocabulario técnico perdió espacio frente a los adjetivos usados para descalificar las medidas del kirchnerismo y de JxC y, sobre todo, las ideas keynesianas en las que estarían inspiradas. Si Keynes había sido el adversario intelectual de los economistas austríacos, el keynesianismo, presente a lo largo de todo el espectro político argentino, fungió como una extraña *bête noire* para Milei y sus seguidores. Ahora bien: en sus libros y en la televisión, la prédica de Milei se concentraba en el

campo de la economía, mientras que en las redes sociales y en otros actos públicos –como las presentaciones de libros que analiza Ezequiel Saferstein en el capítulo 3–, su perfil era más amplio e incluía su oposición al aborto y al feminismo, su cercanía a distintas expresiones de la derecha radical global y un posicionamiento claro contra Cambiemos, al punto de apoyar incluso actos de protesta encabezados por la Confederación General del Trabajo (CGT). Así, se producía un deslizamiento de la economía a la política, y del utopismo anarcocapitalista o las apuestas neoliberales hacia una perspectiva que, si bien doctrinaria, era más amplia y laxa. Este giro habilitaba una posición más ampliamente culturalista que se politizaba: mientras se miraba a los representantes políticos más notorios, una transformación sociocultural ocurría por debajo y en convergencia con un sentido político-ideológico evidente. Ello fue central para el siguiente movimiento que analizaremos.

En 2019, Espert había invitado a Milei a presentarse como candidato, pero este había declinado el ofrecimiento; fue recién al año siguiente que decidió "meterse en política", para lo cual tomó las propuestas del autor que había provocado su propia conversión: Rothbard. De acuerdo con este autor (1992a, 1992b), el sistema estatista y colectivista está enraizado de un modo tan profundo que las élites –incluso aquellas que son conservadoras y presumen de combatirlo– tienden a defenderlo. Por lo tanto, la batalla cultural resulta una estrategia limitada, y pasar a la lid política se torna una necesidad. En este pasaje a la política, recomendaba Rothbard, no tendría sentido crear un partido que defendiera la pureza doctrinaria, porque sería irrelevante en términos electorales; tampoco, dedicar esfuerzos a una lenta construcción de bases políticas, porque demorarían años en desarrollarse y, en el ínterin, el estatismo se haría cada vez más fuerte. La apuesta debería ser, en cambio, un liderazgo personal con miras a una elección presidencial capaz de poner en cortocircuito a las élites adoptando un tono *antiestablishment* virulento y una agenda indigerible para la corrección política. Así, se pondrían en primer plano cuestiones como la abolición del impuesto a la riqueza y las políticas de bienestar, el fin de las políticas de discriminación positiva y de los "privilegios" de los grupos minoritarios, el control de las calles con carta blanca a las fuerzas de seguridad, el cierre de la Reserva Federal (el Banco Central estadounidense) y la defensa de los valores familiares tradicionales.

De acuerdo con Rothbard, esta apuesta "populista de derecha" lograría desplazar a los conservadores moderados del centro de la escena para imprimir un giro profundo en la política. En términos concretos, su plan era disputar las primarias del Partido Republicano y, en cierta manera, transmutar su alma por medio de un candidato potente. En ese momento (1992) la apuesta fracasó, pero desde la mirada contemporánea resulta

difícil no encontrar ciertos paralelismos con la irrupción de Donald Trump en 2016, un líder que en la Argentina fue tomado como ejemplo para imitar por referentes de distintos espacios políticos.

La influencia de Rothbard en Milei y, por su intermedio, en el espacio liberal libertario, es clara. Cada una de las propuestas que planteó el teórico estadounidense fueron retomadas por el político argentino, con dos excepciones: su posicionamiento ante la interrupción legal del embarazo y la idea de disputar dentro de un partido ya establecido. Vale la pena detenerse sobre estas dos diferencias, porque permiten observar no solo peculiaridades de las imbricaciones políticas e intelectuales de Milei, sino también de las bases de activistas y referentes sobre los que se desarrolló su propuesta política.

Fusionismo y doctrina en el corazón del libertarianismo argentino

Tanto Milei como muchos de sus seguidores se definen como liberales libertarios y acuden a un panteón que abarcaría "de John Locke a Robert Nozick", para parafrasear el subtítulo de un libro del intelectual liberal conservador Mariano Grondona. Sin embargo, la perspectiva de los actores contemporáneos no tiene la impronta pluralista de la apertura democrática de los años ochenta, sino que consiste en un recorte acotado de obras y autores, de los que se extraen apenas determinadas ideas o incluso frases aisladas a las que se les atribuyen sentidos específicos; se trata, entonces, de usos plenamente politizados, a veces coyunturales, de una galería de próceres. Más que una mixtura entre el liberalismo y el libertarianismo, lo que resulta de estas lecturas es una amalgama de ideas particularizada, fuertemente orientada hacia la derecha radical, que guarda similitudes con el movimiento intelectual "fusionista" que se dio entre los conservadores estadounidenses en los años sesenta. Aquel fusionismo implicaba reunir los impulsos racionalistas liberales con la veneración de la tradición propia del conservadurismo y el iusnaturalismo para defender un orden, fuese sagrado o profano, que se consideraba valioso, y sostener una idea de la persona que, protegida por derechos o cargada de deberes, no debería quedar a merced de un Leviatán capaz de imponer patrones ideológicos progresistas y hasta socialistas, utilizando para ello el dinero obtenido de una estructura impositiva desbocada (Nash, 1987).

Con ese fusionismo impulsado por autores como Frank Meyer, la derecha estadounidense buscaba establecer un mínimo denominador común en el que pudieran convivir liberales clásicos, conservadores, reaccionarios,

tradicionalistas, innovadores, religiosos, ateos, libertarianos, nacionalistas y cosmopolitas, creando al mismo tiempo una barrera móvil frente a sus adversarios. Algo similar parece producirse con la etiqueta liberal libertaria en la Argentina. No se trata, como algunos analistas han señalado, de trasladar a la política práctica una visión teórica (la del liberalismo clásico de Locke, la de la escuela austríaca de Ludwig Mises y Hayek, la del objetivismo de Rand o la del anarcocapitalismo de Rothbard), sino de reunir perspectivas, propuestas y tonos disímiles en un gesto sincrético y a la vez adversativo: de las políticas promercado y a favor del *laissez-passer* a referencias positivas al nacionalismo e incluso al nativismo; de las posturas conservadoras a un lenguaje escandaloso similar al de la *alt-right* de origen estadounidense; del culto al individualismo a la defensa de un orden social jerárquico; del desprecio a la democracia como forma imperfecta de agregar preferencias al anuncio de plebiscitos para imponer las reformas, pero contra otras expresiones.

¿Cuál es el denominador común que permite esta amalgama en el caso argentino? La respuesta que repiten tanto los dirigentes como los activistas de LLA es "el liberalismo". Pero ese concepto debe entenderse en un sentido particular, que es el de la reducción de una tradición rica y heterogénea al sucedáneo de rezo laico que Milei pronuncia a coro con sus seguidores en todos sus actos políticos, la definición del economista y ensayista Alberto Benegas Lynch (h): "El liberalismo es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo bajo el principio de no agresión y defendiendo el derecho a la vida, a la libertad y a la propiedad". Esta frase se acerca a la reinterpretación que Nozick (1991) hizo de Locke y Kant: dejar de lado la idea de bien público y concentrarse solo en el individuo como medida de todas las cosas; abandonar la compleja relación entre los derechos naturales y los deberes de la vida en común para sustituirlos por restricciones morales (de los demás para con uno) infranqueables y absolutas; abandonar la propuesta de una "sociedad política" para defender un Estado mínimo que funciona como "marco de cualesquiera utopías" (Morresi, 2014). Lo que queda por fuera de esa dinámica es, entonces, reductible a fenómenos colectivistas, lo sepan sus simpatizantes y ejecutores o no.[3]

Hay algo más en la definición de liberalismo que Milei toma de Benegas Lynch (h): es el doble giro que se da al rescatar la fórmula lockeana "vida, libertad y posesiones". La primera parte del movimiento consiste en aplanar los valores que se defienden: mi propiedad tiene el mismo estatus que la vida del otro (algo que el filósofo inglés no suponía). La segunda cuestión concierne al modo en que el derecho a la vida se amplía para abarcar el derecho de los nonatos. Rothbard, el autor que –según el propio Milei– provocó su conversión, se había basado en razonamientos individualistas para justificar el derecho de las mujeres a interrumpir sus embarazos

(Rothbard, 1978). Sin embargo, cuando apostó por un populismo de derecha, recomendó dejar de lado esa discusión en aras de garantizar la unidad de un movimiento que, por necesidad, no podía reducirse a la doctrina libertariana y tenía que incluir a conservadores más tradicionales y a reaccionarios posicionados contra esa medida de modo rotundo (Rothbard, 1992b). Milei, en cambio, cabalmente rothbardiano para algunas cuestiones –al punto de defender en público la conveniencia de crear un mercado de órganos o vender niños–, sobre este tema en particular rechazó tanto los argumentos libertarianos como la apuesta por el pragmatismo. Por un lado, se inclinó por seguir también aquí las enseñanzas del propio Benegas Lynch (h) (2013) y su visión de un derecho natural a la vida desde el momento de la concepción; por el otro, en lugar de procurar dejar esa cuestión por fuera de la agenda de la campaña para acercar voluntades con distintas posiciones, prefirió que fuera un tema relevante.

Más allá de su postura teórica y filosófica sobre la interrupción legal del embarazo, importa preguntarse por la politización de esa posición: respecto del motivo por el que Milei eligió poner en un lugar público destacado su rechazo al aborto hay dos respuestas posibles que no son excluyentes. La primera se refiere a que, a diferencia del PRO/Cambiemos, que pretende congraciarse con el electorado más allá de las ideas, LLA busca que la "batalla electoral" no implique un retroceso sobre las posiciones ganadas en la "batalla cultural". Así, de acuerdo con esta interpretación, LLA debe ser comprendido como un partido doctrinario y alejado del pragmatismo, al que le importa más tener razón que sumar votos. La segunda respuesta apunta a que la centralidad de la posición en contra del aborto es relevante por sí misma en términos políticos, porque baliza una convergencia de tradiciones disímiles: implica plantarse contra el papel jugado por el Estado en la promoción de la igualdad de género, el feminismo, el derecho de las minorías, el lenguaje inclusivo o la Educación Sexual Integral (ESI). Dicho de otro modo: la postura contra la interrupción legal del embarazo por parte de Milei permite que se reproduzca a nivel político el acercamiento entre las derechas liberal conservadora y nacionalista reaccionaria que se había dado en las calles durante el debate parlamentario en 2018: lo que allí fue encuentro, hoy es parte de la estrategia de fusionismo, y sobre ella se delinean los límites porosos del espacio, centralmente su capacidad de incluir expresiones que pudieron verse distantes en otros momentos.

Ese efecto permitió que, en 2021, la candidatura de Milei en la Ciudad de Buenos Aires contara con el soporte de grupos nacionalistas reaccionarios como NOS (el frente que había llevado como candidato a Gómez Centurión en 2019), sin perder el apoyo de quienes se sentían atraídos por los discursos orientados hacia el libertarianismo.[4] Como explicó Victoria Villarruel –una activista que había ganado visibilidad por su defensa de los

militares presos por crímenes de lesa humanidad, que se convirtió en diputada por LLA en 2021 y luego en candidata a vicepresidenta–, junto a “la eliminación de impuestos [y] la reducción del Estado elefantiásico” hay otros temas igual de importantes para el espacio, tales como “la ideología de género y otras vacas sagradas de la izquierda anquilosada en nuestro país” (prefacio de Villarruel en Milei, 2022). Al empujar el antiizquierdismo hacia el extremo en la dimensión cultural, LLA consiguió posicionarse con claridad a la derecha del PRO y JxC. Los liberales libertarios no solo están enfrentados a los sectores cambiemitas que presumen de ser moderados, sino también a aquellos que se presentan a sí mismos como “halcones”, pero acuerdan en la legalización del aborto o no se posicionan con claridad suficiente contra la “ideología de género”.

Así, en los términos de un fusionismo de derecha, LLA desplegó una estrategia de zigzagueo que, de un modo similar al PRO, le permite crecer en distintos sentidos, pero también produce disensos en el espacio interno y externo, tal como se vio en las disputas con *influencers* que habían estado cerca de Milei, como el abogado y referente liberal Carlos Maslatón, y en los roces con líderes de JxC, como Bullrich y Macri, que fueron limándose a medida que los escenarios político-electorales se fueron modificando.

Populista y radical

Además del posicionamiento sobre la interrupción legal del embarazo, hay otro aspecto en el que los liberales libertarios se separaron de las recomendaciones de Rothbard. Mientras que este entendía que la mejor alternativa consistía en capturar un partido mayoritario, en la Argentina se apostó por presentar candidatos con un sello propio, aun cuando desde un sector de JxC abundaron las invitaciones e incluso las presiones para que se integraran a la alianza. El origen de la diferencia táctica puede ser tan simple como la naturaleza de los sistemas de los Estados Unidos, donde hay un bipartidismo estable, y de la Argentina, donde un bicoalicionismo reciente muestra señales de resquebrajamiento. Este punto, sin embargo, puede observarse también de otras maneras. Por un lado, apostar por una construcción autónoma para evitar el riesgo de ser deglutido por una formación ya instalada dista de ser una decisión sin sustento y parece replicar la que tomó el propio Macri en 2002, cuando declinó los ofrecimientos de unirse al peronismo. Por el otro, si bien JxC tiene entre sus principales referentes cuadros derechistas, algunos de sus dirigentes son reacios a las propuestas y los tonos empleados por los liberales libertarios, lo

que haría dificultosa una integración sin que mediaran cambios drásticos en la agenda de LLA, en el estilo de liderazgo personalista de tonalidades confrontativas que le permitió crecer a Milei, y un reordenamiento o atomización de JxC. En política, las sumas pueden acabar no solo restando, sino también dividiendo.

En la misma línea, cabe enfatizar que la parte de la sociedad que comenzó a acompañar a LLA no se compone solo de votantes desencantados de JxC ni proviene del núcleo duro tradicional de los partidos liberales conservadores (es decir, clases altas y medias altas con alto nivel educativo). De acuerdo con los datos disponibles a partir de encuestas, de un conjunto de entrevistas a activistas realizadas durante el ciclo de protestas de 2020 y los actos de campaña de 2021 y ante los resultados de la votación en CABA en 2021 (cuando LLA obtuvo un tercer lugar con el 17% de los sufragios), es posible notar que la base electoral de LLA adquirió una morfología distinta a la de JxC. Si el partido fundado por Macri descansa, desde sus orígenes, en el soporte y la orientación de sectores socioeconómicos más elevados y con mayor nivel educativo, ese no parece ser el caso de LLA. Además, si entre los votantes de JxC hay un leve predominio de las mujeres y de los adultos mayores, las bases de LLA son más masculinas y juveniles. Por otro lado, si bien en las entrevistas que realizamos entre activistas de LLA en 2020 predominaban quienes habían sido votantes de JxC, en las que realizamos durante la campaña de 2023 este rasgo no aparece de forma destacada, ya que también se suman otros que habían apoyado al peronismo (e incluso a la izquierda) en las elecciones de 2019 o que comenzaron a votar después y tienen en LLA su primera y única vinculación con la política. Algunos de estos militantes explicitan, incluso, tener una estrategia de corte de boletas (tanto con el peronismo como con el cambiemismo), lo que muestra la normalización electoral del espacio liberal libertario y que cierto realismo político en favor de los ideales es algo que las bases de LLA comparten con sus dirigentes: la defensa de las ideas implica, así, un marco de movilidad pragmático. La batalla cultural avanza sobre un juego de defensa y negociación del ideal en el plano electoral.

Las posiciones con las que LLA se presentó en la arena electoral parecen seguir la estrategia del “populismo de derecha” tal como lo propuso Rothbard (1992b: 8): un movimiento capaz de “llegar a las masas directamente, para cortocircuitar a los medios de comunicación dominantes y a las élites intelectuales, para arengar a las masas contra las élites que las están saqueando, confundiendo y oprimiendo”. Sin embargo, hablar de una “derecha populista” en la Argentina, aun si se toma el recaudo de circunscribir el vocablo “populismo” al sentido que le dio Rothbard, es problemático, porque en el campo de las derechas, en particular las que se articulan en la familia liberal conservadora como el PRO, el “populismo”

funciona desde hace décadas como exterior constitutivo: aquello que, desde afuera, permite consolidar una identidad en contra. Sin embargo, y a pesar de que algunos dirigentes de LLA critican el populismo, al que presentan como la manipulación cortoplacista de la economía, la identidad de los liberales libertarios parece construirse sobre la base de una alteridad distinta: el colectivismo (y sus sucedáneos acumulativos: la socialdemocracia, el socialismo, el comunismo, el estalinismo). Además, y en contraposición con el antiperonismo marcado que fue adoptando una parte del "mundo PRO" en los últimos años, los referentes de LLA rescatan la experiencia del menemismo en los noventa. Para ellos, ese momento de convergencia entre peronismo y neoliberalismo, al que en su momento se tildó de experiencia "neopopulista", marca un norte por seguir, no una experiencia de la cual avergonzarse y renegar. Para Milei, Menem fue el mejor presidente de la historia reciente, casi a la altura de aquellos que integraron la edad dorada del liberalismo conservador, clausurada en 1916 por el triunfo electoral de la misma UCR que hoy integra JxC.

La mirada positiva de los dirigentes de LLA sobre la presidencia de Menem, que vuelve a poner en el tapete el noventismo contra el cual se conformó la primera identidad del kirchnerismo, se modula, sin embargo, a través de una perspectiva escéptica acerca de la política democrática. Lejos de la disposición de la dirigencia peronista y liberal que décadas atrás tejió acuerdos y cultivó "la rosca política" (Gené, 2019) en su afán de dejar atrás la Argentina desarrollista y estatista, en LLA "la política" –sobre todo las negociaciones entre políticos profesionales– aparece como una práctica despreciable de la cual conviene desconfiar porque no expresa sino los intereses de "la casta" a la que se quiere derrumbar. Sin embargo, algunos acuerdos parecen aceptables para Milei cuando se los justifica en sentido moral: aquellos para derrotar a la izquierda o a la socialdemocracia.

Así, una vez más, mientras LLA parece basarse en los principios neoliberales o en el libertarianismo pasado por el tamiz del "populismo de derecha", acaba aproximándose a los contornos antipluralistas delineados por la familia nacionalista reaccionaria, en los que la razón y la verdad tienen que imponerse sobre los acuerdos, las trabas institucionales y las fuerzas sociales que las resisten. No hay en ello contradicción: desde un credo que asumen liberal, los libertarianos se enfrentan a la democracia liberal con una impronta populista radical de derecha.

Esto produjo un doble movimiento: por un lado, la activación de la derecha nacionalista reaccionaria permitió a LLA incorporar elementos por vía del fusionismo. Por otro, aunque ello pareció conjugarse con la derechización de un sector del PRO, la estrategia de populismo de derecha abrazada por Milei sobre la base de Rothbard chocó contra la perspectiva antipopulista que también se desplegó en una parte del PRO y JxC. Allí

reside una serie de tensiones con la propia democracia liberal: centralmente, en una concepción antipluralista, una negación de los derechos como universales y una relación excluyente entre estas dos dimensiones desde una perspectiva de moralización de la política.

"¿De dónde salió esta gente?"

"¿De dónde salió esta gente?", parecieron preguntarse muchas voces que, hasta hace poco tiempo, daban por descontado el carácter marginal del sector libertariano o lo suponían una iteración más de la vieja Ucedé. En esos diagnósticos, LLA parecía destinada a ser rápidamente encauzada o fagocitada por un sistema institucional y partidario con herramientas y experiencia para deglutir a los desafiantes primerizos. Interrogantes similares plantearon quienes ante cada renovación derechista dan por sentado que aquello que combaten teóricamente no debería siquiera atreverse a existir en la práctica. Pero en la Argentina las derechas existen y, a tono con sus pares de otras latitudes, se han transformado una y otra vez expresando una correlación entre el sistema político, la economía, la movilización social y la circulación de ideas y su representación en industrias culturales. La aparición de una derecha que se presenta como liberal libertariana, como antes la de una derecha partidaria que buscó ganar elecciones o, más atrás todavía, la de otras derechas que buscaron insertarse en las presidencias de otros partidos políticos o en gobiernos *de facto*, no es un relámpago en cielo sereno, sino un rayo en cielo encapotado, porque las derechas, al modo del célebre dinosaurio de Augusto Monterroso, estaban allí, metamorfoseándose hasta llevar al plano electoral un efecto de sinergia que se anticipaba en los libros, en las redes y en los medios de comunicación, pero también en las plazas y las calles. En ese contexto, la irrupción de los liberales libertarios implica novedades que deben subrayarse a la luz del recorrido histórico.

En primer lugar, LLA expresa un fusionismo político derechista que, aunque no carece de antecedentes locales (como el que se expresó en los años sesenta y setenta), se produce en un escenario distinto, en tiempos de democracia y en un marco en el que ya existe un partido de centroderecha que ya había demostrado capacidad en el plano electoral. Dicho de otro modo: LLA no es "la derecha", sino lo que está "a la derecha" de una derecha *mainstream* y, desde esta posición, participa en la democracia liberal que la Argentina viene construyendo desde 1983, pero se ubica en tensión con los valores sobre los que esa democracia se sustenta. Para LLA, JxC

forma parte de "la casta" política que debió irse en 2001; por ello insiste en la recuperación, transmutada, de aquella idea y parte de sus herramientas simbólicas. En esta tensión que, al menos por ahora, no llega al punto de la ruptura, juegan un rol central los tonos que se entrecruzan. Por un lado, el discurso con ropaje técnico plagado de citas de autoridad que funcionan como guiños internos, pero también como murallas a cualquier entendimiento con el otro: oponerse a lo explicitado en la doctrina es como estar en contra de la ley de gravedad. Por el otro, el discurso adversativo violento en el que abundan los insultos, las voces elevadas y los gestos crispados que reducen todas las diferencias a un enfrentamiento maniqueo del bien contra el mal.

En segundo lugar, aun cuando recupera las ideas y los tonos del nacionalismo reaccionario, LLA se presenta como "verdadero liberalismo" y, aunque resulte paradójico, es sobre la base de esa identidad que se declina en forma no antiperonista. Si la edad dorada de LLA es la Argentina de la generación del ochenta, la alianza entre peronistas y liberales funciona como una edad de plata más cercana. Esta revalorización de "los noventa" –que, con el proyecto de dolarizar la economía, se convierte en propuesta de campaña que permite a los ahorristas "escapar del Estado"– contrasta con otros discursos derechistas contemporáneos que insisten en cifrar en el peronismo la fuente de todos los males argentinos. Pero la novedad no radica en la ausencia de antiperonismo a nivel discursivo (al fin y al cabo, esa jugada se realizó por primera vez en 1989), sino en el modo en que esa ausencia permitió que LLA se cimentase sobre bases distintas a las usuales dentro de la tradición liberal conservadora, tanto en términos socioeconómicos cuanto etarios, y ejecutara su propia diferenciación respecto del FdT.

* * *

Como hemos examinado a lo largo del capítulo, diferentes transformaciones históricas de las derechas argentinas fueron analizadas como el ascenso de una "nueva derecha": cuando el nacionalismo reaccionario enfrentó al liberalismo conservador en 1930, cuando la gramática de la Guerra Fría se ligó con la Doctrina de Seguridad Nacional en los setenta, cuando liberales y peronistas convergieron en la aceptación de la democracia liberal y la implementación de las ideas neoliberales en los noventa, cuando un nuevo partido representó un desafío al exitoso modelo posconvertibilidad en 2015 y cuando, a tono con las derechas nacional-populistas europeas, una derecha radicalizada comenzó a cobrar forma en una Argentina democrática. Esas

mutaciones sucesivas implicaron la articulación con ideas y fenómenos internacionales, sean los fascismos, la renovación internacional de las derechas, el ascenso del neoliberalismo o el nuevo ciclo de derechas radicalizadas, pero además una dinámica interna en un doble sentido: fueron producto de las luchas contra los impulsos inclusivos de distintos actores políticos argentinos, a la vez que expresaron una pugna por la hegemonía del propio campo derechista.

Luego del colapso de la última dictadura, las derechas argentinas se adaptaron al nuevo escenario, ya fuera difundiendo una cosmovisión que logró la aceptación de los principales actores del sistema político, como fue el caso de la Ucedé, ya construyendo una maquinaria electoral propia capaz de ganar elecciones, como fue el caso del PRO. Pero este sendero de paulatino compromiso con la democracia entró en crisis con el desarrollo de un espacio político que, a pesar de identificarse con las ideas liberales (e incluso hacerlo con imaginería doctrinaria), recoge parte del legado de las derechas nacionalistas reaccionarias y se construye en tensión con los principios de la democracia liberal. En ese rasgo, que puede parecer una aporía, reside la novedad de LLA, cuyos representantes, si bien se referencian en las vertientes radicales de las derechas internacionales, establecen contactos por fuera del doctrinarismo, fundamentalmente desde una visión reduccionista no solo de la tradición liberal sino del propio neoliberalismo, al tiempo que operan desde una dinámica populista radical de derecha. Ese desarrollo encuentra límites en la propia democracia liberal, pero también en las concepciones antipopulistas que se han reforzado en el espacio liberal conservador, sobre todo en sectores de JxC, referencia de las derechas *mainstream*. Ello se hace patente en la procedencia de partes importantes de la militancia y el voto a LLA, donde la perspectiva cultural reaccionaria debe ser leída también como una de las vertientes del neoliberalismo, pese a que para muchos analistas se habría dispersado sistémicamente por medio de posiciones culturalmente progresistas.

Los puntos anteriores permiten advertir que, en la actualidad, tras un crecimiento de las derechas, se produce en su seno una diferenciación que, como ha ocurrido en diversos momentos históricos, potencia el espacio, pero lo sume en problemáticas agudas. A diferencia de lo ocurrido desde 1983, ello se da hacia los márgenes del sistema democrático, por cuanto quienes se autoadscriben al liberalismo libertario reingresan valores, tonos y prácticas propios del nacionalismo reaccionario y, a partir de ellos, tensan la democracia liberal y disputan con los representantes ya insertos en el sistema: el proceso fusionista explica un eje de esa dinámica, mientras que las propias concepciones sobre la democracia liberal de este espacio exponen el otro sentido de esa convergencia divergente. La apelación a un método de convergencia no implica la reiteración mecánica o el retroceso a

otros momentos históricos, sino su recurso a ellos como fuentes de un imaginario y una práctica en el marco de un proyecto que usa ese pasado para disputar un presente e indicar un horizonte. Que en ello tengan una especial entidad la recuperación de la etapa de la Guerra Fría y los años noventa expone un punto clave en el vínculo entre historia y política, así como sobre la disputa actual, donde la derecha radicalizada ha ganado centralidad política y electoral.

Bibliografía

Benegas Lynch, A. (h) (2013), *Vivir y dejar vivir*, Rosario, Fundación Libertad.

Bohoslavsky, E. y Morresi, S. D. (2011), “Las derechas argentinas en el siglo XX. Ensayo sobre su vínculo con la democracia”, *Iberoamérica Global*, vol. 4, nº 2, pp. 17-48; disponible en <ri.conicet.gov.ar>.

Canelo, P. (2019), *¿Cambiamos? La batalla cultural por el sentido común de los argentinos*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Castañeda, J. G. (2006), “Latin America’s Left Turn”, *Foreign Affairs*, vol. 85, nº 3, pp. 28-43.

Di Tella, T. S. (1971), “La búsqueda de la fórmula política argentina”, *Desarrollo Económico*, vol. 11, nº 42-44, pp. 317-325.

Dornbusch, R. y Edwards, S. (1991), “The Macroeconomics of Populism”, en Dornbusch, R. y Edwards, S. (eds.), *The Macroeconomics of Populism in Latin America*, Chicago, University of Chicago Press, pp. 7-13.

Echeverría, O. (2009), *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*, Rosario, Prohistoria.

Gené, M. (2019), *La rosca política. El oficio de los armadores delante y detrás de escena (o el discreto encanto del toma y daca)*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Gené, M. y Vommaro, G. (2023), *El sueño intacto de la centroderecha y sus dilemas después de haber gobernado y fracasado*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Halperin Donghi, T. (1988), “Argentina: Liberalism in a Country Born

Liberal", en Love, J. L. y Jacobsen, N. (eds.), *Guiding the Invisible Hand: Economic Liberalism and the State in Latin American History*, Nueva York, Praeger, pp. 99-116.

Hayek, F. A. (1949), "The Intellectuals and Socialism", *The University of Chicago Law Review*, vol. 16, nº 3, pp. 417-433; disponible en <chicagounbound.uchicago.edu>.

Iglesias Illa, H. (2016), *Cambiamos. Mauricio Macri presidente. Día a día, la campaña por dentro*, Buenos Aires, Sudamericana.

Lida, M. y López, I. A. (comps., 2023), *Un golpe decisivo. La dictadura de 1943 y el lugar de Juan Domingo Perón*, Buenos Aires, Edhasa.

Milei, J. G. (2022), *El camino del libertario*, Buenos Aires, Planeta.

Morresi, S. D. (2008), *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional - UNGS.

— (2014), "Robert Nozick, Wilt Chamberlain y las reacciones neoliberales al liberalismo igualitarista", en Boron, A. A. y Lizárraga, F. (eds.), *El liberalismo en su laberinto. Renovación y límites en la obra de John Rawls*, Buenos Aires, Luxemburg, pp. 115-142.

Morresi, S. D., Saferstein, E. y Vicente, M. (2021), "Ganar la calle. Repertorios, memorias y convergencias de las manifestaciones derechistas argentinas", *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, vol. 15, nº 8, pp. 134-151; disponible en <ojs.ides.org.ar>.

Morresi, S. D. y Vicente, M. (2017), "El enemigo íntimo. Usos liberal-conservadores del totalitarismo en la Argentina entre dos peronismos (1955-1973)", *Quinto Sol*, vol. 21, nº 1, pp. 1-21; disponible en <www.scielo.org.ar>.

Nash, G. H. (1987), *La rebelión conservadora en los Estados Unidos*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Nozick, R. (1991), *Anarquía, Estado y Utopía*, Buenos Aires, FCE.

Rand, A. (2000), *The Virtue of Selfishness*, Nueva York, Penguin.

Rothbard, M. N. (1978), *For a New Liberty. The Libertarian Manifesto*, Nueva York, Collier Books.

— (1992a), "A Strategy for the Right", en *Rothbard Rockwell Report*, vol. III, pp. 1-16.

— (1992b), "Right-Wing Populism. A Strategy for the Paleo Movement", *Rothbard Rockwell Report*, vol. III, pp. 5-14.

— (2001), “Monopolio y competencia”, *Libertas*, nº 34, pp. 43-172; disponible en <www.eseade.edu.ar>.

Spinelli, M. E. (2005), *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”*, Buenos Aires, Biblos.

Torre, J. C. (2003), “Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria”, *Desarrollo Económico*, vol. 42, nº 168, pp. 647-665.

Vicente, M. (2015), *De la refundación al ocaso. Los intelectuales liberal-conservadores ante la última dictadura,* La Plata-Los Polvorines-Misiones, UNLP-UNGS-UNaM.

Vommaro, G. (2017), *La larga marcha de Cambiemos. La construcción silenciosa de un proyecto de poder*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Vommaro, G., Morresi, S. D. y Bellotti, A. (2015), *Mundo PRO. Anatomía de un partido fabricado para ganar*, Buenos Aires, Planeta.

---

[2] El anarcocapitalismo es la doctrina que impulsa la desaparición del Estado para que todas las relaciones humanas se rijan solo por los intercambios voluntarios de los agentes; mientras que el minarquismo supone que ese ideal es inalcanzable y que siempre será necesario algún tipo de Estado que, para ser aceptable en términos morales, debería reducirse a la mínima expresión, salvaguardar las fronteras de colectivos predatorios a través de un ejército y proteger la vida, la libertad y la propiedad de los individuos a través de un poder de policía y tribunales judiciales.

[3] Para Nozick (1991), la utopía implica que si se respetan las restricciones morales, diferentes agregados de individuos pueden decidir tener el tipo de sociedad que les guste.

[4] Esto no quiere decir que todos los que pertenecen al espacio liberal libertario compartan con igual intensidad esta parte de la agenda de LLA. Sin embargo, incluso algunos activistas que no comparten la justificación moral de la prohibición del aborto como la entiende su líder avanzan con otros argumentos, economicistas, para confrontar con la legalización de la interrupción voluntaria del embarazo tal como rige en la Argentina, mientras que otros sectores, en especial mujeres, se postulan en minoría a favor de la legalización con base en argumentos feministas liberales.

2. Los picantes del liberalismo

Jóvenes militantes de Milei y "nuevas derechas"

Melina Vázquez

El crecimiento de la figura de Javier Milei así como el rendimiento electoral de La Libertad Avanza (LLA) se han convertido en un tema de especial interés. En las elecciones de 2021, LLA obtuvo el 17,03% de los votos y se configuró como tercera fuerza, detrás de JxC y el FdT. Entonces llamó la atención que su *performance* se destacara en las comunas 7, 8 y 9 de la Ciudad de Buenos Aires, es decir, en la zona sur de la ciudad, y que obtuviera números equivalentes en las PASO de 2023. Sin embargo, el batacazo no tuvo que ver con la ciudad ni con la provincia de Buenos Aires, sino con la proyección de LLA a nivel nacional, sobre todo en las elecciones de 2023. Tanto el periodismo como las ciencias sociales buscan comprender esta dinámica, en particular respecto de las razones por las que un conjunto significativo de jóvenes vota, acompaña y también milita en colectivos que forman parte del espectro liberal libertario. Este capítulo pretende contribuir al debate a partir de una pregunta: ¿cómo se construye un militante joven de Milei?[5]

Para responderla, primero reconstruyo, con una mirada de más largo aliento, algunas experiencias militantes juveniles en espacios de derecha desde el restablecimiento de la democracia para mostrar cómo dialogan con dinámicas y ciclos más amplios, como la primavera democrática, el conflicto con el campo o las movilizaciones opositoras al kirchnerismo durante el segundo mandato de Cristina Fernández de Kirchner. En particular, este trabajo pone el foco en el ciclo que se abre entre los debates parlamentarios sobre la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (2018) y las medidas de Aislamiento y (luego) Distanciamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO y DISPO), durante el cual "ser de derecha" se convierte en un principio de reconocimiento y de presentación en el espacio público. En ese marco, analizamos el ingreso de militantes a colectivos liberales y libertarios que gravitan en torno a la figura de Javier Milei.

En segundo término, me interesa explorar las relaciones entre el perfil

sociológico de los jóvenes mileístas y un compromiso “de derecha” y “popular”. Los militantes que acompañan a Milei, dentro y fuera de LLA, buscan diferenciarse de “los chetos” y revalorizan una manera de adherir a las “ideas de la libertad” desde abajo. “Somos ‘los picantes del liberalismo’”, afirma una joven referente del Partido Libertario, y nos invita a pensar las singularidades de una militancia popular que forma parte de una cultura política más amplia en la que se combinan grandes temas de la política y de la economía –como la reducción del Estado y la dolarización–, estéticas militantes, experiencias generacionales comunes y un vasto repertorio de acciones colectivas que suceden en las calles, las plazas, las redes, las urnas y las escuelas.

Este trabajo es el resultado de una investigación –que comprendió observaciones participantes, entrevistas, análisis de redes y fuentes primarias– desarrollada desde 2020 con jóvenes militantes del AMBA que forman parte de agrupaciones de las “nuevas derechas”, en particular aquellas que se vinculan, de diferentes maneras, con la figura de Javier Milei.

Ciclos de movilización, derechas y disputas por la representación de las juventudes [6]

Ni radicales ni peronistas ni de izquierda

Unión para la Apertura Universitaria (UPAU) es una agrupación creada a principios de los años ochenta, en plena transición democrática. Se trata de una experiencia que tuvo un inusitado crecimiento en diferentes universidades nacionales, como la de Buenos Aires (UBA), y que varios exmilitantes recuperan en la actualidad. Muchos de los referentes de la política nacional han formado parte de esta agrupación, desde el vicepresidente de la Nación entre 2011 y 2015, Amado Boudou, y el candidato a presidente de Unión por la Patria en 2023, Sergio Massa, hasta el reconocido *influencer* Carlos Maslatón, su fundador y referente en la Facultad de Derecho, quien también participó del armado de La Libertad Avanza en las elecciones legislativas de 2021.

¿Qué elementos de aquella experiencia resultan significativos para movilizar adhesiones en espacios político-partidarios en pleno siglo XXI? Según algunos de quienes por entonces eran sus jóvenes dirigentes, la

agrupación representó una experiencia singular de la "derecha democrática". Definirse en estos términos suponía, por un lado, lidiar con "el imaginario popular [que] nos ponía a nosotros como *la dictadura*".[7] En este sentido, el trabajo militante dentro del ámbito universitario significó llevar adelante la difícil tarea de diferenciarse de las llamadas agrupaciones "independientes" que florecieron entre 1982 y 1983 en diversas facultades de la UBA (Quantum, Iustum, Nobis, Sinapsis y Nexo-Revalúo), que, según los ex-UPAU, eran las "hijas" o "crías del Proceso [de Reorganización Nacional]". Estas agrupaciones denostaban la actividad política dentro de la universidad, y en eso radicó el núcleo de la acción de UPAU: reivindicar, desde una posición de derecha, la democracia y la política. Aunque sostuvieron una visión de la política basada en valores "eficientistas", se inscribieron en la tradición de la Reforma Universitaria y reivindicaron la autonomía y el gobierno tripartito (Manzano, 2018).

La UPAU tuvo un fuerte desarrollo en el mundo universitario, donde tenían protagonismo otras tradiciones políticas más vinculadas con el progresismo y la izquierda. En concreto, se convirtió en la segunda fuerza en Buenos Aires, detrás de Franja Morada, vinculada a la Unión Cívica Radical, y obtuvo varios centros de estudiantes, como los de las facultades de Derecho (1987, 1988, 1989), Ingeniería (1987, 1988, 1989) y Arquitectura (1987). Estuvo a seis votos de obtener la presidencia de la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) y mostró un crecimiento significativo en otras instituciones nacionales de altos estudios: en 1985 llegó a tener representación en ocho universidades y, en 1986, en diez (Fraga y Malacrida, 1989).

Además, la UPAU facilitó el acceso de un grupo significativo de jóvenes a la Unión del Centro Democrático (Ucedé), partido liderado por Álvaro Alsogaray, y propició un cambio en el perfil tradicional de los partidos de derecha (Morresi, 2008). Varios militantes sostienen que tanto la agrupación estudiantil como la rama juvenil del partido eran consideradas "la izquierda de la Ucedé". Esto sucedía, por ejemplo, cuando los jóvenes, para recrear cierta liturgia militante, usaban el bombo, que simboliza la movilización popular; así lo refiere Mario[8] al recordar una anécdota con su tía, hermana del dirigente Álvaro Alsogaray, quien confrontó a los jóvenes en una protesta y les espetó que "los bombos no son liberales". Por su parte, Ricardo, referente de la Facultad de Derecho de la UBA, afirma que la militancia era difícil de comprender entre los dirigentes adultos, para los cuales "militar […] era ser montonero, no recibirte, ser estudiante crónico. Eso era el recuerdo de la militancia universitaria".[9] Estas particularidades dieron a la UPAU una impronta más popular ante el componente clásicamente elitista de las derechas, y produjeron algunas tensiones generacionales dentro del partido.

Por último, la UPAU es recuperada con nostalgia por algunos de sus militantes, porque propició la "unión de las derechas" frente a la dispersión de diferentes partidos, como el Federal o el Demócrata Progresista. Según Sergio, "éramos del mismo sector político, no ideológico. Éramos los que no eran ni radicales, ni peronistas, ni de izquierda. Las coincidencias entre [Francisco] Manrique y [Álvaro] Alsogaray eran nulas en términos ideológicos".[10]

La distancia temporal con aquella experiencia no hace menos imperiosa la pregunta por los puentes que permiten establecer relaciones con el presente. Por un lado, es una experiencia evocada por dirigentes adultos que participaron en ella. Es además una agrupación relevante y poco explorada para comprender las formas de politización juvenil en los tempranos años ochenta. En términos de Arriondo (2015), los exmilitantes de la UPAU y de la Ucedé pasaron a destacarse en el seno de otras experiencias liberales, como Propuesta Republicana (PRO); esto coincide con la imagen que ofrecen algunos de sus miembros al afirmar que se trató de un "semillero de liberales". Entre los militantes que se relacionaron con la creación del PRO e integraron o apoyaron el gobierno de Cambiemos (2015-2019), muchos se han vinculado con los partidos en los que se referencian los jóvenes militantes liberales y de derecha que aquí analizamos. Este es el caso del ya mencionado Carlos Maslatón; también el de otros, como Mario y Sergio, que apoyan la candidatura de Patricia Bullrich a presidenta por ser la expresión "más a la derecha" de Juntos por el Cambio.

Esta experiencia, como vemos, es objeto de actualizaciones en el presente. En esa línea podemos interpretar el relanzamiento de UPAU en diferentes universidades nacionales en 2020, así como la creación de una agrupación juvenil (Puentes) de la Ucedé que acompaña la candidatura de Ramiro Marra a jefe de Gobierno de la Ciudad (2023) por LLA.

Ni de izquierda ni de derecha: el fanatismo del PRO

Las movilizaciones que tienen lugar a partir del llamado "conflicto con el campo" (2008), ocasionado por el aumento de las retenciones móviles a la exportación de oleaginosas (Resolución 125/08), constituyen un momento relevante para comprender dinámicas de politización juvenil. En trabajos anteriores expuse que este es uno de los principales hitos a través de los cuales la juventud, en cuanto categoría política, se legitima y se moviliza en torno a una causa pública y militante. A este hecho se sumaron, en 2010, el asesinato de Mariano Ferreyra –joven militante del Partido Obrero (PO)–

por parte de una patota de la Unión Ferroviaria en el marco de una protesta de empleados tercerizados, y la muerte de Néstor Kirchner. Estos hechos modelaron el inicio de un ciclo de revitalización de la participación política juvenil, en general, y en espacios político-partidarios en particular. Aunque sus efectos fueron mayormente estudiados en relación con las organizaciones cercanas al kirchnerismo, el ingreso a la militancia de jóvenes se constata en un amplio espectro político-ideológico que involucra también a las organizaciones de derecha y liberales.

Vale mencionar, en este sentido, la presencia de jóvenes activistas en diferentes espacios político-partidarios vinculados con el liberalismo. A modo de ejemplo, en una encuesta (Vázquez y otros, 2019) que incluyó a jóvenes militantes del PRO, de la Juventud Peronista (JP) Evita y de la Juventud del Partido Socialista, se podía ver que el ingreso de jóvenes al PRO en 2011, año en el que es reelecta Cristina Kirchner y las agrupaciones kirchneristas viven un período de florecimiento, es cinco veces mayor que a la JP Evita, agrupación que en ese tiempo formaba parte del oficialismo.

El PRO nace con una visión pragmática de la política que se postula “más allá de izquierdas y derechas” y como opción superadora de las identidades políticas tradicionales (peronismo y radicalismo). Las apelaciones identitarias que construye han puesto énfasis en la “pasión por hacer”, el “pragmatismo” y la “gestión eficiente”, términos que lo despojan de definiciones ideológicas explícitas. En una entrevista a Maxilimiano Sahonero publicada por la revista *Anfibia* (2015), el referente juvenil del PRO en la Villa 20 de Lugano afirmaba: “Si ser de derecha es dar educación y entregar títulos de vivienda, entonces tíldenme de derecha. [...] La gente no vive de ideas, nosotros somos pragmáticos”. La reivindicación de la gestión y el pragmatismo se ubica por encima de las posibles “acusaciones” de las que pueda ser objeto por integrar el PRO. En esa línea, la “derecha” aparece más como una categoría acusatoria formulada por otros que como valor para definir su propio compromiso.

Por otra parte, el PRO se postula como un espacio partidario hijo de la crisis de representación de 2001, cuya principal consigna fue “que se vayan todos”. Por eso, la condición de *outsiders* de la política fue movilizada como capital de prestigio por parte de quienes provenían del mundo empresarial o del tercer sector para explicar el “salto a la política”. Pese al desdibujamiento de los clivajes ideológicos, la condición de opositores al gobierno de Cristina Kirchner representó un elemento politizador de las experiencias. Paradójicamente, esta narrativa es reactualizada por Javier Milei, quien coloca al kirchnerismo y a Juntos por el Cambio –rebautizado con el mote de “Juntos por el Cargo”– del mismo lado de la grieta, esto es, como parte de la “casta política”.

De las cacerolas al Partido Liberal

En 2009 se crea en la Ciudad de Buenos Aires el Partido Liberal Libertario –rebautizado Partido Libertario– a partir de un grupo de Facebook denominado "Quiero que exista un partido liberal en la Argentina". Lo integra un grupo de jóvenes, exdirigentes de la Ucedé, entre ellos, Carlos Maslatón y miembros de la Fundación Libertad y Progreso, como Agustín Etchebarne. Según Martín, el entonces apoderado del partido, de 27 años, en ese momento "el liberalismo no existía", "alguien que había votado a López Murphy en 2003 [Movimiento Federal Recrear] o en 2007 [Recrear para el Crecimiento],[11] en la elección presidencial de 2011 no tenía a nadie a quien votar".[12] Por su parte, Gonzalo, que hoy participa de Republicanos Unidos dentro de la alianza que integra Juntos por el Cambio, recuerda que en aquel momento se sentían "parias": "ser liberal era mala palabra, el *mainstream* estaba en otro lado: competían para ver quién era más zurdo o progre".[13]

En una campaña de afiliación realizada en una zona céntrica de la Ciudad de Buenos Aires, colocan *banners* con un test político que denominan "El nuevo mapa de la política". Los militantes invitan a las personas a responder diez preguntas sobre "libertad individual" y "libertad económica" para que identifiquen o reconozcan su ubicación en el mapa político. Las opciones son: "izquierda", "centro", "derecha", "totalitarismo estatismo" y "liberal libertario". Las fotos que postean en redes sociales como Facebook muestran la acumulación de *post-it* de colores sobre esta última opción. La actividad, realizada en noviembre de 2011 tras la reelección de Cristina Kirchner, se acompaña con la consigna "Últimas elecciones sin un partido liberal".

Ya durante el gobierno de Cristina Kirchner, el Partido Liberal Libertario protagonizó algunas protestas contra su gestión económica. En 2012 colocaron fajas que simbolizaban la clausura de la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP), rebautizada "Gestapo. Administración Federal de Intimidación y Persecución", por "avasallar las libertades individuales de los ciudadanos".[14] Ese mismo año se manifestaron contra las restricciones que regían para cambiar dólares y, a modo de protesta, realizaron una venta de dólares en pleno centro porteño.[15]

Estas experiencias se inscriben en un ciclo más amplio de protestas opositoras al kirchnerismo protagonizadas por sectores de derecha, que son el escenario en el que se construyen principios de reconocimiento y articulación de un lado de la "grieta". También allí cobran visibilidad grupos y referentes jóvenes como Gonzalo, quien, tras su participación activa en redes sociales y en las manifestaciones contra el gobierno, fue convocado por Patricia Bullrich para integrarse al Partido Unión por la Libertad[16] en un intento por trasferir el capital político "de las cacerolas a

la oposición”.[17]

Además, las movilizaciones dan lugar a la construcción de un repertorio de argumentos y consignas contra el gobierno, que incluye acusaciones de corrupción, falta de división de poderes, “diKtadura”, “populismo”, así como críticas a la política económica y a la “clase política”, todo con un lenguaje agresivo que, en algunos casos, recuerda al que se utilizaba en los años setenta para descalificar ahora a los funcionarios del gobierno, acusados de ser “montoneros” o de llevar el país “al comunismo”. Vale la pena tomar nota de estas expresiones en la medida en que se profundizan y se convierten en un elemento identificatorio entre las juventudes de las llamadas “nuevas derechas”, que cultivan y celebran la “incorrección política”.

Algunos de los jóvenes cuya situación analizamos más adelante, como parte del ciclo de politización que se desarrolló entre los debates legislativos de la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE) en 2018 y las medidas de aislamiento y distanciamiento social durante la gestión sociosanitaria de la pandemia, hicieron su bautismo político en las protestas opositoras al kirchnerismo, a las que asisten junto con su núcleo de familiares. En otros casos, marcan el contraste entre su propio activismo y la visión de sus familiares o del entorno social de pertenencia, al que caracterizan como “recontra K”. En estos casos se reivindican como parte de una mirada disidente con las generaciones adultas, que encuentra puntos de contacto con la hipótesis de la rebeldía sostenida por Stefanoni (2021). Esta se alimenta, además, de la construcción de una respuesta en términos generacionales a los contenidos aprendidos en la escuela, en particular en lo que hace a los dos campos más destacados para las “nuevas derechas”: el estudio del último golpe cívico-militar en la Argentina y la implementación de la Ley 26.150 de Educación Sexual Integral (ESI).

Pandenomics y el llamado a las juventudes libertarias

“Esto se masificó, esto se masificó. Puse un tuit y cayeron ciento cincuenta personas”, dice Ramiro Marra en medio de un gentío en una cervecería en pleno barrio de Recoleta, donde se lanza Puentes, agrupación juvenil de la Ucedé, para acompañar su candidatura como precandidato a jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en 2023.

La masificación de los espacios liberales y libertarios se enhebra en el testimonio de los militantes con hitos de diverso tipo. Algunos mencionan el peso de los debates parlamentarios de la Ley IVE en 2018, en los cuales

comenzaron a identificarse con la agenda de “las dos vidas”. Otros destacan el acercamiento a distintos referentes de las “nuevas derechas”, como Agustín Laje, Nicolás Márquez, Gloria Álvarez[18] e, incluso, el propio Javier Milei, a quien conocen primero como *influencer*. Hay quienes señalan la candidatura a la presidencia del economista José Luis Espert en 2019, que interpretan como lo más parecido a una propuesta liberal tras el fracaso del gobierno de Mauricio Macri. Sin embargo, todos coinciden en interpretar la pandemia como punto de quiebre.

La crítica a las medidas de Aislamiento y (luego) Distanciamiento Social, Preventivo y Obligatorio reactiva el uso de expresiones ya presentes en las manifestaciones opositoras a los gobiernos de Cristina Kirchner –como “diktadura”– resignificadas en el nuevo contexto –“infektadura”–. La impugnación de la gestión sociosanitaria de la pandemia recorre diferentes puntos, que van desde lo que caracterizan como el “sueño comunista” de tener a “todos los seres humanos controlados” (Oría, 2020), hasta sus efectos en materia económica.

Sin embargo, hay una apropiación generacional de esta narrativa, cuya potencia debe ser entendida más allá de la cuestión político-ideológica. Me refiero al impacto de la puesta en crisis, mientras rigieron las medidas de gestión de la pandemia, de las dinámicas de socialización y sociabilidad entre pares, esto es, el núcleo por excelencia de la producción de experiencias juveniles. Por tanto, más acá de la adhesión al ideal liberal o libertario, la noción de “libertad” formulada por los activistas puede interpretarse de manera situada como una forma de oponerse a las medidas de restricción de la circulación y, con ellas, al gobierno de Alberto Fernández y al kirchnerismo en general.

Pandenomics es el nombre de un libro de Javier Milei, así como el del cortometraje basado en ese texto que realizó en 2020 el autoproclamado militante liberal Santiago Oría. Allí caracteriza el tiempo que se abre con las medidas de aislamiento y distanciamiento social y afirma: “No es la pandemia, es la cuarentena, estúpido”. La cuarentena se interpreta como un contexto en el que se ponen de manifiesto los “privilegios de la casta”. Esto exacerba un discurso que apunta, primero, contra el gobierno, y después contra “la casta” en general. Esa trama se construye en torno a dos hechos clave desde el punto de vista de los grupos movilizados por derecha: la fiesta de cumpleaños de la pareja del presidente en la Quinta de Olivos, en julio de 2020, y el llamado “vacunatorio VIP” por el que personas cercanas a los gobernantes y políticos accedieron a la vacunación sorteando los criterios establecidos por el propio gobierno. Estas dos escenas son revisitadas de manera recurrente y contribuyeron a construir un marco de injusticia movilizado por los activistas para ironizar sobre la consigna utilizada durante la gestión sociosanitaria de la crisis –“el Estado te cuida”–

y para afirmar su oposición a “la casta”.

La caracterización que realiza Javier Milei, protagonista del filme, sobre la cuarentena combina la retórica pedagógica, centrada en una interpretación de sus efectos en términos políticos y económicos; la puesta en escena del enojo, por medio de una actitud corporal a tono con un lenguaje soez, y una prédica religiosa por la que realiza un llamado a la acción.

El foco del cortometraje es un diálogo entre Milei y Oría, sentados de un lado y otro de un escritorio en un sótano oscuro al que se accede por una pequeña escalera caracol. Sin embargo, en la última escena del filme se produce una inflexión. Se muestra a Javier Milei de pie, frente a un grupo de unos treinta jóvenes. También de pie, lo escolta Karina Milei. Sostiene un cuaderno amarillo con la serpiente estampada y sobre los hombros cuelgan dos alas blancas, en una estética que reenvía a los personajes del videoclip de “Losing my religion”, de R.E.M., la banda estadounidense de rock alternativo.[19] De fondo, se observan carteles en blanco y negro con los rostros de Adam Smith, Murray Rothbard, Juan Bautista Alberdi, Ayn Rand y Friedrich Hayek.

Los jóvenes forman un semicírculo en torno a Milei. Casi todos están vestidos de negro y llevan banderas amarillas de Gadsden, el símbolo libertario del período de la independencia estadounidense de fines del siglo XVIII, atadas a sus cuellos como si fueran las capas de los superhéroes. Miran, escuchan y asienten. Se llega a identificar los rostros de algunos, referentes de las agrupaciones que comenzaron a tener visibilidad pública durante la pandemia. Milei les habla y los interpela como “libertarios”. Procede a contarles una misión, con música de película de acción que aporta un tono épico a la escena:

> Estamos en un momento histórico. Después de cien años de decadencia socialista, de ser víctimas de zurdos empobrecedores, los individuos comenzaron a despertar. Es nuestra misión contarles que nuestro camino es el camino de la libertad.

Allí presenta los componentes “estéticos” y “morales” del “socialismo” (envidia, odio, resentimiento, trato desigual frente a la ley, robo y asesinato) y los contrapone con “nosotros”, el liberalismo, al que caracteriza con la ya célebre frase de Benegas Lynch (h) que repite –como una cita bíblica– en los sucesivos actos políticos: “El respeto irrestricto de la vida del prójimo basado en el principio de no agresión y en defensa del derecho a la vida, la libertad y la propiedad”. Tras la alocución, grita: “La victoria es nuestra, avancemos sin miedo. ¡Viva la libertad, carajo!”, y los jóvenes responden “¡Viva!” con sus puños en alto. En la escena siguiente entra Lilia Lemoine vestida con un traje de heroína. Lilia es *cosplayer*, diputada de LLA la

provincia de Buenos Aires. La joven le dice que "el Banco Central volvió a hacer de las suyas" y le entrega un maletín. Milei lo abre y se entrevé un traje de superhéroe doblado. La escena sugiere que debe ponérselo. Milei mira a la cámara y esboza una sonrisa. Los jóvenes militantes empiezan a gritar "¡Destrucción, destrucción!", mientras él toma con su mano un martillo gigante y destruye una maqueta de telgopor del Banco Central. A continuación, la maza aparece sin el cabezal metálico: el martillo se ha convertido en un bastón presidencial. La escena combina la destrucción con un llamado que involucra tanto a las juventudes como a su persona. Esta figura se replicó, de diferentes maneras, a lo largo de toda la campaña de 2023.

En estudios anteriores analicé la construcción de las juventudes como causa militante durante el kirchnerismo. Examiné un conjunto de artefactos políticos y culturales que permitían entender la consagración de La Cámpora como la principal agrupación juvenil oficialista (Vázquez, 2013). Entre estos, puse el foco en los *spots* de campaña del Frente para la Victoria del año 2011, cuando Cristina Kirchner fue reelecta con el 54% de los votos. La campaña recuperó una de las consignas surgidas en los funerales de Néstor Kirchner en 2010 –"Fuerza, Cristina"– y la recreó para destacar los principales logros de su primera gestión de gobierno. "La fuerza de la igualdad", por ejemplo, representó la sanción de la Ley de Matrimonio Igualitario; "La fuerza de la verdad", el trabajo desarrollado en materia de memoria, verdad y justicia. Tres de los *spots* ("La fuerza de la militancia" I y II y "La fuerza de la juventud") incorporan de modo directo a las juventudes militantes con banderas de La Cámpora y con la figura del Eternéstor, símbolo identitario de la agrupación. Los *spots* oficializan y consagran a la "juventud del tercer centenario", "nacida del peronismo", "en la militancia", "en las calles", que "se incorpora para apoyar políticas que el propio Estado impulsa", que no viene "con las manos cargadas de piedras, sino con las cabezas llenas de sueños y de ilusiones".

Propongo repensar el llamado de Milei a los jóvenes a la luz de aquella campaña en la que La Cámpora es oficializada como sujeto político del kirchnerismo. Lejos de describir una relación ya existente, el *spot* puede interpretarse como acto performativo por medio del cual se busca convocar, llamar y construir una representación política de las juventudes. De igual manera que la expresión "volver a la política" forma parte de un trabajo orientado a reencantar, a ofrecer razones para reencarnar a la autoproclamada "generación diezmada" en otra generación que deja de tirar piedras contra el Estado y milita para fortalecerlo, el llamado de Milei a los jóvenes adopta la forma de un sacudón: despertar a los autopercibidos leones para cumplir una misión. En lugar de una inscripción generacional, se configura un diálogo con el líder que les habla con acentos místicos y

religiosos y los invita a la acción. En lugar del pastor que guía a los corderos fieles y obedientes, los empuja a tomar en sus manos las armas de la destrucción, como él mismo hace con la maqueta del Banco Central, para encarnar las “ideas de la libertad”. La agrupación juvenil La Cámpora aparece representada en los testimonios de los militantes libertarios como la juventud “obsecuente”,[20] contrapunto de la juventud que ruge y se integra a la autoproclamada “revolución liberal”.[21]

El llamado a las juventudes por parte de Javier Milei trasciende las fronteras de los partidos que integran LLA. La composición de los grupos es heterogénea y reviste cierta complejidad: hay colectivos que nacen como sectores juveniles dentro de los partidos. Este es el caso de Jóvenes Republicanos y Jóvenes Republicanos Unidos. Ambos integran Juntos por el Cambio; el primero, en tanto sector juvenil de los “halcones” del PRO, referenciados en la figura de Patricia Bullrich, y el segundo, en Republicanos Unidos, partido liderado por López Murphy. En el caso de la Juventud Libertaria, la agrupación integra el Partido Libertario y, por medio de este, participa del frente de partidos La Libertad Avanza. Hay otros grupos que surgen de forma más autónoma, como Pibes Libertarios, o grupos de creación más reciente, como Prisma, Pibas Libertarias y Avancemos, que se reconocen como seguidores de Milei y, aun sin ser parte orgánica del partido, disputan representación y cargos en las listas. El punto para destacar es que hay colectivos de jóvenes que siguen a Milei más allá del espacio partidario del que provienen. Esto se observa en la presencia que tienen los principales referentes de Jóvenes Republicanos –sector que se referencia entre los “halcones” de Juntos por el Cambio– en actividades políticas organizadas por LLA. También se advierte en los recorridos de los activistas que entran y salen de los diversos espacios. Una de las claves que hace inteligibles esos desplazamientos se vincula, como mostramos más adelante, con el clivaje sociocultural de sus activistas.

Por último, el llamado y los contornos de esa misión encuentran un parecido de familia con el entusiasmo de quienes formaron parte de la UPAU a comienzos de los años ochenta, que –como mencionamos– lograron desafiar un bastión tradicional de los sectores progresistas y de izquierda. En términos de Altamirano, aunque acotados al ámbito universitario, la posición y el discurso de esos jóvenes liberales exhibieron el carácter “confiado y agresivo” de quienes tienen “la certidumbre de que caminan en el sentido de la historia” (1989: 44).[22] Esta visión se profundiza todavía más después de los resultados de las elecciones PASO (2023), en las que LLA se terminó de configurar como fuerza política nacional, con un tercio de los votos a nivel nacional y la victoria de la boleta de Javier Milei en dieciséis provincias.

Jóvenes y de derecha

> La rebeldía se volvió de derechas, y no podía ser de otra manera. La rebeldía consiste en decir "no" al sistema establecido. Desde que el sistema establecido hizo del progresismo su dogma oficial, no podía ocurrir otra cosa distinta: el derechismo está despertando su propia potencia rebelde.
> **Laje** (2023: 287)

Ulises es el referente de Jóvenes Republicanos del sector de los halcones de Juntos por el Cambio. Dentro del frente de partidos, se diferencian de la juventud del PRO, por ejemplo, a la que descalifican por ser parte de "la centroizquierda del espacio". En la cuenta oficial de Instagram de la agrupación se lo puede ver con una remera blanca que lleva impresa en color la inscripción "jóvenes y de derecha". La consigna es utilizada por sus militantes tanto en posteos en redes como en las remeras con las que asisten a manifestaciones, como la del 8 de marzo (8M) en el Congreso de la Nación, a la que van jóvenes mujeres. Las autoproclamadas "jóvenes y de derecha" llevan atados en sus muñecas pañuelos celestes con los que simbolizan su adhesión a la causa de "las dos vidas" y cargan carteles y pancartas con consignas como "El aborto también es femicidio", "Cierren ya el Ministerio de la Mujer" y "No quiero un cupo de género".

La consigna ofrece una sugerente vía de entrada al universo de las militancias. Por un lado, porque permite desentrañar cómo se tramita la fusión entre la condición juvenil y las "nuevas derechas". Por otro, porque contrasta con las experiencias juveniles relatadas al comienzo, como la de UPAU o la Juventud del PRO, en la medida en que revela un contexto político más amplio en el que cambian las condiciones de enunciación y de receptividad social de la derecha como principio de identificación pública y política. A la derecha de la derecha, y más acá de la corrección política de propios y ajenos, se construye un espacio que, entre otras cosas, apela a la condición juvenil de sus militantes como un elemento aglutinador de ese llamado o misión que intenta retratar la película de Oría.

La reivindicación de la condición de joven de los activistas de derecha discute la idea de que las juventudes que participan en política corresponden exclusivamente a la izquierda o el progresismo. Esta idea tuvo cierto eco en los estudios académicos, en los que se tendió a privilegiar –o dar por sentado– que las manifestaciones del compromiso juvenil tienen lugar de manera exclusiva o predominante en ciertas posiciones políticas.

Para los militantes, la cuestión juvenil se asocia, por un lado, a la idea de que se trata de un espacio nuevo. Integrantes del frente LLA[23] afirman

que son un partido joven que da lugar a los jóvenes. Esto se constata en los recorridos militantes prolíficos de quienes, por ejemplo, comenzaron a participar durante la pandemia y ya en las elecciones legislativas de 2021 y en las presidenciales de 2023 ocupan cargos expectantes en las listas. Sin embargo, se observan dinámicas parecidas en otras experiencias partidarias que han crecido de manera vertiginosa, por ejemplo, en la proyección a nivel nacional del PRO en el marco de la alianza Cambiemos, encabezada por Mauricio Macri, en 2015.

En cuanto jóvenes de derecha, establecen contrapuntos político-ideológicos con agrupaciones como La Cámpora. Sin embargo, advierten con admiración la capacidad de esta agrupación para movilizar y convocar a la juventud durante los gobiernos de Cristina Kirchner. Otros destacan su eficacia organizativa. Por ejemplo, Mariano menciona las dificultades que tuvieron que sortear desde Secundarios por la Vida, primero, y desde el partido NOS –liderado por Juan José Gómez Centurión–[24] después, para aprender a usar las calles: "Nosotros no sabemos hacer una bandera para ir a una marcha, no sabemos armar columnas, subir a un micro. Lo tuvimos que aprender, pero no está en nuestra esencia".[25]

De la organización juvenil kirchnerista, algunos reconocen el trabajo de formación política y la presencia de agrupaciones en ámbitos educativos de nivel medio y superior. Este aspecto, que consideran una agenda pendiente para el liberalismo, permite entender la centralidad que dan a experiencias incipientes como Avancemos y Alternativa en la UBA. Se trata de lugares de inicio de la militancia, en los que interpretan que podrían llevar adelante una formación política temprana que contribuya a construir un sentimiento de pertenencia común sostenido en el tiempo. Además, el impulso de disputas en clave generacional representa un terreno anhelado para la "batalla cultural": "Tenemos que infiltrarnos en la cultura, que es lo que la izquierda viene haciendo hace décadas", sostiene Gabriela, de Jóvenes Republicanos.[26]

Por otro lado, la participación estudiantil se interpreta como un lugar desde el cual afirmarse como jóvenes y tramitar tensiones generacionales. Primero, con los adultos de sus respectivos espacios partidarios, a quienes acusan de desestimar o hacer a un lado este tipo de militancia. Según Gustavo,

> a la política partidaria de centroderecha no le importa nada la política universitaria, porque creen que es algo que ya le pertenece a la izquierda, y además ya están sobrepasados de batallas como para luchar en ese campo que dan por perdido. Yo creo que es incorrecto, que hay que dar la batalla en todos lados.[27]

En segundo lugar, este conflicto generacional se tramita con docentes y autoridades educativas que participan de aquello que se caracteriza como “bajada de línea”. Contra ello, Jóvenes Republicanos lanzó una campaña en redes sociales con el *hashtag* #noaladoctrinamiento e invió a militantes y seguidores a denunciar situaciones en las escuelas o universidades a las que asisten.

Al observar los posteos, notamos la heterogeneidad de temas que, desde su punto de vista, involucra la “bajada de línea”, asociada, primero, con las cuestiones de géneros y los feminismos. Se repudia y denuncia el uso de lenguaje inclusivo por parte de autoridades o profesores, así como las guías elaboradas por diferentes universidades nacionales; la realización de actividades en torno a la Ley 26.150 de ESI o la Ley 27.610 de IVE, descalificada como “adoctrinamiento con el aborto”, y las capacitaciones obligatorias en género y violencia de género para todos los funcionarios públicos en el marco de la Ley 27.499, conocida como Ley Micaela.

Pero la bajada de línea también se asocia con las lecturas académicas de autores como Karl Marx, Antonio Gramsci, Simone de Beauvoir y “otros zurdos”; con el uso de algunos términos, como “neoliberalismo” y “crisis del Estado” para referirse al gobierno de Carlos Menem, o las menciones a los treinta mil detenidos desaparecidos cuando se abordan contenidos sobre la historia reciente o el análisis de figuras históricas, como el Che Guevara o Juan Domingo Perón. También manifiestan su rechazo a las intervenciones de otros estudiantes dentro de los espacios educativos, por ejemplo, los murales conmemorativos de la figura de Santiago Maldonado o los clásicos pañuelos blancos de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, así como los pañuelos verdes que representan el apoyo al aborto legal, seguro y gratuito. Aunque se pone énfasis en el hecho de que el llamado “adoctrinamiento” tiene como centro los ámbitos educativos de gestión estatal, también se incluyen referencias a universidades privadas.

La cuestión en torno al “adoctrinamiento” tiene puntos de contacto con experiencias que anteceden al fenómeno aquí estudiado, como la creación de una línea telefónica gratuita (0800) –impulsada por Esteban Bullrich cuando encabezaba el Ministerio de Educación de la Ciudad de Buenos Aires– para denunciar actividad política en las escuelas, como también el Movimiento Escuela Sin Partido, por medio del cual se buscaba prohibir el también llamado “adoctrinamiento ideológico”, que se revitalizó durante la campaña y el gobierno de Jair Bolsonaro en Brasil e inspiró diferentes proyectos de ley.

Estas tensiones generacionales también reproducen las experiencias de politización en sus casas. Algunos sostienen: “Mis viejos son k”, otros afirman que provienen de familias opositoras al kirchnerismo, pero apuntan a una radicalización de su experiencia que, de todos modos, muestra un

contrapunto con las adhesiones ideológicas de los adultos. En otros casos, se menciona que buscan acercar a sus familiares a las "ideas de la libertad": hay quienes reivindican haber acompañado el proceso por el cual miembros de la familia decidieron dar su voto a LLA en la primera elección (2021).

Otro elemento significativo para estos "jóvenes y de derecha" tiene que ver con su socialización durante una etapa marcada por la ampliación de derechos políticos. En un trabajo anterior (Vázquez, 2015), muestro que una de cada cuatro políticas públicas de juventudes implementadas por el Estado nacional entre 2010 y 2015 tuvo como objetivo central impulsar la participación estudiantil. Programas como Organizarnos para Transformar (Dirección Nacional de Juventud, en 2012) dieron forma a dinámicas de trabajo que luego se formalizaron por medio de la Ley 26.877 de Centros de Estudiantes, sancionada en 2013. A su vez, en 2012 se introdujo una reforma a la Ley de Ciudadanía Argentina, por medio de la cual se habilitó el voto optativo para personas de 16 y 17 años. Muchos de los activistas mencionan haber participado de programas y de capacitaciones –como las impulsadas por la Cámara de Justicia Electoral en las escuelas–, que recuperan en los relatos sobre el inicio de su participación. Su condición de hijos legítimos de la ampliación de los derechos políticos durante el ciclo kirchnerista se manifiesta en la reivindicación de aquellas experiencias que los aproximaron tempranamente a la política, al mismo tiempo que los hace defender la importancia del voto joven, aspecto que destacan las diferentes agrupaciones "de derecha" que participan, directa o indirectamente, en las contiendas electorales.

La "batalla cultural" aparece asociada también a la construcción de agendas dentro de las agrupaciones estudiantiles, sobre todo en universidades públicas. Los temas que movilizan tienen que ver con discursos sobre eficientismo, sobre la propuesta de campaña lanzada desde LLA en relación con la implementación de *vouchers* educativos y con otros debates que históricamente formaron parte de las plataformas de las derechas, como la gratuidad y los exámenes de ingreso a las universidades públicas.

Somos de derecha, ¿y qué?

Los activistas aluden a la derecha como principio articulador para mostrar algo parecido a un clima de época: "Sí, somos de derecha, ¿y qué?".

En el espectro que va del sector de los halcones de Juntos por el Cambio al mileísmo más extremo hay quienes sostienen que son "de derecha" porque

se oponen al “populismo”, al “progresismo”, al “estatismo” o a la “izquierda”. Hay quienes se identifican como “desarrollistas”, “liberales” y “progresistas”, aun cuando se manifiestan contrarios al aborto legal, seguro y gratuito y a otros principios que se supone que forman parte de ese espectro ideológico. Hay quienes se reconocen como parte de una centroderecha liberal y descalifican a la “derecha fascista”, entendida como aquella que sostiene discursos negacionistas sobre la última dictadura militar. También hay quienes se reconocen como parte de una derecha que debe terminar con los “zurdos de mierda”.

Hay quienes se reivindican como “conservadores de libre mercado”; también hay grupos de mujeres que se oponen al progresismo por asociarlo con el “feminismo radical”, y en su lugar proponen una militancia feminista liberal o libertaria. Otras se reconocen como “evangélicas provida” y militan por Milei, porque consideran que es quien aglutina el voto celeste, luego de la “traición” de Cynthia Hotton que “se fue con los aborteros de JxC”. Hay quienes se reconocen libertarios a secas y ponen en tensión la idea de que liberal y libertario sean la misma cosa. Por último, hay quienes se identifican como parte de la derecha y del liberalismo popular, sobre el que volveremos más adelante.

Las significativas diferencias entre estas categorías se ponen de manifiesto en los contextos etnográficos en los que realicé esta investigación. Solo a modo de ejemplo, invito a revisar el cierre de campaña de LLA en 2021 en el anfiteatro del Parque Lezama. Allí asistieron jóvenes con banderas amarillas libertarias, banderas del partido NOS[28] con la consigna “Las Malvinas son argentinas”, y también con consignas como “La Argentina es como el fernet, 70/30. El 70% vive del 30% que trabaja” o “Kirchnerismo, comunismo, socialismo, peronismo, populismo, fascismo, nazismo, lo mismo” estampadas en sus remeras. Otros llevaron gorras rojas con la frase célebre utilizada por Donald Trump en la campaña electoral *Make America great again*. Algunos portaron banderas con la sigla de la Ucedé y los clásicos dedos que forman la letra L de liberalismo. Un joven del Partido Libertario lucía la tradicional vestimenta del gaucho pampeano, y un grupo ingresó a la plaza tocando el bombo y los platillos detrás de su dirigente, que tenía en sus hombros la bandera de Gadsden y tapaba su rostro con la célebre máscara de Anonymous, utilizada en protestas juveniles en diferentes latitudes, como las de junio de 2013 en Brasil o las manifestaciones estudiantiles en Chile.

Los contornos de esta derecha resultan difusos y se tramitan en función de diferentes banderas y causas. Esta diversidad surge, en primer término, cuando traspasamos el nivel de las enunciaciones públicas de los partidos o de sus portavoces y reconstruimos las maneras en que los militantes definen o caracterizan sus compromisos.

En segundo término, cuando observamos el lento proceso de conformación de un espacio político. Esto tiene que ver tanto con el *fusionismo político* de estas derechas,[29] como con los elementos que van sedimentando una construcción política nueva. Entre las elecciones de LLA en la Ciudad de Buenos Aires en 2021 y las nacionales en 2023, se observa un proceso de homogeneización que incluye desde la construcción de rituales militantes (como el canto de “Panic show” a capela cada vez que Milei ingresa a un acto político), el uso de narrativas y expresiones comunes (como “¡Viva la libertad, carajo!”), hasta la identificación de colores que los representan (como el amarillo de las banderas de Gadsden o el violeta).

Pero además, en tercer lugar, hay puntos que marcan debates, tensiones y controversias que nos muestran que “derecha” también es una categoría en disputa entre los jóvenes militantes. Esto se reconoce, a modo de ejemplo, en las diferentes interpretaciones de las que es objeto la figura de Victoria Villarruel, diputada nacional y candidata a vicepresidenta de LLA.

Villarruel preside el Centro de Estudios Legales sobre el Terrorismo y sus Víctimas (CELTyV), que integra a las agrupaciones por la llamada “memoria completa”, y ha realizado intervenciones públicas en las que pone en duda la cantidad de desaparecidos y moviliza la categoría “terrorista” para hacer alusión a las organizaciones armadas, no así al terrorismo de Estado. Santiago es uno de los primeros que comenzó a militar por Milei. Se lo puede ver, incluso, en la escena del llamado a la juventud en el cortometraje *Pandenomics* (2020). Fundó algunos de los grupos que integran LLA y, en 2023, ingresó al frente por medio del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID). Se reconoce como militante de derecha y afirma que “militamos por él”, en alusión a Milei. Sin embargo, formula críticas y sostiene valoraciones diferentes sobre las decisiones que se toman dentro del espacio. Incluso, se alejó un tiempo y volvió para militar la campaña presidencial de 2023. Él es crítico de la incorporación de Villarruel a la fórmula presidencial:

> Yo banco que ella sea hija de un veterano de Malvinas, banco su lucha contra el aborto, banco su lucha por la memoria de las víctimas de la guerrilla. Pero no deja de ser un personaje muy bancado por el videlismo […]. Vos le preguntás a cualquier nostálgico de Videla –conservadores rancios, nefastos–: “¿Qué opina de Villarruel?”. “Uy, la amo”, te responden. Y nosotros no somos fachos.[30]

Hay otros militantes que sí reivindican la figura de Villarruel. Algunos la conocen a través de las manifestaciones que tuvieron lugar durante los debates parlamentarios sobre la Ley IVE en 2018 y destacan su activismo en

torno a los pañuelos celestes. Otros la vinculan con su rol como referente del CELTyV en la “defensa de las víctimas del terrorismo”. En efecto, jóvenes militantes de LLA, así como otros que formaron parte de Jóvenes Republicanos (de JxC) y adhieren a las ideas de Javier Milei, participaron del polémico acto organizado en la Legislatura porteña el 21 de agosto, Día Internacional de Conmemoración de las Víctimas del Terrorismo. Por último, hay quienes reconocen a “Vicky” por un tipo de liderazgo que asocian con la firmeza “que hay que tener para gobernar”. La visibilidad y la valoración de la que es objeto Villarruel tuvo un crecimiento significativo entre los jóvenes militantes desde las elecciones PASO de 2023, en particular, después del debate que protagonizaron los candidatos a vicepresidentes, en el que la identificaron como ganadora indiscutida. La importancia de su figura, y las agendas de las que es portavoz, podrían tener un crecimiento aún mayor entre los militantes jóvenes a futuro.

En suma, la definición de derecha por la que militan se resiste a las clasificaciones o taxonomías precisas. “Ser de derecha” involucra algo más que una posición política o la adscripción a un partido o agrupación específica. Se trata de una constelación de nudos temáticos –como los de vida, libertad y propiedad contenidos en la ya aludida plegaria de Benegas Lynch (h) que recitan los libertarios en los actos políticos– con fronteras porosas que se modelan por medio de prácticas en espacios heterogéneos: las calles, las redes sociales, los ámbitos educativos, los partidos políticos y, también, las contiendas electorales. “Ser de derecha” forma parte de un horizonte o proyecto político que involucra llevar adelante la “batalla cultural”, en los términos de Antonio Gramsci readaptados por Agustín Laje. Significa también hacerse visibles y convertirse en interlocutores de otros ya legitimados en el campo político. “Ser de derecha” implica tener un conjunto de principios y argumentos propios con los que sentar posiciones en los debates públicos, contar con un relato histórico y una idea de su origen como grupo: quiénes somos, en qué tradiciones nos reconocemos, qué ideas de futuro tenemos, más allá de las visiones decadentistas del presente. “Ser de derecha” también supone alimentar una mística, seducir a otros, convocar y masificar el mensaje. Porque para esta derecha, ser joven y ser militante tiene sentido.

Peronchos del liberalismo

La cuestión “popular” aparece de forma destacada en el universo de jóvenes liberal libertarios. Por una parte, se manifiesta en el perfil social de los

activistas y en el tipo de militancia que llevan adelante. Como sostiene Santiago, de Pibes Libertarios, “nosotros somos chicos del conurbano o chicos de Capital, pero de clase media baja. Los que se juntan con nosotros es porque tenemos ese perfil más popular”.[31] Esto configura un principio de distinción con respecto a otros jóvenes de derecha: “Nosotros no somos los chetos del PRO”, afirma un militante del MID, y una referente joven del Partido Libertario refuerza: “Somos picantes, somos como los peronchos del liberalismo”. Desde este punto de vista, no se trata solo de ser “de derecha”, sino de diferenciarse al interior de los grupos que la conforman.

Entre otros militantes de LLA, la derecha moviliza –y puede ser asociada con– componentes contraculturales. Esto no resulta contradictorio con el hecho de formar parte de ese sector; en todo caso, pone en crisis la idea de que para eso haya que pertenecer a las élites económicas o culturales, como suele interpretarse.

Gustavo y Santiago integraron Pibes Libertarios. Los recorridos que los llevan a esta agrupación y la manera en que se producen sus respectivas salidas nos invitan a pensar cómo se configura la cuestión plebeya en la militancia juvenil libertaria. Gustavo vive en Buenos Aires, pero nació en el seno de una familia distinguida de Córdoba. Tiene un apellido doble que deja adivinar un pasado aristocrático. Sus padres son fervientes antikirchneristas y en su casa siempre se habló de política. La madre y la madrina estudiaron en la Universidad Nacional de La Plata y, en los ochenta, participaron de la UPAU. Esto –afirma– lo acercó de forma temprana al liberalismo: “A los 14 años yo me reconocía como liberal”. Desde su punto de vista, esto lo coloca en una genealogía diferente a la de los jóvenes que hoy militan en el liberalismo: “Yo no llegué a Milei a través de YouTube, como la mayoría de los jóvenes”, sostiene con aires de distinción. Comenzó a participar en Pibes Libertarios en plena pandemia, cuando tenía 16 años y estudiaba en el prestigioso St. George’s College de la localidad de Quilmes. El grupo comenzó como un espacio de intercambio de memes políticos que circulaban por WhatsApp y por varias cuentas de Instagram. El acercamiento a los jóvenes que formaban parte de esta agrupación lo hizo tomar nota de la “posición de privilegio en la que vivo. Pude darme cuenta de que mi realidad no tiene nada que ver con la de los argentinos en general”.[32] A pesar del aprendizaje que asocia con el paso por esta agrupación, fue precisamente el contraste social con los otros jóvenes lo que lo llevó a tomar distancia. En junio de 2021, por medio de un posteo desde su cuenta personal de Twitter, comunicó a los seguidores que dejaba Pibes Libertarios y se integraba a Jóvenes Republicanos, colectivo que integra el sector de los halcones de Juntos por el Cambio. Aunque milita la campaña de Patricia Bullrich para las elecciones de 2023, como mencionamos más arriba, en ocasiones participa de las actividades

organizadas por los jóvenes libertarios o por el propio Milei.

Santiago también fue referente en Pibes Libertarios. En 2023 se integró al MID, partido que forma parte de LLA en la Ciudad de Buenos Aires, y milita la campaña de Ramiro Marra y la candidatura de Milei a nivel nacional. A diferencia de Gustavo, que empezó durante la pandemia, Santiago comenzó a militar en 2015 en la localidad de Ezeiza en una agrupación kirchnerista, a la que llegó como estudiante de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Lomas de Zamora. Esta etapa forma parte de su "pasado K", cuando se fogueó en la militancia barrial y popular. Eso no lo avergüenza, más bien todo lo contrario: es lo que expone en sus redes para relatar la conversión que atravesó en 2018, en medio de los debates parlamentarios sobre la IVE. En su cuenta de Instagram comparte fotos en las que se lo ve con banderas, en marchas con los dedos en "V", los mismos que ahora alza pero para formar la "L" de "libertad". Su progresivo distanciamiento con el kirchnerismo surgió por diferencias con el grupo, por ejemplo, a propósito de la reivindicación de Hugo Chávez y la Revolución Bolivariana, o por el hecho de haberse "comido el sapo" con el voto a Daniel Scioli en 2015, bajo el argumento de que "el candidato es el proyecto". En 2018 Santiago se reconoció provida y empezó, ahí sí y de forma definitiva, el proceso de conversión que lo llevó a dejar atrás un mundo de relaciones políticas y personales, como el vínculo con la compañera de militancia con la que tuvo a su primera hija. La militancia barrial y popular representa para él un aprendizaje que –sostiene– es preciso recrear dentro del espacio libertario del que forma parte. Además del caso de Santiago, hay otros relatos sobre la conversión política a la derecha entre quienes, en un pasado no muy lejano, también adherían a las ideas del "progresismo". El *influencer* Tipito Enojado alude a su vinculación con la agrupación estudiantil Franja Morada cuando era estudiante en la Universidad Nacional de Rosario. El recorrido inverso se describe en el *spot* que lanzó el rival de Massa como precandidato a presidente de Unión por la Patria (2023): "De votar a Milei a votar a Juan Grabois". El *spot* buscaba instalar la idea de que Grabois es al kirchnerismo lo que Milei al liberalismo, es decir, que el electorado podría ser equivalente. En efecto, Bruno, el joven protagonista del *spot*, cortó boleta y combinó el voto a Grabois con la boleta de la lista encabezada por Diana Mondino, de LLA.

Santino, militante del sector de los halcones de JxC, describe el curso de su politización en una familia con varias generaciones de militares. Sus abuelos formaron parte del Ejército durante la última dictadura cívico-militar y su madre tomó distancia de la familia y se vinculó como militante con organismos de derechos humanos: "Mi mamá terminó siendo de izquierda y yo volví a la tradición familiar", afirma.[33] En este caso, la conversión política se articula con una conversión al catolicismo. Mauro, quien también

afirma haber sido cercano a las ideas del progresismo, sostiene que “el 60% de los militantes más ortodoxos vienen de la izquierda: el FIT, La Cámpora, Movimiento Evita. Son líderes de nuestro movimiento y viven en Pompeya, La Matanza, Villa Domínico”.[34] Desde el punto de vista de Santiago, el mileísmo es una fuerza “cada vez más popular”, afirmación que sustenta, al igual que buena parte de la militancia, en los resultados de las primeras elecciones en las que participó LLA en 2021:

> Si ves los números de 2021, ya te marcan que el conchetaje no banca tanto, como sí bancan Villa Lugano, Villa Riachuelo, Soldati. Banca mucho más el sur que el norte a Milei. Es un fenómeno indiscutible. Es un fenómeno más popular que de clase alta.[35]

Mariano coincide con esta caracterización.[36] Él formó parte de la seguridad de Javier Milei durante la campaña legislativa de 2021 y lo acompañó en las recorridas por el Barrio 31 Padre Mugica, por las zonas más empobrecidas de Villa Lugano, y por la Villa 21-24 de Zavaleta, Barracas: “El nivel de adhesión y de representación que sentía la gente con Javi era increíble. Sin fotos, sin periodismo, sin operación. Era algo genuino”, afirma.

El perfil popular no solo describe un rasgo sociológico de seguidores, adherentes y militantes, sino que, además, constituye un aspecto configurador de esta militancia,[37] tematizado por los propios militantes. Algunos, como el armador político de Ramiro Marra, consideran que esto obedece a la merma en la capacidad de representación política de los sectores populares por parte de otras fuerzas políticas: “El PRO nació aburguesado y el peronismo se fue aburguesando”. De forma irónica sostiene que, “si trasladás a estos pibes –en alusión a los seguidores de Milei– a los años ochenta en un espectro ideológico similar, los militantes de la UPAU se horrorizarían, pensarían que estos son unos grasas”.[38]

Más acá del perfil de los militantes y de la reivindicación de una derecha que habla *de* y les habla *a* los sectores populares, el uso del término “popular” es un nudo gordiano para la militancia. Sobre todo, por la manera en que se construye una mirada acusatoria sobre gobiernos “populares”.

Ni derechos ni privilegios: el mérito de los argentinos de bien

La figura de Carlos Menem simboliza una derecha singular que combina el impulso de medidas de gobierno neoliberales con un horizonte popular. En

el cierre de campaña de las PASO (2023), Javier Milei invocó al riojano para rememorar “un pasado mejor”. Entre cánticos de la tribuna que entonaba el clásico “que se vayan todos”, la banda sonora de las protestas de 2001, enumeró los aspectos que hicieron de aquel gobierno “el mejor de la historia”. En aquella década, sostiene el autoproclamado león,

> no había inflación, el país crecía, las inversiones florecían. [...] Teníamos una moneda sana [...] y podíamos comprarnos una casa con créditos hipotecarios, podíamos comprarnos un auto, parece mentira hablar de estas cosas.[39]

La reivindicación de la figura de Carlos Menem puede interpretarse como parte de un trabajo –en proceso– de construcción de un relato histórico. Esto supone desempolvar o interpretar en términos diferentes figuras de la historia argentina, como las de Juan Bautista Alberdi o Julio Argentino Roca, cuyo nombre recupera una agrupación que integra LLA: “La Julio Argentino”. Según Santiago, el exmilitante kirchnerista, esto es algo que les falta a los libertarios: “Los peronistas dan clases de formación política. Aparte de la choriceada, hacen toda una construcción de relato. Y construyen ideología a partir de la formación y de los símbolos: te pintan un paredón, te meten un cuadro. Hay toda una mística, toda una construcción brillante, cultural. Yo apostaría por eso”.[40]

Como en todo relato histórico, las invocaciones al pasado cobran sentido en función del presente. Los rasgos que atribuyen al menemismo remiten, para algunos, a una época de frivolidades que se representa en el imaginario de la “pizza con champán”, consigna que utilizaron los militantes de la agrupación Movimiento Estudiantil del Nuevo Encuentro Mayoritario (M.E.N.E.M.) cuando ganaron las elecciones del Centro de Estudiantes de la Universidad Torcuato Di Tella en octubre de 2022. Para otros, evoca la posibilidad o la expectativa de un futuro mejor. “Hagamos Argentina grande de nuevo”, indican –ahora traducidas al castellano– las frases de los gorros que usan para asistir a los actos en plena campaña electoral de 2023. Esta idea evoca la aspiración de quienes, como afirma un militante de LLA, “vivimos toda la vida con inflación”. Como sostienen Wilkis y Luzzi (2019), la economía configura una experiencia personal y colectiva. Cada militante inscribe su recorrido familiar en las crisis que sufrió y el modo en que afectaron a su familia. Es por eso que, más acá de la escuela austríaca, de las invocaciones a Ayn Rand o Friedrich Hayek, dólar e inflación son dos nociones que forman parte de su vida cotidiana.

La cara de Milei y la de Ramiro Marra aparecen impresas en papeles verdes que emulan los billetes de cien dólares estadounidenses. Estos artefactos, que se integraron con los bombos y las canciones a los actos

políticos y las movilizaciones, fueron creados por Pedro, un joven diseñador gráfico tucumano que milita en un local de LLA del conurbano y trabaja como empleado en una imprenta. Reivindica con orgullo ser el ideólogo de los billetes y de la motosierra de cartón que empezaron a utilizar en las manifestaciones para representar los recortes del gasto público estatal o del Estado, en general.

La gigantografía del billete de cien dólares con la cara de Milei se exhibió por primera vez en la Feria del Libro de Buenos Aires, cuando él presentó su última obra, *El fin de la inflación*, el 14 de mayo de 2023. El de Marra se imprimió en tamaño natural y se utilizó durante su campaña como candidato a jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (2023). Marra se mezclaba entre los asistentes y los militantes lo cargaban sobre sus hombros mientras revoleaban fajos de billetes verdes por el aire. “República Argentina Libertaria”, indica la parte superior del papel, justo arriba del dibujo de la Avenida 9 de Julio, sin tránsito ni peatones, con la leyenda “Circular libremente es un derecho. Cortar la calle es un delito”.

Desde que Milei comenzó a hablar de dolarización se generó una controversia pública en torno a cómo esta medida podría llevarse a cabo. Más allá de la factibilidad técnica o de sus posibles consecuencias en términos económicos, me interesa explorar qué significa el dólar para sus jóvenes seguidores y militantes y qué universo de sentidos activa este tipo de debates. Varios de los *influencers* seguidos por muchos de los jóvenes que se incorporan a las “nuevas derechas” hablan sobre temas económicos. Milei, sin ir más lejos, es conocido primero como comunicador en redes y después como político. Para buena parte de los militantes, el acceso al billete verde representa menos la posibilidad de llevar adelante operaciones bursátiles e inversiones en criptomoneda, como enseña el propio Ramiro Marra en sus videos de YouTube, que un freno al golpe de la inflación sobre sus salarios o ingresos, o en el mejor de los casos –como afirma Milei– soñar con la casa propia.

La interpretación del presente y el anhelo de un futuro mejor se trazan por medio de estrategias de diferenciación con otras personas con las que tienen cercanía en cuanto a su pertenencia de clase y de las que toman distancia por medio de posiciones radicales. Trabajar, estudiar, esforzarse y, sobre todo, “que nadie nos regale nada” son valores destacados que configuran una narrativa común en torno al esfuerzo y el mérito, a la que oponen “que nos metan las manos en los bolsillos”, ya sea porque el Estado cobra impuestos o porque hay políticos corruptos (“la casta”). Esto permite entender por qué esos militantes mileístas de perfil popular adhieren con la misma fuerza a la propuesta de la dolarización que a los discursos descalificadores con los que se refieren a los que “viven de planes” o “del Estado”, “son piqueteros” o cortan las calles. Así, aunque la mayoría de ellos

viva con sus familias de origen o en pequeños departamentos alquilados, veneran la “propiedad privada” y se esfuerzan por mostrar cómo se ganan la vida. “Somos todos del sector privado”, menciona un militante de la Comuna 1 de la Ciudad de Buenos Aires, sin importar que se trate de “emprendedores”, empleados en relación de dependencia, comerciantes o trabajadores de aplicaciones de reparto.

Durante muchos años, la dignidad social se construyó en torno a la idea de trabajo. A mediados de la década menemista, ante las oleadas de despidos, surgieron movimientos socioterritoriales que buscaron recrear otra idea de dignidad, asociada a “la lucha” (“dignidad piquetera”)[41] y a la construcción de una categoría política (como la de “trabajador desocupado”) que desmontaba el estigma de la condición de desocupado, al mismo tiempo que reflejaba el modo en que el Estado daba una respuesta –parcial, pero respuesta al fin– por medio de programas y planes sociales. Durante el gobierno de Mauricio Macri se exacerbaron las narrativas meritocráticas y comenzó a resquebrajarse el lenguaje de derechos (se hablaba de modo irónico sobre el derecho a tener un trabajo, luz o aire acondicionado) en favor del lenguaje de las oportunidades, el esfuerzo y el mérito: núcleos configuradores de una cultura “emprendedora”. Esta narrativa permitió ahondar las diferencias entre el que se esfuerza y el que es “vago” o “planero”. Además, el discurso “antiplanero” encontró puntos de contacto con el “antimilitante” y se moduló como una forma de oposición al kirchnerismo.

Los jóvenes mileístas se pueden interpretar como herederos o hijos (despeinados) del macrismo en la adhesión a las posiciones meritocráticas. El esfuerzo individual permite clasificar y diferenciar entre aquellos que, aun dentro de un mismo sector social, son merecedores de prestigio y dignidad, o todo lo contrario. Así, la construcción de un principio moral que articula la idea de esfuerzo con la de progreso da forma a las llamadas “lógicas del merecimiento”, esto es, la definición de desigualdades consideradas justas (Chaves, Fuentes y Vecino, 2016).

El testimonio de uno de los fundadores de Pibes Libertarios es ilustrativo. Santiago trabajaba en una oficina pública, realizaba una tarea rutinaria, cumplía un horario fijo y contaba con un contrato precario por un salario magro. A medida que se profundizó su compromiso militante con las ideas liberal libertarias, decidió renunciar al trabajo y se convirtió en un “Rappi de Milei” (Vázquez, 2023a). Ahora, sostiene, “soy mi propio jefe”. Valora la posibilidad de manejar sus horarios y, aunque admite que el salario no es bueno, “depende de cuánto te esfuerces. Si necesitás trabajar, le metés más horas y chau”. Como vimos, lejos de consagrarse bajo la figura de los corderos, esa idea de libertad se alimenta de una retórica y de una estética de la resistencia simbolizada en la figura del león y en los componentes

plebeyos de estas derechas. Además de militar en LLA, Santiago manifiesta su apoyo a Milei con un cartel que lleva pegado en el bolso térmico naranja con el que hace tareas de reparto. Como militante libertario, realiza profundas críticas al sindicalismo y sueña con un futuro en el que la derecha también dispute la representación gremial.

La adhesión moral al principio meritocrático, por otra parte, genera afinidades electivas entre grupos sociales diferentes: la narrativa antiplanera y antipiquetera de los sectores medios y bajos se articula con los discursos antiprotesta social de los sectores medios y altos urbanos. En tiempos en que los libertarios de derecha musicalizan el crecimiento de Milei a tono con el "que se vayan todos", reaparece la alianza entre sectores medios y populares. La vieja consigna que supo unirlos allá por 2001 ("piquete y cacerola, la lucha es una sola") reaparece ahora bajo la figura de los "argentinos de bien" con la que Javier Milei y Victoria Villarruel se diferencian de "la casta" y de los "zurdos empobrecedores".

Tras conocerse los resultados de las elecciones PASO de 2023, Javier Milei manifestó su repudio a la idea de "justicia social" y contrapuso los "derechos" a las "derechas". Los jóvenes militantes discuten la categoría "derecho" y el mérito es su arma principal. La idea de derechos representa, desde su punto de vista, ya sea la igualación de las posiciones entre quienes se esfuerzan y quienes no lo hacen, o la expresión de los "privilegios" de unos ("ellos": "piqueteros", trabajadores estatales o "la casta"), en detrimento de "nosotros", los "argentinos de bien": los que no podemos llegar a nuestro trabajo por los piquetes, a los que nos roban o nos matan por un celular, los que pedaleamos por un trabajo o vemos cómo se pulverizan nuestros salarios por la inflación galopante. Tras el revuelo que causaron las palabras del "león" en el búnker del Hotel Libertador, un joven candidato a concejal de LLA posteó en sus redes una publicación con los rostros de Sergio Massa, Cristina Kirchner, Lilita Carrió, Patricia Bullrich, Horacio Rodríguez Larreta, Alberto Fernández y Martín Lousteau, y el texto: "No vamos por *tus* derechos, vamos por *sus* privilegios".

En suma, en la antinomia derechos/derecha, la "derecha popular" se inclina por el segundo de los términos y exacerba una construcción "desde abajo", que se reivindica picante y cuestiona los privilegios, interpretados como los derechos de unos pocos en detrimento de los de muchos.

* * *

Los fenómenos políticos suelen despertar el interés académico o mediático al calor de dinámicas electorales sorpresivas o de grandes protestas callejeras

que colocan el foco –casi siempre de forma temporal– en un tema o asunto considerado relevante. La sorpresa con el "fenómeno Milei" y el vínculo con sus jóvenes seguidores ("¡¿También tiene militantes?!") sigue este criterio.

La perspectiva histórica de este capítulo invita a poner entre paréntesis las narrativas de la novedad permanente, pero, a la vez, toma nota de las transformaciones y los puntos de inflexión de las relaciones entre juventudes y derechas al compás de dinámicas sociales más amplias.

Las y los jóvenes que militan en espacios de LLA o en torno a la figura de Milei pueden interpretarse en una genealogía más larga. Son hijos (ilegítimos) del kirchnerismo: aprendieron a participar al calor de programas y políticas públicas que ampliaron sus derechos políticos y los llevan a reivindicar para sí el voto joven, el derecho a elegir o a ser elegidos. Pero también al calor de esos derechos, incorporados por medio de dispositivos escolares, identificaron la escasa escucha de la que fueron objeto en tiempos de pandemia y aceptaron la invitación del autoproclamado león a rugir en las calles.

Son, además, "hijos despeinados" del macrismo. Hicieron suyos los principios meritocráticos y radicalizaron sus ideas a la derecha de la derecha. Una que se distancia del discurso antipolítico –que se sustrae de los clivajes de izquierda y derecha– y que se reivindica "picante" por medio de un lenguaje plebeyo y generacional que les permite gritar sin vergüenza: "Somos jóvenes y de derecha, ¿y qué?".

Más allá de las urnas, el verdadero éxito de los grupos juveniles de derecha se observa en la articulación entre prácticas políticas y culturales que modelan una experiencia generacional. En este sentido, deben considerarse las acciones visibles y contundentes en las calles, como la colocación de las bolsas mortuorias frente a la Casa Rosada con las que los Jóvenes Republicanos expresaron su repudio a las vacunaciones VIP. El uso de símbolos que representan tradiciones disputadas y recreadas en nuevos universos de sentido, como las banderas de Gadsden combinadas con las de la Argentina y la serpiente con la consigna "No me pises" para manifestar su repudio a la gestión de la cuarentena por parte del gobierno, y para tramitar su oposición a los políticos en general. La incorporación de símbolos de las movilizaciones populares, como los clásicos bombos y trompetas, que entonan viejas melodías con nuevas letras. El uso de remeras y prendedores con los que representan figuras y consignas en las que se reconocen, como "Dolarización", "Más Mises, menos Marx", o que exaltan las figuras de Juan Bautista Alberdi y Donald Trump. La movilización de estéticas del rock en encuentros, actos callejeros y actividades proselitistas en las que los jóvenes alzan sus puños al grito de "viva la libertad, carajo", sostienen bengalas de color amarillo en sus manos, entonan canciones –entre AC/DC y La Renga– que no solo musicalizan, sino que articulan mensajes y construyen sentidos

(“Yo soy el león, rugió la bestia en medio de la avenida […] *panic show* a plena luz del día”). Las gorras con inscripciones en inglés (*Make America great again*) que se traducen y adaptan al contexto local (“Hagamos Argentina grande de nuevo”), las camperas negras de cuero, las motosierras de cartón y las verdaderas, las gigantografías del billete de cien dólares, los cánticos contra “la casta” y a favor de “que se vayan todos”. Los libros, los cortos y las películas, los encuentros en parques y plazas en los que compran clásicos de la economía o se afilian a partidos políticos. La exacerbación de una forma de comunicación política que desconfía de “periodistas ensobrados” y se vale del uso de las redes sociales como lugares de encuentro (como, en plena pandemia, el grupo Pibes Libertarios); el uso de los memes y del humor político en posteos en Twitter o Instagram, la difusión de ideas por canales de YouTube o TikTok; la discusión en línea hasta altas horas de la noche sobre temas de coyuntura en salas de Twitter; el uso de un lenguaje soez con el que se mofan del lenguaje inclusivo y de la “corrección política” o la revitalización de discursos sobre el pasado reciente en el que las viejas agendas de las derechas, asociadas a grupos de “memoria completa”, se recrean con un lenguaje generacional.

Entender y reconstruir todo esto se vuelve inevitable si queremos interrogarnos por los jóvenes que dan su voto de manera inesperada (¿para quién?) o que militan por la derecha de la derecha. Comprender estas dinámicas, mucho más eficaces y persistentes que los tiempos de la política, es la única condición posible para dimensionar el peso de una (contra)cultura política de derecha que es generacional, masiva y popular.

Bibliografía

Altamirano, C. (1989), “¿Realmente, hay una nueva derecha en la Argentina?”, *Revista Nueva Sociedad*, n° 102, pp. 41-51; disponible en <nuso.org/articulo>.

Arriondo, L. (2015), “De la Ucedé al PRO: un recorrido por la trayectoria de militantes de centro-derecha de la Ciudad de Buenos Aires”, en Vommaro, G. y Morresi, S. (eds.), *Hagamos equipo. PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina*, Los Polvorines, UNGS, pp. 203-230.

Chaves, M., Fuentes, S. y Vecino, L. (2016), *Experiencias juveniles de la desigualdad. Fronteras y merecimientos en sectores populares, medios y altos*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario; disponible en

<ri.conicet.gov.ar>.

Fraga, R. y Malacrida, G. (1989), *El centro-derecha. De Alfonsín a Menem*, Buenos Aires, Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría.

Frente Popular Darío Santillán, *Darío y Maxi. Dignidad piquetera*, Buenos Aires, El Colectivo, 2012, 3ª ed.

Laje, A. (2023), *Generación idiota. Una crítica al adolescentrismo*, Buenos Aires, Hojas del Sur.

Manzano, V. (2018), "Por una universidad agradable y eficiente. Las agrupaciones estudiantiles liberales en la década de 1980", en Mauro, D. y Zanca, J. (coords.), *La reforma universitaria cuestionada*, Rosario, Humanidades y Artes, pp. 173-200.

Morresi, S. (2008), *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional-UNGS.

Oría, S. (dir., 2020), *Pandenomics* [película], s.d.

Stefanoni, P. (2021), *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Vázquez, M. (2013), "En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo. Principios de adhesión, participación y reconocimiento", *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, vol. 1, n° 7, pp. 1-25; disponible en <perio.unlp.edu.ar>.
— (2015), *Juventudes, políticas públicas y participación. Un estudio de las producciones socioestatales de juventud en la Argentina reciente*, Buenos Aires, GEU-Clacso.
— (2023a), "Los Rappi de Milei. La juventud militante de la derecha popular", *Anfibia*, 10 de julio; disponible en <www.revistaanfibia.com>.
— (2023b), "'Revolucionario es ser de derecha'. Participación juvenil en las nuevas derechas desde el retorno a la democracia", en Vázquez, M., Vommaro, P. y Rocca Rivarola, D., *Juventudes militantes desde la recuperación democrática. Participación política, vida cotidiana y cultura*, Buenos Aires, IIGG-Clacso (en prensa).

Vázquez, M., Rocca Rivarola, D., Cozachcow, A. y García, A. (2019), "Jóvenes y militantes: un estudio sobre la participación estudiantil, partidaria y territorial (2012-2015)", *Documento de Trabajo*, n° 82,

IIGG-UBA; disponible en <iigg.sociales.uba.ar>.

Wilkis, A. y Luzzi, M. (2019), *El dólar. Historia de una moneda argentina (1930-2019)*, Buenos Aires, Crítica.

---

[5] Esta pregunta juega con el título del libro de Sian Lazar, *Cómo se construye un sindicalista*. Aunque el objeto del libro y el campo empírico sobre los que se basa difieren de los que aquí se analizan, resulta sugerente como invitación a pensar la militancia en tanto punto de llegada y síntesis de múltiples determinaciones.
[6] Este apartado recoge las ideas analizadas en un trabajo anterior (Vázquez, 2023b).
[7] Ricardo, entrevista realizada por la autora, 28 de diciembre de 2022.
[8] Mario, entrevista realizada por la autora, 12 de diciembre de 2022.
[9] Ricardo, entrevista citada.
[10] Sergio, entrevista realizada por la autora, 14 de abril de 2023.
[11] Un sector del partido, liderado por Esteban Bullrich, promueve una alianza con Mauricio Macri, que ese año gana las elecciones como jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, cargo que desempeña por dos mandatos consecutivos. López Murphy abandona el partido y en 2008 lanza Convergencia Federal. En 2020 funda Republicanos Unidos (Recrear, Mejorar, Partido Libertario y Mejorar), del que es uno de principales referentes, junto con Yamil Santoro. En las elecciones de 2023 se alía y milita la candidatura de Patricia Bullrich a presidenta de la Nación.
[12] Juan, archivo de entrevistas del Grupo de Estudio de Políticas y Juventudes (GEPoJu), 1 de octubre de 2021.
[13] Gonzalo, entrevista realizada por la autora, 13 de octubre de 2022.
[14] "El curioso partido político que 'clausuró' la AFIP", *Clarín*, 6 de septiembre de 2012.
[15] "Un partido político desafía a la AFIP y vende dólares a 5 pesos en plena calle", *Fortuna*, 28 de mayo de 2012.
[16] En 2003, Patricia Bullrich crea el Partido Unión por Todos y compite como candidata a jefa de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en alianza con Recrear para el Crecimiento, partido liderado por López Murphy. En 2015, se integra a la alianza Cambiemos. En 2016, cambia su nombre por Unión por la Libertad y, en 2018, se fusiona con el PRO.
[17] Gonzalo, entrevista citada.
[18] Para profundizar sobre estas figuras, véase el capítulo 3.
[19] Agradezco a Martín Vicente la referencia a este videoclip para describir la puesta en escena de esta imagen del filme.
[20] En otros contextos, esta fuerza política es reconocida y admirada en su capacidad de movilizar jóvenes adhesiones, como desarrollamos más adelante.
[21] Este es el nombre de la segunda película realizada por el joven libertario Santiago Oría (2023), en la que se retrata la "epopeya" por medio de la cual LLA obtuvo cinco bancas en la Legislatura porteña y dos en el Congreso de la Nación en 2021, una de las cuales fue ocupada por el propio Javier Milei.
[22] Agradezco a Sergio Morresi esta referencia al clásico trabajo de Altamirano (1989).
[23] En las elecciones legislativas de 2021, el frente La Libertad Avanza (integrado por el Movimiento Integración y Desarrollo, Unite por la Libertad y la Dignidad, y Movimiento de Jubilados y Juventud) participa llevando como candidatos a

diputados nacionales a Javier Milei y Victoria Villarruel. Por su parte, Avanza Libertad (frente que nuclea al Partido Demócrata, Dignidad Popular por la Ciudad de Buenos Aires y la Ucedé) estuvo encabezado por José Luis Espert y Carolina Píparo como candidatos a diputados nacionales. Para las elecciones de 2023, el arco de alianzas cambia y se complejiza ante la proyección de la fuerza a nivel nacional. Los diputados electos Javier Milei y Victoria Villarruel encabezan la fórmula presidencial y Ramiro Marra, el legislador electo en 2021, es candidato a jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

[24] Gómez Centurión fue funcionario del gobierno de Mauricio Macri y tuvo que renunciar tras generar una controversia a partir de una intervención en la que puso en duda el plan sistemático de desaparición de personas durante la última dictadura militar. El partido NOS tuvo una clara posición contra el aborto. Para profundizar, véase el capítulo 1.

[25] Mariano, entrevista realizada por la autora, 13 de mayo de 2022.

[26] Gabriela, entrevista realizada por la autora, 9 de mayo de 2022.

[27] Gustavo, entrevista realizada por la autora, 2 de mayo de 2022. Este argumento se asemeja al sostenido por Ricardo, citado más arriba en este capítulo.

[28] En 2021 el partido NOS formó parte de la alianza Unidos por el Futuro, que compitió con Gómez Centurión como cabeza de la lista de candidatos a diputados en la provincia de Buenos Aires. El partido apoyó la lista de LLA en la Ciudad de Buenos Aires.

[29] Para profundizar sobre este concepto, véase el capítulo 1.

[30] Santiago, entrevista realizada por la autora, 16 de mayo de 2023. De igual manera, otros militantes manifiestan resquemores ante la figura de Lucía Montenegro, del partido Unite, con representación en diferentes provincias. En Santa Fe, fue el partido por el que Amalia Granata llegó a la Legislatura de la provincia. Los contactos que algunos de los jóvenes militantes de LLA cuestionan tienen que ver con la participación de referentes, como Alejandro Bonacci, en el Movimiento por la Dignidad y la Independencia (Modin); los vínculos personales que algunos de ellos tienen con Alejandro Biondini y la intervención de Antonio Montenegro, padre de Lucía y dirigente del partido, en agrupaciones peronistas de extrema derecha en los años setenta.

[31] Santiago, entrevista citada.

[32] Gustavo, entrevista citada.

[33] Santino, entrevista realizada por la autora, 21 de julio de 2021.

[34] Mauro, entrevista realizada por la autora, 11 de mayo de 2022.

[35] Santiago, entrevista realizada por la autora, 6 de julio de 2023.

[36] Mariano, entrevista citada.

[37] Esto contrasta con otras experiencias de centroderecha en las que participan figuras con un perfil popular, como Toty Flores, exdirigente del MTD La Juanita, que se integró a las filas de la Coalición Cívica, y Maximiliano Sahonero, referente de la juventud del PRO oriundo de la Villa 20. En estos casos, su presencia no logra modificar la imagen de los espacios partidarios de los que participan ni tampoco traccionan a un colectivo militante más amplio con este perfil.

[38] Santiago, entrevista citada del 6 de julio de 2023.

[39] Nota de campo de la autora, 7 de agosto de 2023.

[40] Santiago, entrevista realizada por la autora, 18 de mayo de 2023.

[41] Este es el subtítulo del libro *Darío y Maxi. Dignidad piquetera* (Buenos Aires, El Colectivo, 2012), que recoge la historia de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, los dos jóvenes asesinados durante el corte del puente Pueyrredón el 26 de junio de

2002.

3. Entre libros y redes: la “batalla cultural” de las derechas radicalizadas

Ezequiel Saferstein

La sorpresa y el estupor que para gran parte del arco político, mediático y académico causó el batacazo de Javier Milei en las elecciones Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias de 2023 se explican, en parte, por una mirada que no prestó atención a transformaciones sociales de amplio alcance. Como se planteó en la introducción y demuestran los capítulos que conforman este libro, esas transformaciones están atravesadas por el declive de los partidos tradicionales y la crisis económica de largo arrastre, pero no se reducen a ellos y, antes bien, implican procesos socioculturales más profundos, no desvinculados de procesos globales, pero con modulaciones nacionales y locales específicas. Años antes de que el armado de las vertientes más radicalizadas de las derechas se hubiera consolidado y aglutinado alrededor de la figura del líder de La Libertad Avanza, la correlación de fuerzas simbólicas ya mostraba una reconfiguración social que relegaba a las posiciones nacionales populares a un cierto declive frente a lo que emerge como el amplio y heterogéneo “polo de la libertad”. En ese escenario, una “batalla cultural” disruptiva construida en torno a la escena mediática, el ámbito de las redes sociales y la industria cultural –y que hizo sinergia con el ámbito de la política– constituyó un terreno propicio para la conformación de un dispositivo de producción y difusión de ideas que se materializan y circulan a escala masiva. Este entramado es clave para pensar las formas de subjetivación política contemporánea más allá de las estructuras partidarias y los resultados electorales coyunturales. Así, jóvenes que pueden identificarse como de derecha, liberales, libertarios, conservadores o antiprogresistas –o que pueden no definirse según identidad política alguna– organizan sus argumentos, se informan, estudian, se entretienen, replican y discuten mediante videos, memes, libros, posteos de intelectuales, economistas, politólogos, *influencers*. Interactúan en Twitter y TikTok, asisten a manifestaciones políticas y eventos culturales, arman grupos de lectura, militan en agrupaciones, discuten en grupos de WhatsApp. Pelean una “batalla cultural” en el marco de una configuración que se presenta como “políticamente incorrecta” y “antisistema”, pero que

se ha masificado. ¿Sobre qué suelo cultural interviene Milei? ¿Qué había antes y qué prácticas y discursos habilitó? ¿Cómo se materializa la "batalla cultural" de las derechas radicalizadas en un contexto de cultura masiva? ¿Cuáles son sus mecanismos de producción y difusión? ¿Qué rol cumplieron los *influencers* e intelectuales de la derecha *aggiornada*? ¿Quiénes son sus mediadores? ¿Quiénes sus seguidores? ¿Cómo se sienten interpelados y qué les atrae? ¿Qué le aporta la cultura masiva a la subjetivación política contemporánea?

Para iniciar este recorrido, propongo contrastar dos escenas que transcurrieron en la Ciudad de Buenos Aires con menos de cuatro años de diferencia: una en 2018, otra en 2022. Ambas tienen como uno de sus protagonistas a Agustín Laje, politólogo, *influencer* y autor de libros que se ha constituido como uno de los adalides de la batalla cultural de las "nuevas derechas", un referente intelectual que simboliza la renovación generacional de este espectro ideológico.

La primera escena transcurre en el decimonónico Club Español sito en la calle Bernardo de Irigoyen y Alsina, donde se organizó una mesa de diálogo de cara a la elección de 2019, convocada por el histórico Partido Demócrata Nacional y auspiciada por la Fundación Libre y por Prensa Republicana, dos espacios liderados respectivamente por Agustín Laje y por el abogado marplatense Nicolás Márquez, ambos coautores del *best seller El libro negro de la nueva izquierda*, publicado en 2016. Además de Márquez y Laje, la conversación contaba con la participación de dos referentes derechistas más veteranos: Agustín Monteverde, el economista del Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA), y Vicente Massot, el intelectual conservador y referente del diario *La Nueva Provincia* desde los años setenta.

"Cuántos conservadores, qué alegría saber que hay mucha gente cuerda. No todo está perdido", comentó un joven a un grupo de cuatro chicos identificados con gorras y remeras del Partido Libertario. En la previa, las conversaciones giraban en torno a las posibilidades de que Alfredo Olmedo, el excéntrico dirigente salteño que fue diputado nacional por el partido Salta Somos Todos entre 2009 y 2015, se postulase a la presidencia. Por entonces era la única precandidatura a la derecha de Juntos por el Cambio, coalición a la que habían votado en 2015 pero que había demostrado ser un espacio "liberprogre", sin agallas para realizar el cambio cultural necesario. "En 2019 seguro que gana Macri, pero en 2023, ganamos. Si pudimos en Brasil, que parecía imposible, acá se puede", vaticinaba un entusiasta del fenómeno Bolsonaro.

Además de la mayoría juvenil, los asientos de las primeras filas estaban reservados para un elenco añoso, presente en cualquier evento de este sector de la derecha en el que convergen nacionalistas y liberales conservadores y que gira en torno a dos tópicos recurrentes: la causa militar y la defensa de

una dimensión conservadora de la vida y la familia. Estaban, entre otros, Cecilia Pando y Silvia Ibarzábal, dirigentes del asociacionismo civil-militar, Alberto Solanet y Gerardo Palacios Hardy, abogados de Justicia y Concordia, agrupación que interviene en los juicios por delitos de lesa humanidad, José D'Angelo, militar retirado y autor de libros sobre la "estafa de los desaparecidos", Gabriel Ballerini, pastor bautista y organizador de marchas en defensa de las "dos vidas".

Pando cosechaba saludos de sus pares y también de algunos jóvenes, como Santino, un estudiante de Ciencia Política de la Universidad del Salvador, catequista y árbitro de fútbol, que la conoció en las misas por los "muertos por la subversión" y los encuentros "provida". Santino fue militante del PRO, conoció a Laje y Márquez a través de las redes y se interesó en su propuesta:

> Dicen lo que yo vengo planteando con mis compañeros. No había una voz que diga públicamente que la batalla es por este lado. Por fin tengo alguien que nos represente. Ponen sobre la mesa temas que antes eran indiscutibles. El número de los 30.000, no se debatía eso, como si fuera una religión secular, un dogma de fe. Lo mismo con el tema valórico, la ideología de género, ese análisis mundial sobre lo que se viene en contra de la civilización cristiana occidental, cosas que yo venía viendo.

En su formación, así como en las discusiones que entabla con compañeros y profesores, los libros y las intervenciones de estos referentes forman parte de su acervo. Su ejemplar de *El libro negro de la nueva izquierda* está subrayado, resaltado y comentado por él y por una profesora a quien se lo prestó, intrigada por los autores que Santino seguía y recomendaba en las clases de la universidad.

Ese día, en su intervención en el Club Español, Laje ofreció una ponencia en torno a la "ideología de género". Reivindicó la "batalla cultural" como la "madre de todas las batallas" para que un orden moral que abreve del orden "natural" contraponga el "dato" frente al "relato", la naturaleza objetiva frente a la retórica progresista. Por su parte, Márquez enfatizó la necesidad de articular las diferentes familias de las derechas, algo que repetiría un año más tarde en otro evento que reunió a ambos autores con Javier Milei en el Auditorio Belgrano de la Ciudad de Buenos Aires. "En vez de gobernar para los sectores que lo apoyaron, Macri gobierna para sectores que lo desprecian". En su cierre, Márquez llamó la atención sobre la composición del auditorio:

> Cuando presentamos *El libro negro de la nueva izquierda* en el

> Círculo Militar en 2016, junto a Palacios Hardy, ¿cuál era el promedio de edad? ¿98? Con Agustín decíamos “nos quedan diez años de carrera como escritores”. Es muy gratificante la cantidad de jóvenes que se han acercado.

Segunda escena, en la pospandemia. Agustín Laje, Nicolás Márquez y el economista, diputado y candidato presidencial Javier Milei se reencuentran ante más de mil personas en la sala de mayor capacidad de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, para la presentación del último libro de Laje, *La batalla cultural*.[42] El escenario ya no era un exclusivo club para seguidores derechistas de pura cepa, sino el evento cultural más importante y masivo de la Argentina. Uno de los anfitriones es Segundo Carafí, presidente de Cruz del Sur, un espacio derechista conservador que nuclea a jóvenes interesados en dar la “batalla cultural” y defender el “orden social cristiano” asediado por una “revolución cultural silenciosa y gramsciana”. Carafí remarcó la importancia de ocupar la Feria en la disputa contra el adversario, definido como el “marxismo cultural”. Un discurso de barricada, inimaginable poco tiempo atrás en ese predio. Los veteranos de las derechas militaristas, nacionalistas, liberales conservadoras y católicas volvían a estar sentados en primera fila, pero esta vez acompañados por una generación más joven de ideólogos y activistas derechistas vitoreados por el auditorio: el *influencer* y presentador Emmanuel Danann, el escritor católico conservador Cristian Rodrigo Iturralde, autor de libros como *La Inquisición, ¿mito o realidad?*, los candidatos a diputados por La Libertad Avanza Lilia Lemoine y Agustín Romo, e Iñaki Gutiérrez y Eugenia Rolón, miembros del equipo de redes de Milei. El público, mucho más masivo, también era más heterogéneo en cuanto a género y lugar de procedencia.

La intervención del economista que popularizó las ideas del libertarianismo en el *prime time* tuvo un tono profesoral, más parsimonioso que el de sus rabiosas apariciones televisivas. Refirió sentirse honrado y privilegiado por presentar el libro de “una de las personas más brillantes” que conoció. Citó a Gramsci, “porque la cultura contamina la forma de pensar de la gente a través de los medios, las iglesias, la prensa”. Pidió a su joven auditorio que lo votara en 2023, ya que la batalla por las ideas debía entroncarse con la contienda electoral. Esto fue resaltado por Laje, quien sostuvo que la elocuente tarea que él, Milei, Márquez y otros realizaban a través de las redes, libros, medios alternativos, eventos e instancias de formación estaba dando frutos. La figura de Milei como representante de lo que Laje llamó una “nueva derecha” había “despertado leones”, en palabras del economista y diputado. Si en 2018 no existía una expresión potente a la derecha de la derecha, en 2022 esta nueva derecha ya se articulaba en torno a Milei, quien resultó el precandidato a presidente más votado en las

primarias de 2023.

Este fenómeno no podría ser reducido a una cuestión electoral y coyuntural –la punta del iceberg– dado que está enraizado en prácticas y vivencias cotidianas que tienen como una de sus expresiones a los consumos culturales de amplios sectores. Los jóvenes que se quedaron hasta la madrugada para que los autores firmaran sus libros multiplicaban a quienes se habían reunido cuatro años atrás en un auditorio pequeño y ya llamaban la atención. En muy pocos años, la derecha radicalizada que se había formado alrededor de comunidades digitales irreverentes e intensas se expandió a tal punto que hoy protagoniza la discusión pública y política. La convergencia de eventos, libros, redes, textos, tecnologías e ideas que existen *online* y *offline* y vincula a ideólogos, *influencers*, editores, libreros, mediadores y jóvenes activistas y militantes o simples simpatizantes de algunas o varias de las proclamas que proponen estos referentes conforma un dispositivo de cultura masiva que debe ser tenido en cuenta a la hora de pensar la subjetivación política contemporánea.

Javier Milei, Agustín Laje, Álvaro Zicarelli y Nicolás Márquez en la Argentina, Axel y Vanessa Kaiser en Chile, Ana Campagnolo y Bruno Garschagen en Brasil, Miklos Lukacs en Perú, Gloria Álvarez en Guatemala, Ben Shapiro en los Estados Unidos son algunos de los referentes intelectuales que han refrescado a las derechas, aportándoles dinamismo a sus intervenciones públicas y políticas. Son seguidos por miles de jóvenes que escuchan, miran y leen sus libros, audiovisuales y posteos donde discuten contra la “cultura progresista” e imaginan una sociedad liberal. El derecho al aborto, el debate sobre el accionar de la dictadura militar en los años setenta, el cobro de impuestos a quienes producen y el reparto de planes a quienes “viven del Estado” o la “ideología de género” y el “ambientalismo” son tópicos que Laje primero y Milei después promovieron en comunidades que se expandieron y articularon una voz propia. Apelan a jóvenes que toman la posta y protagonizan la “rebeldía de derecha” (Stefanoni, 2021), que interpreta, se apropia y enarbola sus propias batallas culturales en sus circuitos de sociabilidad, las universidades, sus espacios de militancia, amistades y familias, no solo en relación con aquellos tópicos políticos que pregonan las derechas políticas sino también como formas de gestionar y tramitar su vida cotidiana. En las páginas que siguen nos adentraremos en la escena cultural de estas derechas radicalizadas en la Argentina a partir de sus autores protagonistas, sus textos, las instancias y los agentes que median en sus producciones y permiten que los jóvenes accedan y se vinculen con ellas, de manera tal que –en línea con la perspectiva de Antoine Hennion (2017)– establecen una relación activa con los productores y producciones, más que funcionar como un receptáculo a llenar.

La cultura masiva como campo de disputa

La circulación de discursos, contenidos y producciones que movilizan a las derechas se presenta en un ecosistema de plataformas que integran el entorno material y digital. La relación entre la política, el "territorio", las redes sociales y las plataformas tradicionales como los medios y los libros ha sido foco de los debates sobre la radicalización de las derechas y su capacidad de protagonizar la discusión pública. Como fenómeno que comenzó en plataformas y comunidades digitales de sitios como Reddit y 4chan y se replicó con sus particularidades a nivel local, la batalla cultural de las derechas se constituyó como un movimiento tan reactivo como productivo en cuanto a capacidad de interpelación. La "corrección política", la "ideología de género", la "cultura *woke*" y el "marxismo cultural" –adaptación de la histórica teoría conspirativa de raíz antisemita– funcionaron como fórmulas de construcción de un otro a combatir a base de memes, videos, accesorios y otros artefactos culturales materiales o digitales. Pero, al mismo tiempo, la elaboración programática y la difusión de teorías económicas y políticas –como en la Argentina, las propuestas de estabilización vía dolarización– plantean horizontes de futuro y de orden que se alejan del momento meramente reactivo y conforman una cultura política.

Como mostraron Gabriel Kessler, Gabriel Vommaro y Martín Paladino (2022), muchos de los referentes de las derechas son *influencers* que despliegan estrategias discursivas para multiplicar seguidores: fomentan prácticas de activación para generar contenido y discusión en torno a sus intervenciones polémicas, a la vez que se nutren de una coyuntura propicia que funciona como ventana de oportunidad para potenciar su visibilidad. Si bien este es el terreno donde se dan a conocer, se viralizan y movilizan multitudes, su activismo digital se complementa con intervenciones más tradicionales, como las que tienen lugar en los medios masivos, en actos políticos y eventos de fundaciones y centros de pensamiento, así como mediante la publicación de libros de circulación masiva.

Históricamente, los libros que narran la política de un momento social movilizaron sentimientos políticos y nacionales de amplios sectores de la población. La producción de *best sellers* políticos ha sido un termómetro del humor social; no solo diagnostican, sino que en sus apropiaciones movilizan, por izquierda y por derecha. Desde el lugar privilegiado y no partidario que aporta la función autoral, los escritores se constituyen como portavoces de ciudadanos que compran, leen y actúan. Los trabajos de Pablo Semán (2006) y de Pablo Semán, Silvina Merenson y Bernardo Lewgoy (2007) en los primeros años del siglo XXI, la historia y el ensayismo de masas de autores como Marcos Aguinis, Felipe Pigna y Jorge Lanata operaron en la

construcción y recuperación de un pasado heroico como modelo para elaborar narrativas de futuro ante un presente marcado por la idea de decadencia y la crisis de la convertibilidad. Durante la segunda década de 2000, el segmento de libros periodísticos sobre corrupción tuvo un *revival*: si en los noventa las firmas progresistas se habían posicionado como “fiscales del poder” enfatizando en la corrupción como el principal problema público durante el menemismo (Pereyra, 2013), su contracara republicana promovió artefactos que buscaron evidenciar desmanejos en las gestiones kirchneristas. Asimismo, los libros que desacralizaron las políticas de memoria institucionalizadas por la gestión gubernamental sostuvieron posiciones reconciliatorias, dialoguistas o incluso reivindicadoras del accionar militar y se convirtieron en un *boom* editorial con gran capacidad de impacto. Durante el período macrista, la movilización kirchnerista canalizó y se motorizó alrededor del fenómeno de *Sinceramente*, el libro de Cristina Fernández de Kirchner que, con la masividad de sus ventas y el recorrido de presentaciones, apuntaló su liderazgo político y construyó su vuelta al gobierno secundando a Alberto Fernández.

En la actualidad, los referentes de las derechas radicalizadas articulan y difunden su pensamiento desde una producción editorial que salió de los márgenes, se masificó y potenció en el entorno digital. Los libros son valorados como objetos culturales, activan sentimientos en su circulación y lectura y funcionan como plataformas para el posicionamiento intelectual de los portavoces. Estos pueden ser economistas, filósofos, abogados, políticos, *influencers*. Pero llevan, sobre todo, la marca de autores. Entre los “pergaminos” que más se resaltan, aparecen los estudios, los maestros de quienes fueron discípulos y los libros que firmaron. Estos están presentes físicamente en sus videos y en sus eventos en tanto “ornamentos simbólicos”, como muestran también Luzmara Curcino y Thiago Pereira (2022) para el caso de Bolsonaro. La cultura política es bibliófila; las izquierdas lo fueron históricamente y se encargaron de resaltarlo. En la actualidad estamos ante derechas que, en la convergencia de lenguajes y plataformas, también ponderan al libro como elemento de autoridad y legitimación. Acompañados necesariamente de contenidos audiovisuales y digitales que se divulgan de forma masiva y hacen más accesibles sus ideas, estos artefactos culturales son herramientas fundamentales para la disputa cultural y política contemporánea.

En el universo de autores argentinos, la batalla cultural de las nuevas derechas está plasmada como teoría y como práctica en los libros de Agustín Laje, principalmente en *La batalla cultural. Reflexiones críticas para una nueva derecha* (Harper Collins-Hojas del Sur, 2022), pero también en *El libro negro de la nueva izquierda* (Unión, 2016) y *Generación idiota. Una crítica al adolescentrismo* (Harper Collins-Hojas del Sur, 2023). Álvaro Zicarelli retoma

estos argumentos en *Cómo derrotar al neoprogresismo* (Sudamericana, 2022) y Javier Milei la enmarca desde la perspectiva económica y política en *El camino del libertario* (Planeta, 2021) y *El fin de la inflación* (Planeta, 2023). Además, los libros del chileno Axel Kaiser, como *La fatal ignorancia. La anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista* (Unión, 2014), el del filósofo brasileño Olavo de Carvalho, *O mínimo que você precisa saber para não ser um idiota* (Record, 2013) y el de la diputada bolsonarista Ana Caroline Campagnolo *Feminismo, perversão e subversão* (Vide, 2019) forman parte de la sistematización del corpus a nivel regional.

El libro negro de la nueva izquierda fue pionero en revisitar y dar forma a ciertos argumentos: tras la caída del Muro de Berlín y el triunfo político de las derechas liberales, la izquierda tuvo que bajar las armas y reorientarse hacia una lucha cultural. El éxito político y económico del capitalismo sobre el socialismo habría relegado la disputa cultural e ideológica al campo de las izquierdas, que triunfaron mediante la irradiación de su ideología desde las industrias culturales, las academias, los organismos y las fundaciones internacionales y las políticas públicas. Esta dinámica es presentada por Laje y Márquez en términos de hegemonía y contrahegemonía, conceptos gramscianos recurrentes en sus intervenciones. En esta época, el "marxismo cultural" no se caracterizaría por posiciones igualitaristas solamente en el ámbito de la economía, sino por una serie de discursos y prácticas ligadas a los movimientos feministas y LGBTIQ+, que vendrían a disgregar los "valores tradicionales" mediante una "confederación filicida" y "homosexualista", en palabras de Márquez. En esta "batalla cultural", el feminismo y la llamada "ideología de género" son los adversarios combatidos desde una estrategia planteada en términos morales, en torno a la familia heterosexual y el "derecho a la vida". En *La batalla cultural* y en *Generación idiota*, Laje expande y sofistica su teoría incluyendo, pero a la vez superando, la dimensión de género y el combate al feminismo. Desde su punto de vista, las batallas de las derechas deberían centrarse en el ámbito cultural, por ejemplo, frente a las gestas *woke* de plataformas como Netflix o las producciones de Hollywood, que sobreactuarían la diversidad, o las *celebrities* que participaron del movimiento Me Too, así como frente a otros temas globales, como el ambientalismo representado por Greta Thunberg.

Los argumentos de los libros se debaten en apariciones mediáticas que luego se viralizan. Una de ellas es la célebre discusión que tuvo Laje con Malena Pichot y Virginia "Bimbo" Godoy en el aire de Futurock[43] en 2016, que funcionó como puntapié para que muchos conocieran al autor. La parsimonia con la que Laje exponía sus argumentos y se defendía del tono jocoso de sus interlocutoras marca su modo de intervención pública: una modulación académica y profesoral que en su erudición y capacidad de divulgación interpela a pares y a un público masivo. Este es el tono del

documental *Querida resistencia,* que acompaña al libro *La batalla cultural.* Producido por Gaucho Estudio en 2022, desde allí Laje repasa su biografía y sistematiza los conceptos y argumentaciones del libro, que define como “un libro político”. Esta productora también realizó los *booktrailers* y cortos promocionales de *Generación idiota*, en los que Laje sintetiza los tópicos que recorre el texto en videos breves y didácticos: qué significa la generación “idiota”, por qué es frívola, el lugar del “Estado niñera”, etc.

Sus estrategias de divulgación audiovisual se combinan con un aparato bibliográfico extenso. En sus tres libros, sus argumentos se entrelazan a partir de los usos de Gramsci, pero también de Michel Foucault; de autores de la escuela de Frankfurt, como Max Horkheimer y Herbert Marcuse; de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Con este mapa de lecturas que resume e invita a sus seguidores a leer, Laje repasa lo que considera un triunfo ideológico de la izquierda y el fracaso de una derecha que debe renovarse. Para ello, recurre a autores referenciados en la escuela austríaca de economía, con Murray Rothbard como lectura fundamental para la formación de una nueva derecha. Los postulados paleolibertarios del autor estadounidense, que proponían una convergencia de los libertarianos con los conservadores, funcionan como articuladores de una cultura de derecha que rechace el Estado y la idea de “justicia social”, así como la legalización del aborto y otras formas de progresismo cultural.[44] En la estructura narrativa de su propuesta teórica para una nueva derecha, Laje promueve una agrupación de derechas libertarias, nacionalistas y conservadoras para conformar un “nosotros” que interpele a sus simpatizantes y a sus pares. La densidad y sobrecarga de referencias conceptuales de *La batalla cultural* no está “al servicio de la mera teoría”, sino que busca apoyar una “práctica política al servicio de la derecha en general”, capaz de articular las “diferentes corrientes de la derecha que sitúan sus batallas culturales en el centro de un nuevo ‘nosotros’ político” (Laje, 2022: 11). Esta búsqueda lo posiciona en un lugar privilegiado en el campo de las derechas por su compromiso intelectual y político y su capacidad de divulgación para un auditorio masivo. Del mismo modo, sus libros, si bien proponen una perspectiva a través de un lenguaje que pretende ser académico y erudito, se autocalifican como libros activistas, un llamado a la acción no solo para la dirigencia sino también para sus lectores. A esos jóvenes Laje les pide reorganizar su tiempo, resignar horas de pantalla y volver a la “cultura del texto impreso”, para formarse y transmitir esa práctica a sus pares, su propia familia y su comunidad.

En la contratapa de *Cómo derrotar al neoprogresismo*, Álvaro Zicarelli es presentado como “uno de los intelectuales más polémicos e influyentes digitalmente de la nueva derecha argentina”. Zicarelli tiene una activa inserción en la política por su pasado militante y su carrera como asesor de

distintos dirigentes de la derecha y centroderecha argentina, desde Milei hasta Amalia Granata, pasando por Gabriela Michetti. Este perfil activo en lo político sin descuidar el plano de las ideas se destaca a lo largo de las 140 páginas de su libro, al que denomina “manifiesto, un texto programático en el que se expone un problema (el neoprogresismo) y la solución para resolverlo” (Zicarelli, 2022: 43). Su vida, su formación autodidacta y sus vínculos intelectuales se enlazan con un programa para la batalla cultural.

El problema planteado es similar al de Laje, quien prologa el libro, y al de Axel Kaiser, que escribe un epílogo: la izquierda gobierna el sentido común de las sociedades occidentales y el objetivo es apropiarse de sus herramientas discursivas para derrotarla, primero en el plano de la cultura y luego en el de la política. Con estas operaciones de evaluación, recomendación y legitimación, Zicarelli traza un aporte programático. “El libro es un arma” y, a la vez, “una presentación en sociedad, más que lo que digo, me interesa el cómo lo digo. Yo reivindico la prosa del ensayo, más parecida a la de la narrativa que a la del *paper*. Yo quería que sea parecido en extensión, en narración o en estilo a *Martínez Estrada, una rebelión inútil*, de Sebreli” (entrevista, 2023), de quien se reconoce discípulo. Escrito en primera persona del singular, el libro propone asumirse como de derecha y ofrece recetas para desarmar el discurso que denomina “neoprogresista” a través de reglas retóricas, argumentos y datos que responden a las acusaciones de fascismo o de nazismo. Las prescripciones incluyen “evaluar” al “adversario ideológico” para invertir su argumentación con el fin de “enfrentarlo y derrotarlo, ya sea en una conversación, un encuentro casual, un mitin universitario o un debate parlamentario” (Zicarelli, 2022: 121).

Como ya había identificado José Aricó (1988), los usos de Gramsci que realizan los autores de las derechas y su noción de hegemonía funcionan como apropiación y soporte teórico de la batalla cultural. El andamiaje conceptual de las ciencias sociales traducido a un público amplio construye un relato “contrahegemónico”. La apelación a este tipo de autores funciona para “conocer al enemigo”, que habría conquistado el sentido común de las sociedades occidentales de manera exitosa, aunque también se los presenta para posicionar sus propios puntos de vista. Si las izquierdas han ganado la batalla cultural, recurrir a sus autores implica un reconocimiento (a menudo explícito) y a la vez un llamado a la intelectualidad de derecha a replicarlo.

Asimismo, las referencias del pensamiento liberal y libertario, como Hayek, Von Mises y Rothbard, para demostrar los peligros del estatismo en pos de una economía liberal sin ataduras se articulan con tropos conservadores y nacionalistas reaccionarios que funcionan, de modo pragmático, en la búsqueda por articular ideológicamente el campo de las derechas. A la vez que expresan una visión y una perspectiva del capitalismo puro y sin regulaciones como panacea de la libertad,

manifiestan visiones conservadoras, porque los valores “occidentales y cristianos” son los que mejor organizarían las sociedades capitalistas libres. Por ello, si bien las referencias de corte nacionalista y religioso aparecen en un segundo plano, hay una apelación a articularlas. Evitar el purismo ideológico permite a autores como Laje llamar a la fusión entre “libertarios no progresistas, patriotas no estatistas, conservadores no inmovilistas y tradicionalistas no integristas”, para dar como resultado “una fuerza resuelta en la incorrección política” en “oposición radical a la casta política […] al globalismo, al *establishment* multimediático y la hegemonía progresista que domina la academia, a los ingenieros sociales y culturales de las Big Tech y del poder financiero global inclinados sin disimulo alguno hacia la izquierda cultural” (Laje, 2022).

De esta manera, en la literatura y producción masiva de derechas se combina un antagonismo con las izquierdas con propuestas programáticas de cara al futuro, que apuntan a la conformación de un “nosotros” variopinto: recetas neoliberales para la estabilidad económica, miradas conservadoras en el plano cultural y político así como enseñanzas, recomendaciones y visiones del mundo que apelan a una comunidad de individuos protagonistas. Sus autores se erigen como intelectuales referenciados en pares, maestros y formadores,[45] al tiempo que renuevan el *ethos* intelectual gracias a sus modos de intervenir en el mercado de libros y las redes, espacios que, reclaman, les estaban vedados y que han ido ocupando “desde abajo”. Si, como muestra en su libro Pablo Stefanoni, la izquierda se ha mantenido en una posición de *statu quo*, las derechas irían a contramano y sus prácticas contrahegemónicas funcionan como resistencia. Una exclamación de rebeldía e incorrección política que se presenta como minoría, pero que no los excluye del *mainstream* cultural. Por el contrario, se vale de este y lo nutre.

Los distribuidores de ideas y artefactos culturales

Las ideas de las derechas radicalizadas se materializan en artefactos que distintos mediadores difunden. Los editores de libros participan en la construcción de firmas que intervienen en la discusión política; seleccionan y jerarquizan discursos comercializados como libros. Si el entorno digital posibilita el encuentro con estas ideas y sus portavoces, es allí donde los editores y las editoriales reclutan autores e ideas para sus libros. El editor de Zicarelli, por ejemplo, lo contactó vía Instagram luego de leer “una nota en *Infobae* en la que decía algo así como ‘soy puto y de derecha’ y que generó

mucho revuelo en Twitter. Y me parecía que hablaba bien, que tenía contenido" (editor de Sudamericana, entrevista, 2023). Las fundaciones y *think tanks* organizan sus eventos y les dan soporte académico a los autores. Los libreros distribuyen y construyen espacios de encuentro. El mercado editorial aglomera estos actores y se nutre de sus redes, favoreciendo intervenciones intelectuales y políticas rentables en términos comerciales y potentes en su capacidad de promoción.

La literatura de derechas se presenta al inicio en ediciones de autor, en pequeñas editoriales definidas políticamente, como Unión Editorial, y cada vez más en editoriales de capital transnacional con catálogos generalistas, en un movimiento que va de los márgenes al *mainstream*.

Compañía española establecida en 1973 con una sucursal activa en la Argentina desde 2004, Unión se dedica a publicar, traducir y difundir diversas corrientes de pensamiento de derechas. Entre sus 600 títulos, se enfoca en la escuela austríaca de economía y sus seguidores en los Estados Unidos, España y la Argentina. El fusionismo actual se materializa en parte en su catálogo local, que acerca a liberales libertarianos con conservadores, nacionalistas y confesionales. Entre sus autores más destacados en el mercado de habla hispana se encuentran los clásicos Eugen von Böhm-Bawerk, Ludwig von Mises, Carl Menger, Friedrich Hayek y Murray Rothbard, aludidos por Milei y Laje en sus intervenciones; así como los españoles Joaquín Trigo Portela, Jesús Huerta de Soto y Miguel Ángel Echarte Fernández, autor de un libro sobre la dolarización.[46] Entre los autores argentinos, la editorial ha publicado a liberales como Ricardo Manuel Rojas, Alberto Benegas Lynch (h), Diego Giacomini, Ricardo López Murphy e Iván Carrino, así como a críticos de la "ideología de género", militaristas y anticomunistas. La lucha contra el aborto y contra el llamado "marxismo cultural" tiene una fuerte presencia en el catálogo. Uno de sus principales *best sellers* es *El libro negro de la nueva izquierda*, que circuló internacional y masivamente en sus versiones en papel y digital.

En la Argentina, Unión está dirigida desde 2010 por el contador Rodolfo Distel, quien juega un papel clave en la construcción de un terreno común para estas sensibilidades de derecha. Distel define a Unión como una "distribuidora de ideas" que potencia a los referentes de las "ideas de la libertad". Considera que los libros son uno de los componentes centrales de la difusión, y que todas las plataformas y escenarios complementan este esfuerzo. El libro cumple una función importante como "carta de presentación" para llegar a diversos ámbitos, como la "universidad, la empresa y la familia". Los libros de Unión están presentes en las cátedras de la escuela austríaca de universidades privadas como el CEMA y Eseade, así como en la Universidad de Buenos Aires. El furor por la escuela austríaca es anterior, pero se amplificó gracias a la figura de Javier Milei, quien se

vinculó tempranamente con Unión, primero como lector y comprador, luego como prologuista y por último como autor. En esta editorial, Milei publicó cinco títulos: *Política económica contrarreloj. Síntomas, diagnóstico y medidas para salir del cepo y volver a crecer*, con Diego Giacomini y Federico Ferrelli Mazza, en 2014; *Lecturas de economía en tiempos de kirchnerismo*, prologado por Ricardo López Murphy, también en 2014; *El retorno al sendero de la decadencia argentina*, en 2015; *Maquinita, infleta y devaluta*, con Diego Giacomini, en 2016 (reeditado por Ediciones B); *Desenmascarando la mentira keynesiana. Keynes, Friedman y el triunfo de la escuela austríaca*, en 2018, con prólogos de López Murphy y Giacomini.

> Javier venía, compraba nuestros libros, charlábamos de economía con él. Entonces me dice: "Tengo este material, ¿te parece que podemos hacer un libro de esto?". Hicimos el primero y después sacamos otro y otro (Rodolfo Distel, entrevista, 2019).

En el local de la editorial, en la Feria del Libro y en eventos partidarios como los actos de Milei en las plazas o en distintas presentaciones y conferencias, Unión instala *stands* de venta en los que ofrece títulos de su sello y de otros afines. Este modelo de negocio la constituye como una editorial y distribuidora programática, orientada a un espectro político particular, que se asemeja a las editoriales que las diferentes familias de las izquierdas fundaron y promovieron históricamente.

En los últimos años, al compás de su masificación, algunos de los autores que publicaban en Unión tuvieron la oportunidad de "ascender" hacia las grandes editoriales, que promueven catálogos comerciales y heterogéneos con una fuerte capacidad de circulación nacional e internacional. Esto resulta una novedad para estas derechas: sus discursos no solían ser tenidos en cuenta por estas editoriales, por su radicalidad y porque los editores no lo consideraban un mercado fecundo.[47] En los últimos años este panorama cambió y destacados autores ubicados a la derecha de las derechas pasaron a publicar en grandes editoriales. En septiembre de 2023, durante la presentación de su *Viva la libertad. Por qué hay que ser liberal* (Planeta, 2023) en el marco de una Feria del Libro Liberal organizada por Unión, Ramiro Marra, dirigente de La Libertad Avanza y candidato a jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, afirmó que hasta hacía poco tiempo

> no nos permitían publicar libros, se priorizaba lo socialista [...]. La batalla cultural, que también es electoral, se da también con libros que complementan lo que hacemos en la calle, en las redes, en los grupos de WhatsApp, día a día [...]. Pudimos hacer que nuestros libros estén en todas las librerías, antes no estaban, estaban

> escondidos, pero siempre entre los diez más vendidos. Ahora no nos esconden más y esto es parte de la batalla cultural.

Después de publicar títulos en Unión, Ediciones B y Galerna, Javier Milei fue contratado por Planeta para *El camino del libertario* y *El fin de la inflación*. En el sumun de su visibilidad pública, el grupo editorial se aseguraba liderar la lista de *best sellers*.[48] Sus presentaciones en la Feria del Libro de 2022 y 2023, con Viviana Canosa y Alberto Benegas Lynch (h) respectivamente, fueron eventos tan masivos que sorprendieron hasta a los propios miembros de la editorial: "Tengo ocho ferias encima y nunca vi una movida de tal magnitud. Eran los Sex Pistols. En la firma eran todos pibitos. Había gente llorando, loco, una locura" (gerente de Prensa y Comunicación de Planeta, entrevista, 2022).

En cambio, el ascenso editorial de Agustín Laje vino por vías internacionales. En la Argentina había publicado por Unión *Los mitos setentistas*, en 2011, y, junto con Márquez, *Cuando el relato es una farsa*, en 2013, y *El libro negro de la nueva izquierda*, en 2016. Ya como *influencer* consagrado fue captado por Harper Collins para publicar *La batalla cultural* y *Generación idiota. Una crítica al adolescentrismo*, así como un tercer libro anunciado para 2024. Estos *best sellers*[49] fueron contratados por la división cristiana de Harper Collins, radicada en Nashville, Estados Unidos, que publica títulos religiosos y también los más social y políticamente conservadores del grupo. Por razones de idioma, los libros fueron publicados por la división mexicana del sello, que también editaba libros comerciales de interés general.

Para decidir su contratación, el editor ponderó el catálogo y la oportunidad de mercado. En su consideración, observó las afinidades entre Laje y la agenda conservadora del grupo, y también olfateó un público potencial. El auge de las derechas a nivel global así como la presencia de elementos conservadores incluso en gestiones progresistas le permitieron reconocer que un "público que se identifica como de izquierda puede leer discusiones de la derecha, como los libros de Laje" (gerente editorial de Harper Collins México, entrevista, 2022). Además, Laje se proyectaba como autor regional. Los temas locales que abordó en sus primeras producciones (dictadura militar, kirchnerismo) fueron dejados de lado para tratar temas más transversales, como la agenda de género y la batalla cultural a nivel internacional. Su capacidad de autopromoción y sus modos de intervenir públicamente definieron su contratación.

> [Laje] Es muy afable, nunca se exalta, ni se perturba, mantiene muy bien el control sobre sí mismo, es una especie de político zen de ultraderecha. […] Es muy lógico y es un buen retórico. Con

> frecuencia lo que está citando lo sacó de contexto, o lo que está afirmando no es certero, ni verificable, pero lo construye tan bien en términos discursivos, que convence con facilidad a audiencias desprevenidas o poco instruidas (gerente editorial de Harper Collins México, entrevista, 2022).

La exitosa incorporación de Laje a la cartera de Harper Collins inició la reconversión del sello. En 2023 la filial mexicana de libros de interés general fue discontinuada y reemplazada por Harper Enfoque, un nuevo concepto desde donde el grupo se concentra exclusivamente en la producción de libros religiosos, así como de ensayos de corte conservador en lo social, lo moral y lo político, "afines a su línea ideológica y su visión del mundo", según comenta su gerente. Entre 2018 y 2023, Harper Enfoque comenzó a sumar a otros autores de tendencia derechista, como Pablo Muñoz Iturrieta y Sara Huff. El primero publicaba en el pequeño sello nacionalista Katejón y en 2023 lanzó *Apaga tu celular y enciende tu cerebro*, un ensayo no estrictamente político en el cual –en línea con Laje– interpela a los jóvenes y a sus padres a reducir el uso de los celulares y las pantallas, que afectarían la capacidad de pensamiento propio. Por su parte, Huff publicó *Cómo fabricar una feminista*, anunciado del siguiente modo:

> Hay muchos libros en el mercado que tratan del tema feminismo, pero ninguno escrito por una exfeminista e izquierdista que conoció desde adentro las técnicas de manipulación y subversión que se utilizan en estos movimientos.[50]

Sostener una línea editorial orientada a determinada cosmovisión ideológica no excluye la lógica comercial. Hojas del Sur es una pequeña editorial que acordó con Harper Collins la impresión de los libros de Laje en la Argentina, así como también el libro de Muñoz Iturrieta. En su catálogo priman las biografías, los libros de superación personal y de corte religioso, todos distribuidos por Peniel, una editorial y distribuidora de libros cristianos. En el discurso de su fundador y director conviven, por momentos en tensión, la óptica comercial y la búsqueda de libros "necesarios", como reza el eslogan del sello. "Como editor tenés que estar viendo para dónde viene la ola y tenés que adelantarte", afirma, al mismo tiempo que "La plata está en segundo lugar, estoy pensando en libros que, si los lees, te puedan hacer mejor persona". La ponderación del lugar de Laje como autor profesional lleva a ubicarlo como "el escritor ideal para una editorial. Se pone la camiseta del libro, lo escribe y lo sale a vender. Me gustó lo que planteaba [...], es un bocho" (director de Hojas del Sur, entrevista, 2023).

El circuito de vida de un libro y un intelectual de derechas requiere

también de agentes cuya actividad y trayectoria hacen posible que los productos culturales sean accesibles y se difundan por distintas vías. En sus intervenciones en redes los autores llaman a comprar libros, a consumir y compartir contenidos, programas televisivos, radiales, *streams*. En esta batalla cultural intervienen los autores y los seguidores, pero también mediadores con grandes audiencias, referentes de centros de estudios y fundaciones y libreros que forman un circuito de recomendación y viralización.

Segundo Carafí, antes de integrarse a NOS –el espacio político del combatiente de Malvinas y excarapintada Juan José Gómez Centurión–, fundó y preside el Centro de Estudios Cruz del Sur desde 2017. Se trata de un espacio que organiza las presentaciones de Agustín Laje y Nicolás Márquez en Buenos Aires, al tiempo que se propone como un lugar de formación para jóvenes dispuestos a dar la "batalla cultural", defendiendo el "orden social cristiano con la familia como pilar fundamental". "Dios, patria y familia" definen la misión de esta organización conservadora y nacionalista reaccionaria que surgió por el interés especial que Segundo y su grupo de amigos tenían por la historia reciente. Las causas de los militares detenidos por delitos de lesa humanidad (clasificación que Carafí discute) y la difusión de lo sucedido durante la última dictadura militar priman entre los intereses de la agrupación, emparentada con la organización que preside el abuelo de Carafí, Alberto Solanet, referente de Justicia y Concordia.

> Me pasan dos cosas que me mueven. La primera es saber que hay un montón de militares y civiles que están presos. Obviamente tengo mi opinión sobre su accionar en los setenta, pero independientemente de lo que hayan hecho, esos procesos son totalmente ilegales. […] Lo otro que me vuelve loco es que se cuenta mal la historia. Creo que nunca vamos a progresar si no aceptamos la historia que tenemos, con las cosas buenas y con las cosas malas. Los setenta fue una guerra donde un bando planteó una guerra y otro bando respondió mal a esa guerra y así fueron los resultados que conocemos. No es que hubo malos o buenos. Gente que probablemente tenía buenas intenciones, confundida, que hizo cosas y otra gente que tuvo que defenderse y probablemente se les haya recontra ido la mano. Hay 8000 desaparecidos que nadie los niega, nadie los esconde, nadie justifica (Segundo Carafí, entrevista realizada junto con Analía Goldentul, 2020).

Cruz del Sur ha organizado conferencias en torno a la "ideología de género" y la "guerra de los setenta", así como cursos presenciales y virtuales bajo

una línea ideológica y religiosa común, como la historia del Renacimiento, la historia de las “gestas católicas” (para referirse a las Cruzadas y las luchas cristeras) o el estudio del hispanismo en la Argentina. En una entrevista realizada en 2020, Carafí define su misión de esta manera:

> Lo nuestro es la batalla cultural. No decimos “formar jóvenes para conocer la historia de los setenta”, nosotros decimos “formar jóvenes para dar la batalla cultural”. Porque antes de darla hay que formarse. De dónde sale la Argentina, América, qué fue la hispanidad. [...] Todo eso hace a un objetivo común que es la cultura occidental. Y la batalla cultural contra la cultura occidental, los valores que hicieron grande a nuestra patria, es un tema histórico, de cosmovisión (Segundo Carafí, entrevista realizada junto con Analía Goldentul, 2020).

Esto se resume en un curso sobre, justamente, la batalla cultural dictado por los “principales referentes intelectuales”: Laje, quien dio una clase sobre la importancia de los intelectuales en la política; Márquez, que aportó sobre la “guerra antisubversiva”; Miklos Lukacs, sobre el pensamiento conservador; Muñoz Iturrieta, especialista en ideología de género; Vanessa Kaiser, sobre autoridad y libertad, y Vicente Massot, sobre realismo político, entre otros. La cuestión cultural ha sido un tópico que Cruz del Sur prioriza en su trabajo de mediación entre los referentes intelectuales y su público. Allí se entrelaza el pasado reciente con “lo que se vive hoy, más allá de los presos, a nivel más cultural. Conectar cómo fue la guerra armada y cómo se llega a esta guerra cultural”. En ese fragmento, Laje y Márquez son referencias insoslayables:

> Me fui informando con ellos en el tema de la batalla cultural o el feminismo, como una expresión más. Yo siempre digo que Agustín y Nicolás son la puerta de entrada. En su libro [*La batalla cultural*] [...] profundiza todo este tema de qué es una batalla cultural. La gente muchas veces se queda en el videíto de YouTube, lo mismo pasa con los que entran por el lado de la economía con Milei. Está buenísimo, pero después formate, porque eso no es formarse. Eso es una puerta de entrada. No lo estoy desmereciendo en lo absoluto, quizás sin eso no pasa lo otro. La gente hoy llega a ellos porque le gusta verlo a Laje putear a las zurdas, está bien, qué sé yo, son formas. Y a veces se olvidan de todo lo que hizo especialmente Nicolás, que tiene diez libros publicados (Segundo Carafí, entrevista realizada junto con Analía Goldentul, 2020).

El papel de un espacio dogmático como Cruz del Sur en la difusión no está exento de contradicciones internas, propias del momento de fusionismo que atraviesan las derechas. Para un espacio ideológicamente conservador, haber organizado un evento con Milei, referente del libertarianismo, generó tensiones que pudieron ser, en parte, suturadas al calor de la masificación del fenómeno y la heterogeneización del público que promovió la figura del economista. “Tenerlo a Milei ahí era acercar un montón de público que se interesa solamente por la economía”, dice Segundo, asumiendo que la batalla cultural excede esa discusión puntual:

> Agustín dice: “¿Quiénes son los verdaderos libertarios? ¿Ustedes que luchan por la economía y todo eso? No”. Dice: “Son estos, y en la pantalla aparece ‘Con mis hijos no te metas’. Los padres que le dicen al Estado: ‘Hasta acá, con mis hijos no, hasta acá llegás’. Estos son los que están frenando el avance del Estado. No ustedes quejándose de los impuestos” (Segundo Carafí, entrevista realizada junto con Analía Goldentul, 2020).

La “batalla cultural” tiene como sede también a las librerías. Sean físicas o virtuales (modalidad que se consolidó durante la pandemia), cumplen un papel clave no solo para la venta de libros, sino asimismo como espacios de dinamización cultural. En las librerías Alfredo E. Mele o Le Palais du Livre circulaban textos cultos y académicos, muchos de tendencia fascista, y se tendían redes de afinidad librera. Asimismo, en espacios con tendencias más definidas en términos ideológicos, como la Librería Europa, la Santiago Apóstol, vinculada al nacionalismo reaccionario de la revista *Cabildo* (Grinchpun, 2020), así como en la histórica librería y editorial nacionalista Huemul, fundada en 1955, se gestaron sociabilidades derechistas entre libros en venta, cursos y conferencias (Blanco, 2010). En la actualidad, Unión organiza ferias de libros, está presente en todos los eventos liberal libertarios con su mesa de libros, así como en su local en San Isidro, que ofrece también el *merchandising* de la batalla cultural: las banderas, remeras, tazas, anotadores y prendedores con consignas libertarias nutren y fortalecen la identidad de simpatizantes y activistas.

Durante la pandemia, en otra apuesta por “distribuir ideas”, el director de Unión asesoró a librerías que se emplazaron como plataformas de venta de libros *online*. Libros Libertarios se presenta como la “librería liberal nº 1 del mundo”. Su cuenta de Instagram, de más de 36.000 seguidores, recomienda lecturas e impulsa un club de suscriptores. “Dejá que los expertos armen tu lectura”, anuncia, y ofrece envíos de *packs* de libros de temáticas y autores del universo liberal. En la red social se presentan posteos con memes, portadas y guías de lectura para leer a Von Mises o a Rothbard, a los

clásicos de la escuela austríaca que “no pueden faltarte”, hasta lecturas más “avanzadas” para profundizar en ciertos tópicos. Al día siguiente de su triunfo en las PASO, la cuenta posteó los libros recomendados por Milei en su trayectoria, en una sistematización del “canon doctrinal de sus propuestas”.[51]

Este emprendimiento comercial y programático, profundamente libertariano, se complementa y contrasta en términos doctrinarios con Chema, una librería física ubicada en el centro de Ñuñoa, en Santiago de Chile. Con el lema “Libros para la formación cultural del espíritu y la libertad”, esta librería “de derecha” y “facha”, palabras que su dueña y encargada dice que le han adosado adherentes y detractores, abrió sus puertas en 2021 y se ha constituido en centro de referencia. Los anaqueles están divididos según “Escuela austríaca”, “Escuela de Salamanca”, “Filosofía”, “Historia internacional” y “Nacional”, “Conservadurismo”, “Religión” y hasta los libros de la “Insurrección” (sobre lo que llaman el “estallido delincuencial” de 2019). En una coyuntura ciertamente propicia, se vinculó con la editorial Legado y el centro de pensamiento Somos Trascender y formó con ellos una sociedad que busca no solo vender libros, sino también publicarlos y difundirlos en la región mediante eventos, conferencias y cursos de formación. Su objetivo inicial se amplió para constituirse como centro de confluencia cultural de las derechas del país andino y de la región. Editaron *Neo entes. Tecnología y cambio antropológico en el siglo XXI,* del peruano Miklos Lukacs, y *El libro negro del ecologismo,* de los argentinos Horacio Giusto e Ignacio Volsser.

> Estamos ocupando un espacio que estaba inhabitado, vacante en temas de nacionalidad, conservadurismo. No creemos que sea propicio empezar a generar tantas divergencias con la derecha. Primero necesitamos una gran conversación, debemos unificarnos porque el enemigo está enfrente y es el marxismo. Hay sectores liberales y libertarios con los que tenemos coincidencias, pero con algunas cosas no. […] Necesitamos una gran conversación entre las distintas sensibilidades de la derecha, identificando bien que el rival, el enemigo está al frente. Eso es lo que nosotros tratamos de hacer acá (miembro de Somos Trascender, entrevista, 2023).

La construcción de lazos internacionales forma parte de lo que entienden como una batalla cultural no restringida a lo nacional: “Queremos multiplicar estas iniciativas en toda Latinoamérica y también con Europa. Entendemos muy bien lo que está pasando con el fenómeno Vox, en Italia abrazamos la derecha nacional conservadora”, comenta el director de Somos Trascender. Estos lazos se consolidan mediante las redes propias del mundo

editorial. La asistencia a las ferias internacionales, como la Feria del Libro de Buenos Aires, les permitió vincularse con Laje y Márquez y con los editores de Unión y Hojas del Sur, con quienes organizan presentaciones y giras de autores en conjunto. Los contactos cara a cara son fundamentales para establecer lazos de afinidad ideológica y explorar oportunidades comerciales y acuerdos de distribución, publicación y traducción.

Lejos de ser una actividad realizada “desde arriba”, esta dinámica de mediación presenta una sinergia entre lógicas comerciales e ideas políticas, a partir de prácticas artesanales de búsqueda de contactos y de recursos que editores, editoriales, activistas culturales, libreros y distribuidores utilizan para intervenir.

Apropiarse de la batalla cultural

Hacia el final de la presentación de *La batalla cultural* en la Feria del Libro, Agustín Laje puso en palabras lo que esperaba de sus seguidores, invitándolos a formarse por vía de la lectura, para profundizar y amplificar el activismo digital:

> Chicos, sean mejores que nuestros adversarios. Ser mejor no es solamente “tengo mejores intenciones, tengo mejores valores”. No, soy mejor porque estoy mejor formado, porque sé lo que pienso, conozco mis ideas, las aplico y gano en los contextos donde tengo que debatir. Entrénense para la batalla cultural porque va a ser muy larga y muy dura. No es diciendo “Me voy a formar viendo un videíto de TikTok, me voy a formar con un tuit de 140 caracteres o con un video de YouTube”. Comprométanse con una formación seria, comprométanse por la cultura; háganlo por amor propio […] y después por amor a una causa. Fórmense, lean, porque una nueva derecha necesita mentes claras, formadas, que salgan a dar la batalla cultural. […] Organicen su día, necesitamos soldados de batalla cultural formados. Hoy es muy fácil acceder a los libros. Esa es la invitación. Vamos a dar esta batalla cultural y vamos a salvar no solo a la Argentina, sino al continente. Gracias.

La teoría de la batalla cultural, plasmada en un dispositivo nutrido de libros y contenidos digitales, es leída y apropiada de maneras diversas. Los textos de Laje y sus pares se activan y difunden de manera diversa en un escenario cada vez más masivo y heterogéneo, que se distingue del espacio inicial de

sus seguidores más dogmáticos. Aun cuando hay tópicos más o menos estables, lo cierto es que algunos pueden emerger, desplazar a otros y perder fuerza según el contexto de producción de los contenidos, la coyuntura política y su receptividad.

La discusión sobre el pasado reciente y la cuestión de la ideología de género y los valores en torno a la dimensión moral de la familia en contraposición al feminismo son temas que tuvieron protagonismo en los primeros años. Los libros de Laje y Márquez sobre la temática dieron la discusión cuando estos ejes estaban en agenda: la centralidad del pasado reciente en las políticas de Estado institucionalizadas por los gobiernos kirchneristas, la masificación del feminismo con hitos como las movilizaciones masivas por el #NiUnaMenos desde 2015 y la discusión sobre el aborto desde 2018. La pandemia de 2020 y la consecuente desestructuración de la vida de amplios sectores de la población inauguraron otro momento, como muestran los otros trabajos de este volumen. La discusión sobre el modelo económico ante las recurrentes crisis cambiarias e inflacionarias, así como el debate sobre el lugar del Estado en torno a la regulación del movimiento y la actividad productiva, pusieron en escena al liberalismo y sus vertientes como modelo a difundir y militar. Como parte de una batalla cultural por la libertad y contra la "casta política" que se amplificó en los contenidos de Javier Milei y sus comunidades digitales, las ideas y productos de este dispositivo cultural encarnan en modos de ser y de estar en el mundo que trascienden a los seguidores más dogmáticos para llegar a franjas más masivas. Así, a los temas recurrentes de las derechas se suman tópicos más amplios y transversales, donde el combate del progresismo y las izquierdas permanece pero se combina con un programa de futuro, una nueva sociedad imaginada de tipo liberal libertaria.

Como contracara de las juventudes interpeladas por la institucionalización de las políticas de memoria del kirchnerismo, la discusión sobre el pasado reciente es uno de los temas que atravesó a los seguidores de los referentes derechistas, sobre todo en sus inicios. Esteban, santafesino de 32 años y recibidor de granos en un pueblo de su provincia, viajó a Buenos Aires para las presentaciones de Laje y Milei en la Feria del Libro. "No era de leer", hasta que durante la pandemia descubrió a "Javier" (Milei), a "Nicolás" (Márquez) y a "Agustín" (Laje) por las redes sociales, a través de sus videos. Ese descubrimiento lo encaminó hacia una constelación de lecturas. A través de Nicolás Márquez y de Victoria Villarruel (dirigente del Centro de Estudios Legales sobre el Terrorismo y sus Víctimas y diputada y compañera de fórmula como vicepresidenta de Javier Milei), se dio cuenta de que toda la historia del pasado reciente que había aprendido en el colegio estaba "mal enseñada" y que gracias a ellos entendió la "verdad", aunque no era un

tema que antes le interesara particularmente. Después de ese camino inicial, expandió sus lecturas políticas, económicas y filosóficas. Desde Ceferino Reato a Von Mises, pasando por Nicolás Márquez, se convirtió en un lector voraz que no subraya los libros ni con lápiz. El único hilo de tinta que tolera en sus libros es el de la firma de sus autores.

En cambio, Santino, el estudiante de Ciencia Política y catequista que sigue a Laje desde 2018, sí subraya, resalta, presta y deja que le devuelvan los libros anotados. Con ellos tiene un vínculo más instrumental. Como a Esteban, le interesan particularmente los libros sobre los años setenta. Además de los de Márquez, tiene en su biblioteca los títulos que publicó Victoria Villarruel, *Los llaman… "jóvenes idealistas"* (Celtyv, 2010) y *Los otros muertos,* coescrito con Carlos Manfroni (Sudamericana, 2014), y *Mentirás tus muertos*, de José D'Angelo (El Tatú, 2015). Su posicionamiento sobre la dictadura, formado a partir de su socialización con sus abuelos vinculados al mundo militar, su militancia activa en espacios cercanos y sus lecturas, lo llevaron a disputar la "bajada de línea" en el ámbito universitario.

> Estuve un año en el [Instituto Superior del Profesorado]
>
> Joaquín V. González y me fui por cuestiones ideológicas, era muy duro. Uno, cuando tiene opiniones tan formadas, los profesores te bajan línea. Me acuerdo puntualmente de un trabajo que había hecho sobre la dictadura que no me lo quisieron aprobar. Yo dije: "Bueno, desapruébenme, recursaré, pero esto es así". Yo tenía el respaldo empírico, no el relato (Santino, entrevista, 2019).
>
> En el colegio vimos el tema por encima, pero la cultura te lleva a pensar que los militares son lo peor y que un día se levantaron y empezaron a desaparecer gente y de repente te das cuenta de que hay otras versiones. […] Yo no estaba tan interiorizada, pero conociendo a los chicos [de Cruz del Sur] y profundizando en el tema, y también leyendo muchos libros de Nicolás Márquez, ahí sí empecé a tener una visión mucho más clara (Eleonora, entrevista realizada junto con Analía Goldentul, 2022).

Esto funciona también en la discusión sobre el aborto y la Educación Sexual Integral, temas que aparecen concatenados con el pasado reciente, en tanto la figura del adversario ante el cual reaccionar permanece, aunque con diferentes ropajes, según lo desarrollan Laje y Márquez en su libro.

> Lo de Laje me parece interesante porque es un debate que se da en

> el plano ideológico. El marxismo cultural lo que debate es eso, dar vuelta los valores que hasta hace un par de años eran indiscutibles: la familia, la vida y se terminó. Entonces, en ese ataque contra la sociedad occidental cristiana, el ámbito de lucha tiene que ser desde la política, pero tiene que ser también desde la academia. Por eso me interesa la docencia (Santino, entrevista, 2019).

> Hay libros que, aunque te cuesten, hay que leerlos igual porque son importantes para crear criterio propio y para poder defender sus propias ideas. Me pareció muy densa la parte de Agustín [de *El libro negro…*]. La parte de Nicolás me gustó. Lo leí intentando aprovechar al máximo. Es más, lo leí dos veces, una más superficial y la segunda, haciendo resúmenes, gráficos, para estudiarlos del mismo modo que estudio para una materia de la facultad (Eleonora, entrevista realizada junto con Analía Goldentul, 2022).

Santino habla de una “contrarreacción” para explicar cómo sectores que no salían a la calle tuvieron que hacerlo en defensa de la familia tradicional, para enarbolar una lucha que se amplió desde 2018 en oposición a la “ideología de género”. También Eleonora, primero cursante y luego integrante de Cruz del Sur, considera los libros como herramientas para el estudio y la formación. Los contenidos de los referentes fueron insumo para esta discusión, tanto para los grupos activistas (como el movimiento Con mis hijos no te metas) y las participaciones en comisión durante los debates por la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (Santamarina, 2020), como para los intercambios cotidianos. Los libros que leen les aportan autores y estadísticas, argumentos y datos: “Me ayuda a orientar mis debates, porque con las ideas podés discutir, pero con los datos, no” (Santino, entrevista, 2019).

Apelar a lo fáctico, a la “ciencia” como parte de la batalla cultural no excluye un fuerte componente emocional, la conexión con sensaciones que transmiten los libros, los contenidos y los autores y que permitieron tramitar cierto “despertar”, algo que estaba allí y que pudo verse materializado (Goldentul y Saferstein, 2021).

> En el colegio me habían hecho creer en una manera colectivista. Yo noto que quienes nos educaron en la escuela es toda gente que vivió épocas complicadas, donde la política se resolvía a los tiros… Me tocó tener profesores que eran montoneros o socialistas. […] Hoy en día no pienso así… En este último tiempo fui rompiendo ese paradigma. Y fueron reimportantes estos personajes que fueron virales. Si Laje no hubiera sido tan polémico, no sé si se hubiera

> hecho conocido. Hay gente que necesita alguien que ponga en palabras eso que piensa y que todavía no tiene las fuerzas suficientes para darse cuenta (Joaquín, entrevista realizada junto con Analía Goldentul, 2019).

Joaquín, joven músico que integra una banda de rock cristiano, conoció a Laje a través de su hermano, quien militaba en el espacio Frente Joven y protagonizó discusiones públicas en el debate sobre el aborto. Si bien valora la lectura y los libros como herramientas para la formación, este "deber ser" que hace propio en su experiencia práctica, consume con más interés el contenido audiovisual. Admira a Laje en el terreno "político" porque "lee muchísimo, cita constantemente a gente que no sabés quién es, ¡pero le creés! ¡Está tan seguro de lo que dice que le creés!". Y eso lo observa en los "virales" que consume, donde Laje debate con sus adversarios y, desde el punto de vista de sus seguidores, los derrota a partir de una retórica que muchos de sus seguidores buscan replicar.

> Hay muchos chicos que ya la tienen reclarísima y debaten con profesores y se pelean y tienen a todos los compañeros en contra. Pero porque tienen otra formación, gente que leyó a Marx, a Laje, que en su libro cita un montón de autores. Él los leyó y los debate, a Foucault, Laclau. Es reimportante ver las dos miradas, porque uno, si tiene muy clara una visión y se pone a debatir con otro, cada cosa que el otro dice es un mundo nuevo. Entonces, mientras debatís con otra persona, estás recalculando todo el tiempo. En cambio, cuando uno tiene las dos miradas, hay cosas que te dicen que vos ya tenés. Entonces, para debatir, es fundamental haber visto las dos visiones (Joaquín, entrevista realizada junto con Analía Goldentul, 2019).

> Al de Laje lo compré este verano, lo leí en dos semanas, me encantó. No sabía si verlo como un libro informativo o para admirar, o sea, había llevado un resaltador para marcarlo y tener lo que más me quede ahí, pero no pude, no pude, porque yo creo que después lo usaría como algo más informativo y argumentativo. Tiene muchísimos datos, tiene como 600 referencias y muchísimo estudio. Laje es un pibe de opiniones fuertes, pero me parece que quien directamente lo critica sin haber leído el libro o algo no tiene en cuenta que tiene un estudio de verdad atrás (Federico, entrevista, 2019).

El tono parsimonioso y la retórica elocuente de Agustín Laje –también

resaltada por sus editores– contrastan con el espíritu explosivo de Javier Milei, algo que les resulta muy atractivo a los seguidores que lo conocieron a partir de sus incursiones mediáticas durante el gobierno de Macri y, sobre todo, desde la pandemia, momento en que comenzó a barajar su carrera política.

> Yo un día estaba en mi casa en 2017 y mi mamá me empezó a hablar de Milei. Como en ese programa [*Intratables*] son todos impresentables, consideré que él era un impresentable más y no le di importancia a lo que decía. Llega la pandemia y veo que lo que dice Milei es tal cual. Empezamos a ser más conscientes, al tener más tiempo, de que existía una persona llamada Milei que decía muchas verdades en la tele. "Este tipo sabe", cita autores, libros. Entonces empecé a buscar. En ese momento leí a [Robert] Kiyosaki, a [Nassim] Taleb,[52] veía videos de Milei y me pasaba algo muy curioso. Leía los comentarios de sus videos y decían: "¿Es a mí solo o a ustedes también les pasa que son las tres de la mañana y no pueden dormir porque quieren seguir viendo a Milei?" (Martín, entrevista, 2023).

Martín, contador de 40 años, es oriundo de un barrio popular de Florencio Varela, adonde llegaron sus padres desde su Corrientes natal. Con trabajos de albañil, pintor de soplete y peón de taxi, ingresó a la Facultad de Ciencias Económicas en la Universidad Nacional de La Plata para estudiar Economía, pero por las dificultades de horarios y la necesidad de trabajar para ayudar a su familia, se inclinó por la carrera de Contador Público. Hizo un posgrado en finanzas y recientemente una diplomatura en criptomonedas, tema al que se quiere dedicar por cuenta propia cuando pueda dar el salto y salir de la "carrera de la rata", como describen los lectores de Kiyosaki su etapa como empleados en relación de dependencia (Fridman, 2019). Entre su trabajo actual, los ejercicios de calistenia y las clases de baile, pone en práctica su batalla cultural, que implica para él dar su testimonio a partir de su trayectoria de superación y sus lecturas de autores locales como Milei e internacionales como Taleb y Kiyosaki. Milita por la adopción de las criptomonedas, no "a la Cositorto", sino en función de los "valores de la economía y la política" que se clarifican "cuando te metés en el mundo liberal libertario". No lo hace desde una lectura estrictamente de teoría económica, sino también desde libros, pódcast y videos de referentes del emprendedurismo financiero que traducen su trayectoria personal como una épica pedagógica que pone al individuo libre por encima de todo.

De este modo, la interpelación de Milei a "despertar leones", el pedido de

Laje para que sus seguidores no se dejen “idiotizar” por el “sistema” y el llamado de Muñoz Iturrieta a “encender el cerebro” y pensar por sí mismo son elementos discursivos y prácticos que no apelan solamente a militantes políticos. La política coyuntural queda subordinada a una filosofía de vida que parece sintonizar con franjas masivas de simpatizantes culturales que acompañan, desde su lugar, con sus propias “batallas culturales” en un contexto cultural, económico, social y político que les da lugar. Si los seguidores iniciales se vieron interpelados de manera reactiva en una batalla cultural atravesada por la discusión sobre el pasado reciente y la conquista de derechos sexuales y reproductivos, la experiencia social vivida en los últimos años permitió una interpelación mucho más amplia que trascendió los círculos derechistas más dogmáticos. Una salida del nicho en la que la constelación de lecturas abre el juego a textos no estrictamente políticos, como ensayos, manifiestos y guías que instan a cultivar el espíritu emprendedor y la superación personal.

Así, las dinámicas de lectura, apropiación y discusión de libros y contenidos muestran el carácter performativo de la batalla cultural, ya que los usos que hacen los jóvenes de esos materiales, así como el vínculo que entablan con ellos, habilitan modos de pensar y actuar, desde la perspectiva de Antoine Hennion (2017). En sus ámbitos de estudio, de trabajo, de fe o de amistad, esos artefactos son insumos para formarse y discutir, demostrar, argumentar y gestionar sus vivencias. Materializan y dan forma a pensamientos y sensaciones que algunos ya tenían, pero no podían explicar. Esto aparece como un elemento compartido entre simpatizantes culturales heterogéneos, pero con afinidades y reconocimiento mutuo, observado en eventos culturales, presentaciones de libros y audiovisuales, conferencias o manifestaciones políticas donde interactúan referentes y simpatizantes y se definen valores comunes. Un espacio del que se sienten parte y protagonistas, junto con los referentes a los que admiran.

* * *

“Milei ya ganó”, dijo Alberto Benegas Lynch (h) al presentar *El fin de la inflación,* de Javier Milei, el difusor a gran escala de las “ideas de la libertad”. Lo decía tres meses antes de las elecciones primarias que confirmaron en términos electorales lo que el pensador liberal sostenía. La escena que protagonizan intelectuales, mediadores, difusores de artefactos culturales y simpatizantes de las narrativas conservadoras o liberal libertarias es un terreno cultural que se ha diagramado en los últimos años y que constituye una de las aristas posibles para pensar la coyuntura

sociopolítica de la Argentina actual. En cuanto movimiento cultural y político dinámico, el ecosistema de productos y productores se ha constituido en un entorno digital y material donde se visibilizan y promueven temas, valores e ideas, se activa políticamente, se discute, se milita y se vive. Una escena que se ha renovado y masificado de tal manera que trascendió los círculos derechistas más dogmáticos y sus tópicos recurrentes para conquistar el *mainstream* cultural y político, como se constató en las PASO 2023, al obtener el primer lugar; y en la primera vuelta, al lograr la segunda posición.

Los debates en torno a si los autores de derechas escriben *realmente* sus libros, si sus editores son *meros* comerciantes o si los jóvenes seguidores leen *efectivamente* pierden relevancia en una escena cultural cuyas narrativas son eficaces y marcan el ritmo de la conversación pública. En la batalla cultural que se ha enarbolado desde las derechas en torno a la construcción de un nuevo sentido común, los artefactos culturales que la vehiculizan ocupan un lugar relevante para sus autores, mediadores y simpatizantes porque permiten materializar, sistematizar y transmitir ideas y discursos sociales, tejer vínculos e identidades y construir sociabilidad política. Así, libros, productos y contenidos digitales funcionan como vector e insumo para la construcción y consolidación de culturas políticas.

Bibliografía

Aricó, J. (1988), *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Puntosur [Buenos Aires, Siglo XXI, 2005].

Blanco, M. J. (2010), "Algunas reflexiones sobre los ensayos históricos de la Izquierda Nacional en el mercado editorial de los sesenta", en V Jornadas de Historia Política, Mar del Plata.

Curcino, L. y Pereira, T. A. (2022), "Livros, política e populismo: a 'nova' direita brasileira e seus best sellers", en *Populismo(s) e suas linguagens. Textos selecionados*, Ribeirão, Húmus, pp. 197-222.

Fridman, D. (2019), *El sueño de vivir sin trabajar. Una sociología del emprendedurismo, la autoayuda financiera y el nuevo individuo del siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Goldentul, A. y Saferstein, E. (2021), "Los jóvenes lectores de la derecha argentina. Un acercamiento etnográfico a los seguidores de

Agustín Laje y Nicolás Márquez”, *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación*, vol. 112, nº 24, pp. 113-131.

Grinchpun, B. M. (2020), *Antimodernos. Julius Evola, sus lectores y las extremas derechas argentinas, 1983-2003*, tesis de doctorado en Historia, Universidad de Buenos Aires.

Hennion, A. (2017), “De una sociología de la mediación a una pragmática de las vinculaciones. Retrospectiva de un recorrido sociológico dentro del CSI”, *Cuestiones de Sociología*, nº 16: e032.

Kessler, G., Vommaro, G. y Paladino, M. (2022), “Antipopulistas reaccionarios en el espacio público digital”, *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, vol. 40, nº 120, pp. 651-692.

Laje, A. (2022), *La batalla cultural. Reflexiones críticas para una nueva derecha*, Buenos Aires, Hojas del Sur.

Pereyra, S. (2013), *Política y transparencia. La corrupción como problema público*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Saferstein, E. (2021), *¿Cómo se fabrica un best seller político? La trastienda de los éxitos editoriales y su capacidad de intervenir en la agenda pública*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Santamarina, S. (2020), *“Ideología de género” y activismo político del movimiento provida. El caso de Con mis hijos no te metas en Argentina (2017-2020)*, tesis de Maestría en Derechos Humanos y Democratización en América Latina y el Caribe, Universidad Nacional de San Martín.

Semán, P. (2006), “Historia, best-sellers y política”, en *Bajo continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, Buenos Aires, Gorla, pp. 77-110.

Semán, P., Merenson, S. y Lewgoy, B. (2007), “Intelectuales de masas y nación en Argentina y Brasil”, en Grimson, A. (comp.), *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*, Buenos Aires, Edhasa.

Stefanoni, P. (2021), *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Zicarelli, A. (2022), *Cómo derrotar al neoprogresismo*, Buenos Aires, Sudamericana.

---

[42] En mayo de 2018, Laje y Márquez ya se habían presentado en la Feria en una conferencia titulada “La revolución silenciosa. Diálogo sobre la ideología de género y la revolución cultural”. Fue la primera actividad pública del Centro de Estudios Cruz del Sur.

[43] Véase <www.youtube.com/watch?v=hfaX5nF1plg&t=22s>.

[44] El rechazo a la interrupción voluntaria del embarazo ha funcionado en la Argentina como un elemento articulador de las diferentes familias de las derechas en torno a la figura de Javier Milei. El debate sobre este tema fue dejado de lado por Rothbard al adoptar su deriva populista de derecha. Sobre esta tensión, véase el capítulo 1.

[45] Javier Milei suele presentarse como discípulo del pensador “más importante del liberalismo argentino, el maestro” Alberto Benegas Lynch (h). En la biografía que acompaña su libro, Álvaro Zicarelli se presenta como discípulo de Juan José Sebreli y Carlos Escudé y sus prologuistas son Axel Kaiser y Agustín Laje. Este, a su vez, remarca en sus libros que Nicolás Márquez es su “amigo y maestro”. En las solapas de sus libros aparecen recomendaciones de la comunidad de derechas internacional que lo consagra como su referente: el escritor estadounidense Ben Shapiro, Javier Milei, el político brasileño Eduardo Bolsonaro y el fundador de Vox Santiago Abascal. Como forma de legitimar un espacio político e ideológico, los referentes se elogian mutuamente, se recomiendan, se citan y utilizan sus textos en sus intervenciones.

[46] Este tópico, popularizado como propuesta electoral de Javier Milei, tiene libros que lo abordan como plataforma de referencia. Además del texto de Echarte Fernández, *La dolarización en América Latina* (2019), se encuentran *Dolarizar. Un camino hacia la estabilidad económica*, de Alfredo Romano (El Ateneo, 2021) y *Dolarización. Una solución para la Argentina*, de Nicolás Cachanosky y Emilio Ocampo (Claridad, 2022), quien forma parte del equipo económico de Milei. En estos libros, la dolarización aparece como solución de estabilidad ante las recurrentes crisis inflacionarias y macroeconómicas de la Argentina.

[47] Los libros revisionistas de derecha sobre los años setenta atravesaron un proceso de masificación similar. El caso de Juan B. Yofre es ilustrativo: el autor había financiado y publicado *Nadie fue* en la editorial de derechas Edivern, en 2006, y poco tiempo después fue contratado por el grupo Random House, donde lleva once títulos publicados. En relación con la literatura de Laje y Márquez, un exdirector editorial de Random House afirmaba que, pese a haber tenido la oportunidad de contratar sus libros, “no todo es publicable” (entrevista realizada con Analía Goldentul, 2019).

[48] Según datos de la editorial, el primero vendió 12.000 ejemplares y el segundo 8.000.

[49] Según su editor mexicano, *La batalla cultural* vendió alrededor de 80.000 ejemplares en México, mientras que *Generación idiota*, entre 30 y 35.000 hasta su tercer mes de publicación. Para el caso de la Argentina, la editorial no brindó datos de venta. Sin embargo, ambos libros ocuparon los primeros puestos de venta en las principales cadenas de librerías.

[50] Véase <www.harperenfoque.com/libros-de-sara-huff>.

[51] Véase <www.instagram.com/p/CwBOirOOlJC/?img_index=2>.

[52] Autores de los *best sellers* internacionales *Padre rico, padre pobre* y *El cisne negro*, respectivamente.

4. Juventudes mejoristas y el mileísmo de masas

Por qué el libertarismo las convoca y ellas responden

Pablo Semán, Nicolás Welschinger

Sitiados simbólicamente

Marzo de 2023. El grupo de amigos que nos recibió para conversar un sábado por la tarde en una casa del conurbano bonaerense estaba integrado por jóvenes de familias peronistas beneficiarias de las políticas del kirchnerismo en empleo, salario y posibilidades educativas para sus hijos. La conversación estuvo dominada por la angustia ante un presente doloroso y la incertidumbre por sus futuros personales. El sufrimiento no solo se debía a las circunstancias laborales y económicas sino, también, al hecho de que el malestar que denunciaban apuntaba al bando político al que pertenecen sus mayores, al que votaron en elecciones anteriores, al que creen deberle logros vitales, como la recuperación del trabajo de sus padres o las mejoras estructurales de sus barrios. Uno de los participantes, con lágrimas en los ojos, decía que, viniera quien viniera, eso no podía seguir. Muchas de las quejas sobre la situación estaban moldeadas por la crítica mileísta: su visión de los planes sociales, de las élites dirigentes como “clase política” y del propio estancamiento económico como producto del déficit del Estado aparecía en sus intervenciones como algo que, aun cuando hablaba por ellos y a través de ellos, no les resultaba aceptable, por lo que a poco de hablar se corregían o volvían a enmudecer.

Paralizados por la angustia del futuro, con una lengua que se les imponía pero rechazaban, nos daban el mejor indicador de lo que sucedería meses después: más que territorial o electoralmente, el peronismo estaba bloqueado en el universo simbólico. Cada vez que hablaban, sucedía que las

descripciones y prescripciones del peronismo histórico tanto como las de su avatar kirchnerista eran puestas en duda, entre paréntesis o bajo una consideración crítica, mientras su propensión inmediata pero autocensurada era enunciar la crítica del "estado del Estado". En cambio, ganaban naturalidad y fluidez cuando hablaban de sus deseos, proyectos, desafíos y obstáculos con categorías codificadas por la experiencia individual del mercado.

Vale un paréntesis breve sobre el modo en que estos jóvenes elegían presentarse, porque puede ayudarnos a entender cómo ven su posición social y cómo querrían ser vistos. La mayoría lucía un estilo similar: todos usaban remeras lisas, las mujeres, sin marca, los hombres, de marcas icónicas como Billabong; todos llevaban zapatillas marca Vans. Los hombres, tatuajes de escudos de fútbol; las mujeres, símbolos de series y/o películas, o fechas icónicas de sus vidas.

Ahora bien, si esta era la situación de los jóvenes cuya experiencia familiar y afectiva los aproximaba al kirchnerismo, ¿pueden imaginarse cómo se sentían quienes a esa altura de 2023 hacía mucho que habían tomado distancia e incluso sostenían posiciones antioficialistas? Veamos otra escena de nuestra investigación.

Una tarde de martes en una peluquería sin clientes en un barrio en las afueras de La Plata surgió la posibilidad de una entrevista grupal que se concretó de inmediato. Estaban Valentino, estudiante de tercer año de periodismo; Ramiro, repartidor de *delivery* con su nueva moto; Jorge, dueño junto con su novia Inés del emprendimiento de la peluquería y barbería; y Nacho, su hermano menor, entonces en el último año del secundario. Para todos, menos para Nacho, que primero prefiere escuchar las opiniones del resto, el problema es la falta de libertad, los impuestos y la inflación que conspiran contra los emprendimientos personales, y el Estado que debería "ser menor y de más calidad". "Menos es más", repite Jorge, que está convencido de que "hay demasiados derechos, tenemos derechos absurdos" (refiriéndose a los planes sociales). Situaciones como esta se repitieron a lo largo de todo el trabajo de campo que comenzamos a mediados de 2020 con jóvenes del AMBA: en cualquiera de las entrevistas individuales y grupales que realizamos aumentaba entre no militantes la probabilidad de identificarse "libertario".[53]

Bastó salir a la calle, liberarse de conjeturas y proyecciones, para apreciar la emergencia de una generación cuya experiencia común es haber atravesado el estancamiento económico y los malestares de la pandemia y estar, de diversas maneras, seducida por el discurso libertario. Esto impacta como una ruptura que invierte casi por completo la tendencia social y electoral de los jóvenes. Y si bien no puede asegurarse que en los años kirchneristas el apoyo juvenil activo se haya volcado exclusivamente en

favor de un conjunto de ideas y valores que colocaban en el centro el “rol del Estado como motor del desarrollo con inclusión social”, sí puede afirmarse que esos lemas no contradecían hasta irritar, como tal vez suceda actualmente, el sentido común juvenil que hoy se inclina hacia un antes inexistente discurso libertario.

La posibilidad de una derecha popular que nace de la crítica al carácter elitista de las derechas previas tiene en Milei un representante especialmente eficaz, con capacidad de comunicar ideas liberales muy complejas y de movilizar a militantes de aspiración y condición popular que buscan unir las experiencias de vida de los sectores populares con propuestas y diagnósticos del liberalismo más radical (tal como lo describe Melina Vázquez en el capítulo 2). Pero la escena inicial implica una cuestión que va más allá de las militancias populares de inspiración liberal: ¿cómo ha sido posible que los sujetos del mundo popular adhieran de forma masiva –como lo muestran los siete millones de votos obtenidos por LLA en las PASO– a la candidatura libertaria y a propuestas políticas que combinan dosis fuertes de liberalismo económico y autoritarismo político? ¿Cuál es la superficie de acogida del llamado de la “derecha popular”? Una de las respuestas posibles es empírica y proviene de la investigación que estamos realizando entre jóvenes desde el inicio de la pandemia.

Un pequeño rodeo, antes, para entender mejor. En un estudio ejemplar, Richard Hoggart describió la experiencia de la clase trabajadora británica y su ideología, distinguiéndola de la ideología declarada y codificada por las dirigencias laboristas. Allí, observando el modo de vida y los hábitos cotidianos de las clases trabajadoras, podía reconstruirse un modelo regulador, una ideología práctica. Para Hoggart, la ideología se volvía evidente en ese sustrato mucho más que en los libros, las declaraciones, los manifiestos y panfletos a los que se adhiere desde esos modelos prácticos. Entre la experiencia y las identificaciones políticas no hay una relación mecánica y unívoca: no todos los trabajadores son laboristas, y ni siquiera el voto laborista implica una adhesión al programa de los dirigentes. En nuestro caso, se trata de evidenciar una conexión posible entre lo que surge del modo de vida de trabajadores jóvenes y sus posiciones políticas electorales. ¿De qué manera el modo de vida de los emprendedores, categoría al mismo tiempo moral y económica, es sensible a los llamados de un candidato como Javier Milei?

Este capítulo propone una respuesta bajo la premisa de que, si asistimos a una adhesión ideológica o electoral, se debe a un anudamiento exitoso entre la convocatoria política y la estructura de acogida –definida por las experiencias vitales– de esa convocatoria. Partimos de la premisa de que a la ideología se adhiere desde la experiencia. Solo cuando la experiencia lo aconseja y lo dispone, las doctrinas se vuelven influyentes. Hasta que eso no

sucede, son puro blablá.

El mercado vivido y el liberalismo de masas

Juan tiene 21 años. A los 18, luego de terminar la secundaria en su ciudad natal del interior rural de la provincia de Buenos Aires, se mudó a la Capital con el sueño de trabajar de programador. Juan se define a sí mismo como un *dreamer*, un soñador. Al principio vivió en una pensión y empezó a trabajar en un *call center*. Con el tiempo, fue conociendo gente y logró entrar a trabajar en un área del Gobierno de la Ciudad, relacionada con el control y actualización de las páginas oficiales. Contando con este ingreso, al llegar la cuarentena tomó la decisión de "invertir en mí y buscar los mejores *bootcamps* de programación" para formarse. Luego de buscar y evaluar la mejor opción entre la oferta de las "academias *online*", eligió cursar la carrera de Lenguajes de Programación en Platzi. Esto le dio una base de conocimientos generales que le permitió que, cuando meses después le pidieron que diseñara una nueva extensión para la web del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, asegurara que podía hacerlo, aunque, en realidad, para lograrlo tenía que aprender a programar en Python. Para resolver el pedido y aprovechar la oportunidad, Juan se desafió a hacerlo en un mes, optimizando sus tiempos productivos.

En su plan de aprendizaje, se autoimpuso levantarse a las seis y media de la mañana (sostuvo el horario del secundario), aprendió y empleó técnicas de estudio y de relajación para sostener el exigente ritmo y la cantidad de horas de trabajo. "Pomodoro, pomodoro", repite Juan cuando nos explica la técnica de estudio que consiste en combinar veinticinco minutos de extrema concentración con cinco de relajación, que utilizaba para ir al baño o hacer su tarea de inglés y en los que buscaba cambiar de postura corporal para soportar más horas sentado trabajando en el teclado.

Por consejo de sus jefes y compañeros de trabajo, que ven en una carrera universitaria una pérdida de tiempo, Juan eligió no cursar más allá del CBC en la UBA. Sus compañeros, todos mayores que él, son ingenieros a los que "la carrera les costó ocho años de inversión" y hoy realizan el mismo trabajo que potencialmente en un mes podría hacer Juan con tan solo 21 años. Así, tomó el consejo de orientarse a aprender por la práctica y se dio un método:

> No es que hice un estudio, porque no hice un estudio, intenté entender cuánto debería dormir, qué debería comer y cómo debería repartirme las horas estudiando. Lo que hice fue dormir

> seis horas, que es lo mínimo recomendable, comí mucho, mucha comida integral por el tema de los carbohidratos complejos, y estoy estudiando con la técnica de pomodoro. Pomodoro es una técnica de estudio para lograr trabajar más y mejor. Por ejemplo, treinta minutos de concentración y cinco de descanso; entonces, más o menos se te alivia la vida en esos cinco minutos en que camino hasta la cocina, cargo la botella de agua, voy al balcón a mirar y vuelvo, voy al baño, hago la tarea de inglés, y cada cuatro pomodoros me tomo quince minutos. Por ejemplo, ahí lo que se hace difícil es soltar la pantalla al 100%: ni celular, ni computadora, ni televisión, ¡ninguna pantalla!
> Estar 100% concentrado en el trabajo hace todo más eficiente. Y creo que leer autoayuda me sirvió para entender que dispersar la cabeza también es necesario para trabajar mejor. O sea, si alguien hace esto de dispersar la cabeza leyendo antes de dormir o cocinando, haciendo otra cosa que no tenga una pantalla, tiene que pensar que no perdió tiempo sino que pudo *hacer esta inversión en vos* para trabajar mejor, más horas.

Además de soñador, Juan se concibe como un héroe del mercado: para alcanzar sus metas, considera que debe maximizar sus fuerzas en un ambiente laboral que, al igual que muchos de nuestros interlocutores, no duda en calificar de competitivo. Para esto, despliega una estrategia de autooptimización del yo basada en adquirir y sostener una serie de hábitos y prácticas que responden a la concepción de sí mismo como unidad productiva: él es el producto de su propia empresa. Así, considera que logró liberar sus fuerzas interiores al asumir el punto de vista del emprendedor: la vida es un mercado en el que triunfan quienes dominan la productividad y la competencia.

Presenta el aprendizaje de la programación como una "inversión de riesgo en mí mismo", que le brinda la oportunidad de "capitalizarme", desplegar un ejercicio de cálculo constante sobre la propia rutina al punto de ajustar los minutos de descanso dentro de un esquema productivo: "pomodoro, pomodoro". Como se ve, la utilización de un lenguaje económico/monetario con el que los jóvenes describen su propia experiencia vital en casi todos sus niveles implica adoptar categorías y concepciones económicas que, en el caso de nuestros entrevistados, provienen del léxico neoliberal y del *marketing* empresarial que ganaron terreno en TikTok e Instagram, aunque están presentes desde antes en una literatura masiva que para esta generación representa un mundo de clásicos. Esos recursos llevan a concebirse a sí mismo como unidad productiva siempre perfectible. En el caso de Juan, esta perspectiva se apuntala, al menos en parte, en una arista

de su relación con la cultura masiva.

Desde nuestro punto de vista, estas lecturas, como una serie de prácticas reflexivas sobre uno mismo que no necesariamente excluyen las terapias pero abarcan también actividades lúdicas, espirituales o emocionales con foco en la tramitación del malestar psíquico y la mejora personal, no deben analizarse con un sesgo condenatorio o despectivo. Hay perspectivas que suponen la superioridad del psicoanálisis (que una minoría cultural, social y etaria, en general compuesta por profesionales universitarios urbanos, ha elegido como recurso terapéutico para superar o elaborar las pruebas de la vida) y desprecian, por superficial o ideológico, un género que alberga una complejidad de efectos negados por el mismo consenso de las ciencias sociales que hoy se ve desbordado por su normatividad ético-política.[54]

Cabe sí consignar usos específicos de la literatura de autoayuda como el que reportamos en el caso que venimos comentando, ya que aquí la motivación es un bien buscado específicamente para una situación, y algunas ramas de esa literatura ofrecen algo que ni la escuela, ni los padres, ni los amigos, ni la educación terciaria o los empleadores pueden transmitir.

> Leo mucho de autoayuda. Sé que está mal decir que me mantiene motivado, pero me mantiene motivado. Porque el tema de la disciplina es superimportante, estudiar un mes Python es disciplina; la tengo, pero también la clave es estar motivadísimo, o sea, hay que lograr que sientas que se te alinean los astros, porque hay veces que no tenés ganas. Mirá si te vas a levantar a las 6 am y no vas a decir: “Todavía es de noche, ¿qué mierda estoy haciendo?”. Entonces ahí trabajás la motivación. La historia que estoy leyendo ahora, no sé si la conocés, *El monje que vendió su Ferrari*.[55] Es algo muy bueno, que prácticamente te disfraza “buenos hábitos” en una historia. Por ejemplo, yo te puedo poner toda la teoría de que no tenés que andar a las trompadas con un hincha del otro equipo, pero en la cancha no te lo acordás… Acá el trabajo es aplicarlo, acordarte de la historia, motivarte, y no solo la disciplina.

Esas lecturas valorizan el tiempo como lo hace el mercado y facilitan que los lectores adopten prácticas para organizarse en sintonía con las exigencias actuales de ese mercado en cuanto a constancia, concentración, disponibilidad. Es que la antigua delimitación entre tiempo de trabajo y de ocio pierde sentido frente a una concepción de que el uso del tiempo de no trabajo, de relajación, de dispersión, libre de pantallas, está programado y justificado –libre de culpas o reclamos– solo como insumo de técnicas y procesos para alcanzar resultados más eficientes en la autoproducción del yo

como unidad económica hipereficiente. Las lecturas de libros de autoayuda apuntalan un uso específico e instrumental: lograr motivación contra las recurrentes frustraciones producidas por las exigencias que se autoimpone el emprendedor en la búsqueda del éxito (incluso cuando este ya no consiste en "ser tu propio jefe", sino en conseguir ser más empleable, más competitivo en el mercado laboral).

> Yo creo que la fórmula es disciplina y mucha motivación. Es como dice este libro de autoayuda que estoy leyendo: "La vida es conocimiento más habilidad, multiplicado por la actitud". ¡Yo creo mucho en eso! Esto es algo que se usa bastante en la autoayuda cuando querés superarte a vos mismo: si yo te digo que lo voy a hacer, lo voy a terminar haciendo por un tema de promesa, [...] si yo te prometo aprender Java en un mes y lo hago, [...] es porque me lo prometí a mí mismo. Lo hacés para demostrarte a vos mismo que podés. Por ejemplo, vos estás haciendo una dieta, ves una hamburguesa y le querés entrar, pero más allá de que vas a subir de peso, vas a estar mal, etc., dijiste que no lo ibas a hacer y si te mentís a vos mismo, estás quebrado.

La significación social de estas prácticas es clave. No porque nos encontremos por primera vez en la historia con los bienes culturales masivos como mediadores de una transición en el espacio social y en el comportamiento, sino por su significado específico. Nos encontramos con el desarrollo de una "optimización del yo" que implica varias dimensiones de la vida personal, no solo el rendimiento laboral sino también físico, estético y emocional. Hay una exigencia y un valor que se cristalizan en la categoría del emprendedor como figura no solo económica sino centralmente moral: es quien busca y alcanza la superación personal en términos de la autocreación y autoimposición permanentes para mejorar la adquisición de nuevos conocimientos y habilidades, con el fin de ganar más y/o ser más empleable.

Las investigaciones de Nehring y Röcke (2023) muestran que este proceso llega al extremo de calcular cómo todas las características del propio cuerpo, las interacciones con los demás, los consumos y los intercambios en la vida cotidiana pueden optimizarse utilizando una amplia gama de técnicas vehiculizadas por la lectura de libros o pódcast de autoayuda, tutoriales e *influencers* de estética y bienestar personal, o aplicaciones y dispositivos de autoseguimiento y retroalimentación crítica.

La introyección de los estímulos de la situación actual, en que se comprometen una versión del mercado y sus legitimaciones, da lugar, en un caso como el que describimos, a un temperamento: el de los combatientes

que están dispuestos a hacer todos los sacrificios y pruebas que la economía exige o, al menos, a reconocer que ese credo es el que puede acercarlos al éxito. Desde este punto de vista, gana valor moral un modo de vida que, aunque no apunte a la guerra, implica las habilidades del miembro de un comando: disciplina, fuerza física y moral, inteligencia, habilidad estratégica. Independientemente de que creamos o no en la mística del emprendedor, no puede dejar de subrayarse que tiene atractivo. Desde una perspectiva que valoriza a los sujetos por su capacidad de sobreponerse a la intemperie, "la vieja vida" de los contratos de largo plazo y las protecciones laborales parece una renuncia moral, una opción de los vencidos de antemano, un nivel de mérito menor que el que en el horizonte surge como el resultado de esta capacidad de esfuerzo romantizada por muchos jóvenes. Es que, como ellos mismos sospechan, no hay cuerpo que resista mucho tiempo una experiencia de este tipo y es por eso que uno de los faros que guían su navegación es la utopía de hacerse de un capital o una posición antes de que sea demasiado tarde. Si cada uno es una empresa y un capital, se trata de hacer una acumulación crítica que en el mediano plazo garantice una especie de valorización y reproducción automática cuando las fuerzas ya no sean tantas. Todo esto que se organiza contra el espanto del fracaso, el desempleo y la miseria configura un modo de vida que convierte en un ser moralmente superior a quien puede practicarlo de forma victoriosa. Y es desde esa posición que se desestima, por ejemplo, el empleo estatal, más allá de que represente déficit fiscal, por el hecho de que está basado en una pretensión de estabilidad mediocre, sin el mérito del esfuerzo ni la proyección de progreso, y al resguardo de la competencia permanente del mercado.

En este marco, se experimenta como algo liberador la actitud emprendedora que permite al individuo despertar sus propias fuerzas en pos de la superación constante. Esto es algo que capta con agudeza el análisis de McGee (2005) sobre lo que llama "la cultura de superación personal estadounidense", cuando describe el mandato sociocultural hacia el emprendimiento de la siguiente manera:

> Todo individuo tiene algo de emprendedor y la característica central y distintiva de la economía de mercado es que libera y estimula el "espíritu empresarial" humano. La dimensión pura de la iniciativa empresarial –el estado de alerta ante las oportunidades comerciales– es una relación de uno mismo con uno mismo. Todos somos emprendedores, o mejor dicho, todos aprendemos a serlo; nos formamos exclusivamente a través del juego del mercado para gobernarnos como empresarios. Esto también significa que, si el mercado es considerado como un espacio libre para los

> empresarios, todas las relaciones humanas pueden verse afectadas por la dimensión empresarial, que es constitutiva de lo humano (McGee, 2005: 111).

Empoderamiento, autonomía personal, optimización del yo y emprendedurismo son vías para alcanzar la superación moral a través del esfuerzo personal. Podemos ver este temperamento en la experiencia de una joven trabajadora de una plataforma de reparto y el mundo social que nos muestra. Belén es una de las mujeres que paran con su moto en la plazoleta de la diagonal 74, en la ciudad de La Plata, a la espera de que entren las notificaciones en la aplicación PedidosYa. Antes de la pandemia ella ya combinaba su ingreso como cuidadora en un asilo de personas mayores con el pago por hora en la cocina de un restaurante del centro, así que cuando llegó la cuarentena y el restaurante cerró, decidió instalarse las aplicaciones de varias de las empresas de reparto y buscar la más conveniente. Luego de "googlear un poco y ver qué onda el reparto para las mujeres", rápidamente entendió que la diferencia de ingresos y de seguridad estaba entre realizar el reparto en bicicleta o en moto. Con algo de sus ahorros más un préstamo de sus padres, Belén, que tiene un hijo en edad escolar y está separada de su exmarido, consiguió comprar una moto usada en buen estado para hacer *delivery*.

Siempre durante la mañana y la tarde, nunca de noche por seguridad, Belén fue aprendiendo cómo aumentar las horas que podía dedicarle al reparto sin descuidar su principal trabajo ni el cuidado de su hijo. Para ella, la "posibilidad de acomodar horarios" que le dan el reparto, la moto y la *app* le permite disponer de flexibilidad para "entrar y salir" de la casa, organizar sus tiempos y "cuidar al nene" cuando lo necesite.

> A mí me sirve mucho –nos explica– la flexibilidad horaria, porque yo tengo el tema de estar con el nene. Por juzgado, algunos días está conmigo, otros días, con el papá, entonces a la hora de buscar un trabajo más, de sumar un complemento, con un horario que tenés que cumplir, a mí se me complicaría mucho. Tendría que buscar transporte privado para llevarlo a la escuela, buscar una niñera que se quede cuando mis viejos no pueden, sería mucha plata que no tengo.

Así, además de la flexibilidad de horarios y la posibilidad de complementar ingresos, el reparto tiene otros aspectos que valora: Belén ve, de inmediato, cómo rinde su esfuerzo, ese plus de energía y de horas que decide sumarle al día y que dependen solo de su voluntad.

> No importa –nos explica sin esconder su tono de resignación– que la *app* me castigue por no tomar todos los pedidos o que me baje los puntos del *ranking* o después me manden los pedidos más lejos, me cuido de que no me desconecte, claro, pero en la moto no estoy encerrada, ni estoy meta cuidar a los otros [se refiere a los abuelos con los que trabaja y a su hijo]. Vos sabés que siempre me llamó mucho la atención que los trabajos que te ofrecen cuando salís a tirar CV siendo mina son para atención al cliente, *call center*, limpieza, moza, siempre para atender al otro. De la moto me gusta que primero esté yo y lo que yo necesito para ganarme la vida. Ahora, en el *ranking* que te pone la *app* de PedidosYa, estoy en el 3, que es el único en que medianamente se puede trabajar tranquila. Si llueve y te vas a tu casa, te podés ir y no pasa nada. En el 1 ganás más, pero si llueve y te vas a tu casa, te matan, te bloquean. El 3 es el que paga bien y no te explota. Si te querés tomar el día, podés.

Belén es consciente de que corre muchos riesgos, que van desde caer en el *ranking* y perder posibilidades de ganar más dinero, hasta sufrir un accidente con la moto sin tener un seguro que la cubra. En el registro de los datos de su cuenta figura “bici”, ya que, cuando comenzó, el dinero solo le alcanzaba para comprar una moto usada y no contaba con los papeles necesarios para completar el registro del perfil que le solicitaba la *app*. “Si abrís mi cuenta en la *app* dice ‘bici’ –nos explica con cierto orgullo–, pero acá podés andar en lo que vos quieras; después, si hay un accidente es mi problema, pero si hago más guita también es tema mío, y yo confío en que me manejo bien”. Para Belén, los riesgos tienen su contrapeso en la posibilidad de hacer rendir su esfuerzo en un ambiente laboral que no duda en definir como “competitivo”.

> Acá hay tantos repartidores compitiendo por los pedidos que claro que un día podés irte triste, sin hacer la plata que calculaste, pero fijate que si vas a laburar quizás a una cocina, como hacía yo, por hora, a las chapas, con el dueño ahí, exigiéndote, encerrados, cagándote de calor, y capaz que te dan una miseria. Entonces, por eso hay tantos repartidores compitiendo. Para mí tiene muchos riesgos, [pero] no son más altos que los de trabajar en una cocina, porque prefiero que me roben la moto a que me quede la mano en una sobadora, pero tengo la ventaja de alguna manera de ser yo y la aplicación, nada más. Si el domingo, que suelen dar un bono, quiero salir: ¡salgo! Son como mis horas extras, pero las manejo yo. Depende de mí en definitiva, porque yo nunca cobré una ayuda del

Estado, en mi vida, ni es lo que quiero para mí.

Para poder cobrar a través de PedidosYa, Belén se tuvo que registrar como monotributista, pero decidió no activar la obra social "porque te piden más plata" y, en sus cálculos, si paga todos los meses y "en un año no te pasa nada, no lo amortizaste: ¡mejor ahorrarse esa plata! Si el día de mañana me pasa algo –asegura con convicción–, tengo la plata para salir de lo que te pase, y todavía te queda plata a favor".

Por estos motivos, cuando en abril de 2023 vio en el grupo de WhatsApp que comparte con conocidos y amigos del reparto, que estaban convocando a protestar contra la votación del proyecto de Ley de Regulación de los Trabajadores de Plataformas Digitales de Servicios, se subió a la moto y sin dudarlo se les unió frente a la sede de la Legislatura bonaerense en el centro de La Plata.

> Se quieren manejar ellos –nos explicaba con indignación en referencia a "los políticos"– sin tomar en cuenta nuestras necesidades, el esfuerzo de los que trabajamos todos los días en esto, ¿entendés? No tienen en cuenta nuestra libertad de decidir cuándo y cómo trabajamos para ganarnos la vida. ¿Por qué me van a decir a mí cómo tengo que generar mis ingresos? Si yo con esto cuido a mis nenes y hago otro ingreso, ¿por qué me tienen que decir que ahora no puedo? A mí la moto me ayuda, me deja sumar algo más. No puede ser que por una ley [se refiere al proyecto de ley que el oficialismo provincial impulsó para establecer un registro oficial de quiénes trabajan y para qué empresas lo hacen, de modo de poder regularizar las condiciones laborales que ofrecen las empresas detrás de estas aplicaciones] ahora terminemos pagando impuestos como si yo tuviera una pyme, ¿entendés? Con todos los problemas que hay, esto es una discriminación a nosotros porque andamos en la calle ganándonos la vida sin pedirle permiso o pagarle peaje a nadie.

Ante esta situación, su conclusión adquiere valor de programa político: "No me jodan con derechos que te empobrecen. ¿Por qué nos tienen que regularizar a nosotros y no a los manteros, a los que están cobrando sin trabajar en el Estado, a los que laburan de cortar la calle?". La idea "derechos que empobrecen" referida a la posibilidad de que con el registro y la regularización de la situación laboral su ingreso se viera reducido (cuando el proyecto de ley buscaba el efecto contrario: mejorar las condiciones laborales y salariales de los trabajadores de las aplicaciones) pone en evidencia hasta qué punto Belén acepta ser ella misma quien "le

encuentre la vuelta" a un mercado desregulado en una sociedad en la que políticos, sindicalistas e ideologías a favor de mecanismos extramercantiles aparecen fuertemente deslegitimados.

Así, la configuración del mundo laboral en que se forja su experiencia como emprendedora contrasta con el escenario sobre el que se erigen y operan análisis políticos que presuponen condiciones laborales y derechos de un Estado benefactor hace tiempo extinto. La posición de Belén asume en su positividad una nueva situación desregulada del trabajo, a la vez que reivindica, autoafirma y se empodera en las posibilidades de su fuerza para hacerle frente con éxito. Su postura sobre "los derechos que empobrecen" nace de esta coyuntura y se ajusta a una economía informal que crece al grito de liberar de las regulaciones estatales y sindicales las oportunidades laborales para "la gente de bien que quiere trabajar". Está convencida de que "los políticos" ignoran que ellos no quieren para su vida la humillación de recibir dinero estatal o la "ayuda" de un plan o beneficio social.

Mejorismo: el valor moral y político de afrontar la intemperie

Contra lo que es dominante en una sociología que evalúa el mercado laboral alineada con los parámetros de una configuración social que correspondía al imperio posible del Estado de bienestar, los relatos de Belén o de Juan encarnan una versión de la sociedad cada vez más extendida, más legítima y más capaz de condicionar el ejercicio de la política. "Emprendimiento", "planeros", "parásitos", "exitosos", "fracasados", "ñoquis": estas y otras palabras son cada vez más corrientes en la imagen que se hace de la vida social una parte de los argentinos y, muy crecientemente, los jóvenes. En esa figura podrían identificarse tres pisos: el inframundo de los miserables, a veces inocentes víctimas del subdesarrollo, a veces habituados a la mala vida de los subsidios; la cúpula compuesta por élites corruptas en la que se distinguen gremialistas y empresarios parásitos y, sobre todo, políticos; y un ancho y variado mundo intermedio, oprimido por las dos clases explotadoras a su manera, que alberga profesionales y una categoría como la de "emprendedores", que abarca desde repartidores hasta empresarios innovadores y con supuesta capacidad de riesgo. Pudimos observar que una imagen como esta también emerge con fuerza en el imaginario de las clases medias sobre la estructura social: para ellas, el mundo se divide en tres partes, entre el submundo de la miseria, el de los que trabajan para estar bien y el de los beneficiados de cuna, de manera tal que la clase media ocupa un papel socioeconómico que rinde homenaje a su pretendida

superioridad moral. Una interpretación como esta se ha extendido a lo largo de los años, acompañando el actual predominio de la reacción contra los grandes partidos de Estado: el populismo, el socialismo, el peronismo y otras formas de nominar a los responsables de lo que se considera un fracaso histórico. Algo de esta imagen puede encontrarse en la autopercepción de la mayoría de los argentinos como clase media (Visacovsky y Garguin, 2009), que ya no es una situación económica sino una moralidad que hermana a sectores muy diversos contra dos categorías de sujetos dañinos. Se trata menos de discutir esa sociología que de comprenderla y de hacerlo en relación con una experiencia clave que, como la de la economía, es configuradora de sensibilidades que dan lugar a prácticas e ideales, a la jerarquía de sujetos y grupos que acabamos de describir y, también, a una idea de sociedad.[56]

Desde esta perspectiva, "la sociedad es un robo" del rendimiento del esfuerzo personal, de la que el individuo debe protegerse. En la misma dirección, los derechos no se reconocen ni se ejercen por efecto de su universalización, ni nacen de una necesidad, sino como acreencia que corresponde a un mérito: "Un derecho se merece". Bajo el diagnóstico de que el problema de la sociedad argentina es que "tenemos demasiados derechos, tenemos derechos absurdos", se justifica haber cobrado el IFE solo si usaste ese dinero para sostener una actividad productiva, un emprendimiento; se justifica tener acceso a la salud pública "si en tu vida te cuidás y no si estás con las drogas o te reventás en la fiesta"; se justifica recibir una *netbook* en la escuela solo "si no la usan para jugar". El derecho no es una noción igualitaria abstracta, ni desconectada de una trama de reciprocidades: un derecho se debe merecer, porque hay un esfuerzo previo que lo sustenta, hay un aguante que lo legitima, un deber moral de superar el sufrimiento de la intemperie, de autoafirmación como condición dignificante de la persona y del derecho. Es en este sentido que, en el contexto de las interpretaciones vigentes de la necesidad material y las formas de satisfacerla, los sujetos como Juan y Belén se jerarquizan, se reconocen laboral y moralmente como emprendedores y como los llamamos nosotros: mejoristas.

Para ellos, la idea de que el progreso es fruto del esfuerzo individual está en la base de una variada gama de relaciones con el Estado y la política: nadie –ni libertarios, ni peronistas, ni cambiemitas– admite querer regalos sino posibilidades o, apenas, que los dejen hacer. A diferencia del progresismo del siglo XIX o el progresismo de izquierda de las últimas décadas, los mejoristas no tienen una fe inquebrantable en el progreso entendido como una fuerza de la envergadura de las mareas. Creen en un progreso personal, tal vez módico, a partir del propio empeño en el mercado. Así, cuando no hay más incentivos que los que uno se puede dar a

sí mismo, o cuando estos escasean o, peor, el panorama es incierto, confuso o exigente, las ideas de empoderamiento personal, superación y autooptimización del yo son vitales y decisivas. Pero los mejoristas tampoco se perciben como átomos: su vida transcurre entre el esfuerzo, las estrategias para potenciarlo y los apoyos y obligaciones familiares en muy diversas configuraciones (la pareja, los padres y hermanos, la familia ya constituida y los hijos por venir o por cuidar). Por ello es que cuestionar desde afuera de esa experiencia el "egoísmo" implícito de los mejoristas sería universalizar la presentación romántica e ideológica de la oposición individualismo/comunidad, que se apoya en una visión de la comunidad como una formación armónica y voluntaria y en la reducción del individualismo a su versión posesiva y beligerante.

El impulso mejorista se encuentra con los llamados y dispositivos de la política y opera como un filtro específico para responder a ellos. El voto no se relaciona unívocamente con el mejorismo. Como vimos al inicio, los mejoristas pueden ser kirchneristas, pero el impulso que los guía configura una plataforma que introduce nuevas agendas y narraciones en la política. Si los mejoristas votan mayormente por candidatos como Milei o Bullrich, es en gran parte porque esos referentes sostienen esa visión y esa agenda mejor que otros y la legitiman aunque no la hayan originado. Como disposición de vastos sectores sociales, el mejorismo podría ser concebido como un modelo ideológico consciente pero no explícito, que al mismo tiempo resiste y dialectiza los llamados de las ideologías que convocan "desde arriba", sean estas reaccionarias, liberales o progresistas.

La reacción contemporánea: ¿por qué el libertarismo convoca y el mejorismo responde?

Hasta acá tenemos una sensibilidad que no habilita un único comportamiento político. En parte, porque ningún comportamiento político deriva mecánicamente de una posición en la estructura o en la dinámica social y tampoco de la relación con una visión amplia del mundo (las posiciones son ambiguas y móviles, en tanto que las visiones de mundo tienen matices, acentuaciones e interpretaciones posibles). También porque las identificaciones políticas son más importantes para quien se pregunta por ellas que para quien las asume, que no necesariamente ve en la política un componente vital decisivo y que, por ende, puede variar sin compromiso y sin costo. Sin embargo, no puede dejar de sospecharse que hay algo más que una concomitancia en la emergencia de cambios en el mundo del

trabajo (en tareas, formas de contrato y remuneración) y el predominio de cosmovisiones y fuerzas políticas promercado. Cabe destacar que, mientras las ciencias sociales, desde una mirada centrada en parámetros que corresponden a experiencias sociales y políticas situadas pero indebidamente universalizadas, se limitaron a ver la parte negativa de las nuevas situaciones laborales o incluso a condenar el fenómeno (subrayando la precarización y los riesgos) y mientras, en Twitter, se percibía la nueva camada de votantes de Milei como una "manga de nerds y virgos resentidos", observadoras sociales agudas como Mayra Arenas o Victoria de Masi vieron que sujetos populares comenzaron a adherir a las propuestas de Milei como trabajadores orgullosos de su condición y actividad, que la prédica libertaria conectaba con una voluntad de mejora desplegada a través de esas actividades, y a advertirnos de la activación –también entre las mujeres– de la militancia popular libertaria en las villas.

En los últimos tiempos se ha instalado una pregunta: ¿por qué la derecha puede interpelar en términos tan radicales con más éxito que otras fuerzas políticas o con un éxito que no tenía hasta hace poco tiempo? Digamos que un éxito de esta naturaleza no se explica, como suele creerse, por la potencia, la originalidad, el carácter disruptivo del mensaje o las características extraordinarias del emisor. Si alguien puede ser convocado como emprendedor o héroe del mercado, es en parte porque ha sido constituido como tal, porque puede narrarse a sí mismo de esa forma, al menos parcialmente. Lo que ha venido aconteciendo con jóvenes como Juan y Belén es que sus experiencias, arraigadas en ciertas condiciones sociales, han constituido una sensibilidad con la que un conjunto de discursos políticos conecta mejor. Ese discurso liberal dice lo que muchos sentían y pensaban, pero no hallaba emisor. Y alcanza mayor contundencia, en especial el de Milei, cuando les permite construir esa experiencia, darle sentido inmediato a su práctica, hacer público algo que era mudo y privado hasta no ser convocado y aceptado por el llamado, incluido el político. En síntesis: las convocatorias liberales son exitosas porque sintonizan con las formas en que los sujetos se narran a sí mismos o, como decía Paul Willis, "hacen puente" con su experiencia, incluso con algo que les pasa pero no ha sido puesto en palabras o, al menos, no en público, y que se hace evidente para ellos por primera vez.

En contraste, la capacidad para convocar a sujetos así constituidos como sobrevivientes de la pandemia, héroes del mercado, emprendedores de sí, leones a la intemperie, se estrecha para discursos progresistas que pretenden que los receptores sean sensibles a disyuntivas que, o son poco prácticas o se vuelven directamente irritantes, como "la derecha *versus* los derechos". Así, la sensibilidad política de los interlocutores que describimos más arriba está compuesta por diversas capas que resultan del encuentro entre sus

experiencias y las formas de discurso político cuyo núcleo se articula en torno a valencias positivas del individualismo (como la autonomía personal) y reactivas ante formas opresivas implicadas en las jerarquías de la vida cotidiana. Aspectos que en la prédica de Milei toman la forma de la convocatoria al "despertar de los leones" y a ejercer la rebeldía contra el sistema de "la casta".

Esta prédica obtiene resultados en cuanto la experiencia de los jóvenes sedimenta en una serie de cuestionamientos que, más difusos o más específicos, comprenden la crítica a la política, al Estado y a la economía. Mientras algunas de esas capas surgen de un clima general de malestar, las más definidas adoptan un tono más crítico como resultado de un llamado desde la política y en respuesta, polémica, diálogo o incluso mímesis invertida contra lo que desde el punto de vista de esa sensibilidad se señala como la izquierda, el comunismo, el populismo y otras versiones de adversario y/o enemigo. En un texto reciente, Tomás Borovinsky (2023) expone la especificidad de la situación de la Argentina en el conjunto de las radicalizaciones que se viven a nivel global y en Occidente. En nuestro país, vemos menos una rebelión contra los avances de la agenda identitaria (aunque en parte también se la cuestione) que el hecho de que atravesamos cuarenta años de democracia en los que los momentos de crecimiento han sido extraños y los últimos diez años han sido de estanflación.

La crítica a la política

Hay un tono básico de hartazgo y decepción con los políticos contemporáneos. En la Argentina, los malos resultados de las dos grandes coaliciones que, programáticamente enfrentadas, polarizaron el escenario político luego de 2001 hasta la irrupción primero de la pandemia y luego de Milei, son la razón invocada por muchos de nuestros interlocutores para informar algo que excede la rabia ante la crisis. La memoria de una década económicamente cruel atravesada por los fracasos sucesivos del peronismo y de Macri está en la base de una distancia que no es, sin embargo, tan solo un "que se vayan todos".

La rabia convive con la decepción, el descrédito y la percepción de que no se puede esperar nada de la política. Este complejo de vivencias negativas debe mucho a la interpelación específica de las fuerzas políticas y en especial de Milei. La consigna de la crisis de 2001 –que revive como un "que se vayan estos" y que se extrae como conclusión de la incapacidad del gobierno que asumió en 2019 para atacar cuestiones como la inflación o la

seguridad– se condensa en la difundida afirmación de que “peor que esto no podemos estar”. En los grupos focales que realizamos con jóvenes, salvo entre quienes tienen una identificación fuerte con el peronismo, esas apreciaciones críticas surgieron todo el tiempo. Si a la propaganda antiperonista le encuentran sentido es, antes que por su insistencia y su potencia, porque su propia experiencia era de frustración por tener que trabajar cada vez más horas y encontrar dificultades para abastecerse cotidianamente, independizarse de sus padres o llevar adelante una carrera universitaria, o porque las políticas de seguridad son insuficientes. Si en buena medida esto es una consecuencia de la prédica de los intelectuales antiperonistas de masas, que durante más de una década atribuyeron la decadencia a los “setenta años de peronismo”, también es el resultado de la evaluación personal de estos jóvenes.

Al mismo tiempo, la percepción de los políticos como una comunidad aislada de la realidad e injustamente privilegiada acompaña las apreciaciones de los decepcionados, los distantes o incluso de quienes son activos en relación con ideales que podríamos definir precariamente como de derecha o de izquierda. Aunque para ellos Milei o, en menor medida, Bullrich sean políticos distintos, y en este sentido el rechazo al comportamiento elitista no deje de tener matices, nada de esto alcanza para ignorar el hecho de que la mayor parte de la política es, por su propia experiencia de empobrecimiento durante la democracia y la epopeya del “Estado presente”, despreciable o irrelevante.

A este cuadro es preciso agregarle un tono que cambia la composición. Permítasenos un rodeo acerca de los efectos de la pandemia en el lazo con los partidos políticos y el Estado. La pandemia ha catalizado tendencias previas, pero además, desde un presente económicamente doloroso, ha disparado un balance retroactivo que modifica la mirada que teníamos cuando el peligro sanitario era palpable: el mismo gobierno que conduce mal la economía seguramente condujo mal la política sanitaria y, vistas las cosas desde esa lente temporal, la gestión de la pandemia no solo fue mala, sino también perjudicial para la economía. Muchos que apoyaron las diversas medidas de cuidado, hoy se arrepienten de haberlo hecho o, al menos, adhieren a las visiones más críticas (“nos encerraron”). Las opiniones “negacionistas” que relativizaban la letalidad del virus o impugnaban la voluntad de luchar contra lo inevitable a costa de otros bienes importantes crecieron en la pospandemia desde un presente oprobioso que se pone en diálogo con una de las “postales” más persistentes, la de “la fiesta de Olivos”. Para quienes se inscriben en esa dialéctica, esta no solo muestra que la política de cuidados era hipócrita, inconsecuente y discriminatoria (“era para los giles”), sino que certifica que los políticos viven una vida de vicios de la que todos podían sospechar, pero de la que no

había imágenes. Confirmar la perversión de los que debieron haber sido ejemplares en el cuidado y contradijeron su propia palabra dañó algo más que la imagen del presidente Alberto Fernández: horadó la confianza en el Estado en general. Cualquier suspicacia sobre los dobleces del poder político se justifica un poco más luego de ese hecho, que casi toda vez que se lo busca aparece como fundamento de una memoria crítica. Por esta vía, la erosión de la imagen de la política es parte de una erosión de la relación con el Estado.

Pero hay un recorrido inverso y complementario que también fue iluminado por la pandemia: durante su transcurso, las promesas acerca del Estado salvador, con independencia de las virtudes y concreciones de la política pública, se vieron contrastadas por la evidencia de que muchos tuvieron que intentar salvarse solos. La pandemia puso al Estado en un lugar imposible, en el que todo lo que hiciera iba a estar mal, porque el virus, la vacuna, la dolencia misma eran discutibles y porque los medios para discutirlo estaban a mano de todo el mundo. En ese contexto se agudizó la crisis de confianza en el Estado, que afectó a los partidos políticos y potenció las posiciones liberales en un grado que no había alcanzado, por ejemplo, la crítica macrista al kirchnerismo en 2015.

La crítica al Estado

Agreguemos un pigmento más. El repartidor de PedidosYa que pedalea por calles de tierra o acelera su moto en zonas oscuras, el estudiante que deja su carrera universitaria para aprender Python impulsado por el sueño del nomadismo digital, o la joven que emprende por Mercado Libre vendiendo desde ropa hasta artesanías, comparten algo en su proceso de politización: sus experiencias con lo público (lo que muchos en los grupos focales llaman "los tres pilares: educación, salud y seguridad") los adhieren a la crítica social del estado del Estado. Esta crítica juvenil cobra una modulación singular: se concentra en lo que se percibe como una "mímica estatal", que no significa oponerse de manera abstracta a la idea de Estado como actor en la vida social, sino señalar las inconsistencias de su intervención en lo cotidiano.

Cuando en los grupos focales conversábamos sobre las principales injusticias del país, las opiniones destacaban tres aspectos claves: el trabajo en negro y la crisis económica, la falta de seguridad en los barrios, la discriminación y la violencia de género. Una y otra vez señalaban lo que el Estado "debería" hacer en cada una de estas áreas y, a continuación,

constataban su ausencia o su presencia aparente, impostada e impotente.

Rocío, estudiante de psicología de 23 años, participó de uno de los grupos que realizamos en la zona sur del AMBA. Para ella y sus amigos, la principal injusticia es "el tema del trabajo en negro". Con una mezcla de ironía e indignación, nos narraba las situaciones de "negreo" a las que su generación se ve sometida. "El Estado presente no estaba, estaba ausente", repetía. Con esta figura, la del "Estado presente", Rocío aludía a la discursividad de los anuncios y publicidades oficiales. Su crítica a la ausencia de control de las agencias estatales sobre las condiciones y modalidades de contratación tenía un doble basamento en su experiencia: por un lado, las empresas la tomaban como "pasante" con mayor facilidad dada su condición de estudiante; por otro, le exigían cumplir ocho o más horas de trabajo, lo que le hacía imposible continuar cursando la carrera.

> Trabajaba en una distribuidora, donde éramos más de cien empleados y había cuatro personas en blanco. Y no había control de la AFIP ni nada. No había Estado presente en ese tema. ¡Ausente! Y, por ejemplo, a mí y a una compañera nos pasaba que, al ser estudiantes, o sea, te llaman, te dicen que como sos estudiante son prácticas, o te formaban, supuestamente, como pasante. Y era de 8 de la mañana a 6 de la tarde, o sea, no te dejaban una franja horaria para cursar, o para poder hacer cualquier otra cosa que no sea estar todo el día en la oficina.

La crítica parte de verificar en su experiencia laboral y estudiantil las consecuencias de la mímica de un Estado presente. Pero también encontramos que la fuente de esta crítica puede provenir de lecturas retrospectivas –habilitadas en gran medida por el modo en que se procesó el tiempo disponible en la pandemia como tiempo de introspección– sobre las trayectorias personales.

"La educación pública está bien, pero si el edificio de la escuela se cae a pedazos o te cagás de frío, es una mierda", afirma Damián, también de 23 años, que dejó de trabajar como repartidor cuando comenzó la pandemia por temor a los contagios y, aprovechando el tiempo que pasaba en su casa, comenzó a estudiar en Henry, una de las academias *online* que promueven la inclusión de jóvenes de sectores populares al mundo de la programación. Damián no cuestiona de forma principista la educación pública, pero entiende que el estado actual de la educación y las escuelas está indisolublemente ligado a un estado de la política. El edificio de su colegio secundario le sirve de ejemplo. Nos cuenta que "está hecho mierda" y que sus profesores le aseguraban que hace treinta años, cuando algunos de ellos estudiaron allí, estaba igual. La cooperadora escolar y el centro de

estudiantes en el que él participaba intentaron pintarlo. Tardaron meses en organizarse y recaudar el dinero, y cuando quisieron comprar la pintura y los materiales, la inflación había hecho su efecto. Un concejal que tenía contactos con la cooperadora les prometió una ayuda que nunca llegó. El día que egresó, antes de irse, Damián observó el estado del colegio detenido en el tiempo y sintió en el cuerpo la impotencia de que "nadie haga nada" efectivo para evitar la decadencia:

> Claramente hay muchas cosas que yo aprecio un montón de este país, como la educación y la salud públicas, que es superimportante y las valoro un montón. Pero son como vacas viejas. El hecho es que acá el Estado te dice: "Tomá, acá te doy educación", y después es una mierda, un edificio hecho mierda, unos profesores todos los días de paro.

La idea de bien público no está puesta en cuestión. No al menos en abstracto. Pero la crítica al "estado del Estado", que en los grupos focales se extiende al estado de la salud pública, el transporte, y con énfasis en la seguridad, está indisolublemente ligada a ese sentimiento de impotencia que pasa por el cuerpo. La lectura de la situación actual en clave decadentista, contrapuesta a las potencialidades del país, tiene un correlato en el juicio del estado calamitoso del Estado.

La crítica a la economía

La percepción del cambio radical en las condiciones económicas entre 2013 y 2023 está muy elaborada entre las nuevas juventudes: conciencia de las condiciones de existencia degradadas y de la pérdida a la hora de evaluar recompensas relativas de sus esfuerzos. En un juicio comparativo con la experiencia de sus hermanos, primos y amigos mayores, explican el sentido específicamente generacional de su malestar: observan que los que son seis u ocho años más grandes han disfrutado en el tránsito a la adultez de condiciones económicas menos frustrantes y exigentes, tanto para acceder a un trabajo estable como a una vivienda. Algo que hoy ellos consideran inalcanzable si continúa el rumbo económico e inflacionario actual. De la constatación de este hecho –que nombran como "el estigma de la generación"– también nace una percepción de la injusticia de "la cultura del trabajo" como cultura de la explotación, "del negreo" en la informalidad laboral y, a su vez, una lucha ante los otros por lograr la valorización del

esfuerzo personal, que compone una oposición entre los emprendedores y aquellos que "viven del Estado", al cobijo de un salario.

Es en este marco que se extiende el reconocimiento del trabajo entendido como emprendimiento para consolidar un ingreso, sin ser un empleo ni recibir un salario. Lejos de ser una opción laboral en el vacío, el emprendedurismo se recorta en un arco que comprende "el negreo de la cultura del trabajo" y el salario en blanco y, en el otro extremo, las valencias positivas del trabajo no asalariado, cada vez más reivindicadas: libertad, autonomía, flexibilidad en los horarios, el hecho de no tener que lidiar con el maltrato de jefes, compañeros o clientes en la atención, la autogestión de los esfuerzos y el ingreso de dinero en efectivo. Así, la mayoría de nuestros interlocutores intenta componer sus ingresos totales suplementando con ingresos parciales provenientes de sus propios emprendimientos. De este modo, tal como aparecía en los grupos focales, si no había participantes que se reivindicaran a sí mismos como emprendedores, con la necesidad de ingresos a partir de la pandemia aparecieron sin excepción proyectos personales nombrados como "emprendimientos": quienes tenían por *hobby* el dibujo o la costura comenzaron a ofrecer en las redes sociales sus productos, quienes tenían un conocimiento básico de computación como *gamers* pasaron a emprender en la programación, quienes se tatuaban entre amigos pasaron del ocio al emprendimiento.

Los que salieron solos de la pandemia ven en las restricciones estatales un obstáculo o una ayuda inservible que no alcanza, y entienden que lo principal es automotivarse y mejorarse por el propio esfuerzo (como vimos en el caso de Juan, optimizarse como unidad productiva). Por ello, como ya mencionamos, el emprendedurismo es económicamente diverso y moralmente homogéneo al reivindicar la superioridad moral de aquellos que sobreviven en el mercado sin depender de un salario público o de ingresos, subvenciones o transferencias de algún modo provistas por el Estado. Algunos jóvenes tienen incluso una mirada crítica de los contratos de trabajo tradicionales, a los que entienden como extraordinarios y privilegiados. Habría que explorar cuán extendida y articulada es esta crítica a quienes viven bajo el amparo de un salario regular y regulado.

"La gente de bien", que las figuras políticas del libertarismo evocan en su prédica como aquellos ciudadanos que "se ganan el pan con el sudor de su frente", se recorta sobre una alteridad a la que se confronta como "la mala gente": aquellos que cobran un sueldo del Estado. El despliegue de una visión del mundo centrada en la economía, la concepción de uno mismo y los otros como unidades productivas, es el punto rector del discurso impulsado por las figuras libertarias. El ataque a las bases del paradigma social del peronismo –que en el caso de Milei se centra en denunciar la

justicia social como un robo y en impugnar que donde hay una necesidad nace un derecho, porque, desde su concepción, un derecho se merece y se paga– se sostiene en la demanda de reconocimiento y valorización del esfuerzo personal. Liberar las energías del trabajo de las regulaciones y trabas del Estado y emprender con las propias fuerzas para forjar el destino personal retroalimenta la relación entre las juventudes mejoristas y la convocatoria libertaria.

A su vez, en la crítica a la economía se despliega –además de una crítica a las condiciones del trabajo asalariado– la inviabilidad de vivir con una inflación que mensualmente se consolida por arriba de los dos dígitos y anualmente supera los tres. En torno a este punto se entrelazan cuestiones que en otros momentos podrían no corresponderse: el nacionalismo, el rechazo a la moneda nacional, la popularización de referencias a teorías monetarias neoclásicas.

La fusión de nacionalismo y liberalismo a ultranza puede parecer extraña, pero es uno de los senderos que recorren los votantes de Milei, especialmente las últimas camadas en las que se combina un origen que ya no es el de los deciles más altos de la sociedad con un viraje hacia posturas de la derecha antiglobalista. Cuando los motivos económicos de la adhesión a Milei se adoptan en los niveles más bajos de la estructura social, ya trabajados por una sensibilidad organizada por el mercado, se produce algo que hace unos años hubiera sido difícil de concebir. En la medida en que la idea de que la única salida es Ezeiza –fogoneada por y para un público que tiene la ilusión y la posibilidad de irse y tener éxito– aparece mellada por la circulación global de la novedad de que el proyecto migratorio no es tan fácil ni tan promisorio, reverdecen las posibilidades antiglobalistas, preconizadas por los sectores más radicalizados y/o afinados con las vertientes de la derecha extrema del nacionalismo. Ellas se vuelven un motivo de identificación para jóvenes que no necesariamente son parte de la burbuja virtual de la *alt-right*, aunque esta haya habilitado esas posiciones. Lo que en la canción de una banda musical llamada Una Bandita Indie, de La Plata, aparece como un manifiesto programático plebeyo y masculinista de mercado, en el que se reivindica "el país" contra chetos multiculturalistas, también puede observarse en fragmentos de la vida cotidiana de jóvenes trabajadores.

Agustín y Florencia tienen 26 y 24 años y no quieren irse del país. Hace cuatro años que están en pareja, viven en Escobar y sueñan con la posibilidad de comprar un terreno, construir su casa, tener hijos y compartir una vida en familia. Con énfasis similares, los dos insisten en que "hay que apostar por el país, hay que mejorar el país para no irse". Por esta razón, sostienen una polémica casi cotidiana con familiares y amigos. "Siempre, desde siempre –nos dice Agustín–, hablamos con mis amigos, si irse o no del

país. Algunos chetos piensan en irse, pero antes podrían quedarse unos años así ayudan al país".

Agustín y Florencia están suscriptos a canales políticos en YouTube, eligen no leer los diarios porque "bajan línea", pero miran los noticieros de la noche, compran algunos libros de políticos como el de Espert y el de Cristina Fernández de Kirchner. A ellos y a sus familias les interesa la política y tanto en las discusiones con su círculo más cercano como en sus charlas de pareja la evaluación de la situación suele aparecer como argumento a favor o en contra de la "opción Ezeiza". Así, si bien ambos están convencidos de que durante la pandemia las restricciones sanitarias fueron muy negativas, de que la inflación y la inseguridad en la calle están desbocadas, y de que la imposibilidad de saber "cuánto necesitás ganar en un mes para vivir bien o poder ahorrar para un futuro familiar" son una invitación a "irse del país", aceptar esa invitación no es su alternativa. Resistir, aguantar, perseverar contra esa invitación a alejarse de sus familias, de sus amigos, de sus vínculos, de su barrio, tiene un valor moral tan fuerte como el de saber afrontar la intemperie y bancársela. A la hora de discutir con sus amigos sobre el futuro, Agustín, que ya seguía en las redes a figuras libertarias desde antes de la pandemia, cree que Milei es "una esperanza" y comparte con Florencia su emoción por verlo en las polémicas mediáticas defender el país como un patriota: "No soy un indignado, soy un esperanzado", dice con orgullo. El optimismo y la referencia a un futuro prometedor les provoca bronca contra todos aquellos que impiden ese desarrollo: somos un gran país, la Argentina tiene un futuro arrasador, un *bull market* por venir, pero tarda en llegar como efecto de las malas decisiones políticas, de los obstáculos y las restricciones, de la falta de osadía/rebeldía que también habita entre los que se resignan a irse. Ese optimismo que encarnan a contracorriente referentes libertarios en los paneles televisivos plantea algo que supera la autoflagelación y exposición de sentimientos de inferioridad nacional: la necesidad de esperanza de quienes no se van a ir, no quieren irse, saben que no es fácil irse.

Entre el arraigo y, tal vez, el conocimiento más o menos difuso de que el mundo "está difícil" para los que migran, el nacional liberalismo es una alternativa natural que no necesita de la coincidencia consciente con la *alt-right* europea. Desde ese punto de vista, aquellos que deciden irse haciendo de esa postura una distinción esconden una resignación que para Agustín los acerca más a los responsables de la inercia decadentista. Una alteridad difusa que abarca desde los chetos hasta los que viven de privilegios sin esforzarse… también ellos son la casta. El nacionalismo de Agustín y Florencia compone una versión del nacionalismo libertario en el que la dolarización, antes que la renuncia a la soberanía nacional, es una vía de salida para volver a darle previsibilidad y futuro al país. Su argumento es

que en la economía actual “ya dependemos del dólar”, dado que los valores de los bienes, desde el alimento hasta las viviendas, y progresivamente otros bienes y servicios como los alquileres o la tecnología, se rigen por las variaciones del dólar. A la crítica a la mímica estatal le sucede la crítica a la mímica del peso: la convicción de que “ya estamos dolarizados de hecho –como nos explica Agustín–, pero tenemos todas las desventajas del peso atado a la suba del dólar y ninguno de los beneficios de una moneda fuerte”. Así, están convencidos de que la solución libertaria de la dolarización no acarrearía una pérdida de soberanía, sino una conexión con el mundo en el que “el tema de la inflación ya está hace tiempo solucionado”.

> Y para mí es más por patriota que hay que dolarizar, es por el bienestar del país, de la economía, que ponemos como prioridad una moneda cuando la Argentina se vuelve impredecible. Para mí pasa por otro lado la patria. No por el peso. El punto está en que no puede ser que tenga que pasar veinte años de mi vida para poder comprar un terreno, diez años más, quince para hacer la casa ¡y se me fue la vida!

La extendida crítica a la inflación y la dolarización como salida al laberinto de la estanflación forman parte de una demanda juvenil de previsibilidad y futuro. “La vida sucede un poco hacia adelante –agrega Florencia para reforzar la postura de su pareja– y esta generación perdió mística, porque hoy del futuro lo único que sabés es que mañana todo va a estar más caro”. Así, junto con la crítica a la mímica de estatalidad, se sitúa y conforma la crítica al peso argentino como moneda fallida. “Un peso zombi”, graficaba Agustín. Para estos jóvenes, así como el Estado dice estar presente pero se revela impotente en aspectos claves de la vida en común, algo semejante sucedería con la moneda nacional.

La categoría “derecha” en el electorado de Milei

No puede decirse, de ninguna manera, que todos los jóvenes que apoyan o votan a Milei asumen como propia una agenda excluyente y autoritaria. Pero algunos sí lo hacen y no se trata solo de los que conforman algo así como su camada embrionaria de adherentes, oriundos de las redes y el diálogo directo con los dogmas de la derecha alternativa. Entre los votantes masivos de Milei se registra el impacto de una prédica que reconfiguró los horizontes de la política, la masificación relativa de los elementos

identitarios de la derecha tal como esta se define a sí misma en el proceso político local. Ahora bien, cabe subrayar que, aun cuando los dirigentes libertarios tengan claro qué quieren y adónde quieren llevar las cosas, la sociología de la adhesión electoral que hemos ensayado hasta aquí no es igual al destino de su capitalización política en un proyecto excluyente.

Es que todo el acontecer que hemos descrito coloca a muchos jóvenes en posiciones contrarias al oficialismo y los hace tomar como propias las posiciones de ideólogos vinculados a los sectores más concentrados del capital (Stefanoni, 2021). Si en ese punto es difícil discernir el giro a la derecha en términos de una naturalización de las jerarquías o de un amor a la desigualdad, es porque las sensibilidades en formación también asumen el cariz de una demanda democrática contra unas élites inconducentes o contra el desconocimiento de los merecimientos de las personas que se esfuerzan, en contraste con aquellas que "viven de arriba" gracias a asignaciones vistas como caprichosas o injustificadas, sean planeros o políticos. El hecho de que representantes de esas mismas élites gubernamentales argumenten en su defensa que los males económicos y sociales son el resultado de la "acción de la derecha" o que "hay que evitar el triunfo de la derecha" genera una identificación reactiva: "Si esto que estamos sufriendo es lo contrario de la derecha, ¿por qué no ser de derecha?". Este es el contexto en que surte un efecto específico la propuesta de identificación política de dirigentes como Milei o Bullrich, que enseñan a optar por la derecha doctrinaria canalizando la reacción contra lo que se reivindica explícita o implícitamente de izquierda. Este es, entonces, el punto en que la voluntad de la derecha de hacerse popular coincide con las derivas de las experiencias dolorosas de juventudes de orígenes sociales y ocupaciones laborales muy diversas.

Es ese, también, el marco en que otros descontentos hallan la posibilidad de sentirse reconocidos. Lo que en las camadas originarias de militantes de la derecha fue y es una reacción frontal pertinaz contra el feminismo y contra las militancias identitarias, es un complemento secundario en jóvenes varones que viven los cuestionamientos antipatriarcales como el resto de los varones de su grupo social: de forma contradictoria, silenciosamente críticos, pero sabiendo de las sanciones que les caben. Y esto ocurre, sobre todo, porque en sus mismas redes de sociabilidad las mujeres de distintas orientaciones políticas y extracciones sociales recuperan, por fuera de cualquier manual y marco teórico, un repertorio plural y complejo de reacciones contra las ofensas de género.

Hasta aquí, nuestro argumento fue que las afinidades juveniles con la *performance* de la derecha libertaria se fundan centralmente en experiencias que se vienen generalizando desde hace una década con el estancamiento económico y el fracaso de gestión de las dos grandes coaliciones políticas

nacidas luego de 2001: su radio de crecimiento actual, muy superior al piso construido por las redes sociales o por las inconsecuencias del gobierno que asumió en 2019, recoge tanto el efecto de una prédica dogmática y el crecimiento de los cuadros que le podrán dar estructura al movimiento, como las consecuencias de un proceso social que ya antes había permitido el triunfo de Macri y ahora viene a consolidar y ampliar el polo de la "derecha radical".

Este es el contexto en que las posiciones de líderes y seguidores de la radicalización –una parte del caudal de Milei, no toda– se definen de forma predominantemente reactiva: responden a la agenda de proposiciones del progresismo y, en esa operación, la posibilidad reactiva se halla a sí misma más acompañada de lo que cualquiera, incluso sus líderes, podían pensar. No solo fue Milei, también Patricia Bullrich y el propio Macri jugaron en el fleje y hasta por fuera de él en cuestiones que fueron más allá de la pandemia, los cuidados, los aislamientos y las vacunas: la posición frente al atentado contra Cristina Kirchner o las elecciones en Brasil en 2022, las alianzas internacionales, la afirmación de una voluntad de cambio beligerante ("dinamitar todo") y la denuncia de "los tibios" muestran que el juego de correr los límites de lo posible se hizo efectivo en tomas de posición que rompían compromisos vigentes y alimentaban la dinámica de constitución política de la actual sensibilidad radical.

Este dinamismo produjo una consecuencia más importante aún. Amplificó resentimientos previos con las posturas progresistas: si la idea de "gobierno de científicos" venía a completar la expectativa de relegitimar las visiones progresistas, su fracaso alimentó una crítica que ya no solo se dirigía a ese ideario, sino a la actitud con que se han sostenido esas ideas. Lo que sucedió en la pandemia intensificó, condensó y relanzó con sentido local una de las críticas clásicas de las derechas alternativas al consenso progresista: el lugar de enunciación de supuesta superioridad cognitiva y moral. No fue solo a partir de la pandemia ni de las controversias que abrió que esta tesitura se hizo presente. Pero a raíz de ella adquirió una potencia que permitía desafiar con éxito variable distintos lugares comunes del progresismo gobernante y de todas las variantes de la izquierda.

Lo que desde el punto de vista de la izquierda se presenta como el "descaro" con que la derecha asumió posiciones radicales puede también leerse como el éxito con que los radicalizados desplazan a la derecha tradicional que, en sus muestras de subordinación a determinados consensos, es caracterizada por los extremistas como "tibia". La velocidad histórica con que algunas posiciones radicales conquistan centralidad se relaciona con una especificidad local: la sobrestimación de algunos consensos políticos y económicos y, sobre todo, la dinámica erosiva que le impone la inflación a la política, que vuelve fluido lo que se creía sólido,

como los electorados, las preferencias centristas, los candidatos del *establishment* y todo lo que llevaba a especular, por caso, con que Horacio Rodríguez Larreta era naturalmente presidenciable. La contracara de esto es que las posiciones radicales hayan sido sostenidas por las máximas figuras de los partidos de centroderecha y que, como sucede ahora, estas hayan sido desbordadas por la radicalización asumida sin ambigüedades por Milei.

* * *

En una primera instancia de nuestra investigación (Semán y Welschinger, 2022) verificamos la emergencia de un temperamento crítico con la política y el "estado del Estado", que nacía de las experiencias concretas durante el amplio período de vigencia de la cuarentena y las políticas de cuidado frente a la pandemia. Y aunque estas no se traducían de modo unívoco en una posición política y electoral, dejaban suponer elementos de desconfianza y crítica de lo establecido, así como aperturas a cuestionamientos radicales. Transcurrido el tiempo, el proceso electoral y la profundización de la crisis inflacionaria, nos encontramos con que esa posibilidad se confirmó en un vínculo de adhesión masiva a la candidatura de la fuerza encabezada por Javier Milei, que en las PASO evidenció su carácter policlasista y transversal.

En una subjetividad formada en la experiencia del mercado, emerge la triple crítica a la política, el Estado y la economía, que fue al mismo tiempo solicitada y en cierta medida inculcada por la prédica pública de las figuras de JxC y, sobre todo, de LLA, hasta lograr anudar su discurso a esas experiencias.

Esa capacidad de interpelación tiene condiciones específicas en la *performance* del líder de LLA. Milei conecta con su público, sobre todo con su público juvenil, de modo consciente y más allá también. Su bronca, su rugido, su agresividad, su descripción de la casta, su desprecio por las instituciones que le dan sentido social a la democracia y su panoplia de explicaciones económicas que sintonizan con la experiencia y la intuición inmediata, permiten adjudicar al candidato libertario, como explica Martín Plot (2023), el carácter de poeta vigoroso, es decir, de intérprete privilegiado del malestar social. De modo reflexivo –consciente– su discurso ha logrado forjar anudamientos clave entre experiencias y narrativas libertarias en una temporalidad que se recorta desde su emergencia, primero como panelista televisivo, luego como candidato a las elecciones de 2021 al calor de la pandemia y su crítica a la cuarentena y, posteriormente, a la salida de ella, erigiéndose en letal detractor de los devastadores efectos de

una inflación incesante, exponiendo la incapacidad del “sistema de la casta” para contenerla. Su prédica recogió todos los temas que sus adversarios políticos abandonaron, para representarlos uno por uno bajo la forma de soluciones libertarias: contra la cuarentena, la libertad; contra la inflación, la dolarización; contra la desocupación, el emprendedurismo; contra la inseguridad, el derecho a la libre defensa; contra el sistema de la casta, el “que se vayan todos”. Así, al tratar no solo de un modo crítico y reactivo sino también propositivo los problemas que “la casta” negaba, el discurso de Milei permitió a jóvenes como los que aquí describimos construir su experiencia, darle sentido inmediato a su práctica, hacer público un malestar privado. La concreción de ese puente experiencial (del que nos habló Paul Willis) entre el malestar privado y el debate público y viceversa es uno de los logros del discurso de Milei.

A esta dimensión se suma un elemento complementario del modo en que Milei conecta con su público juvenil en un registro no consciente. Para Lévi-Strauss, la figura del chamán, con sus particularidades, realiza compromisos simbólicos imposibles para la colectividad sin la mediación de su figura. El cuerpo del brujo, que podría ser confundido con el de un “loco”, y su desempeño, más allá de su conciencia, son la pantalla que capta anhelos y devuelve imágenes para los “normales”. Milei, en tanto chamán, con su furia y sus excesos, su trance, su lucha por el reconocimiento (central en su experiencia y en las identificaciones que permite al público, tal como ha observado el periodista Carlos Pagni), es, además del que ayuda a reponer las coordenadas con un discurso consciente, el que ofrece una señal para la identificación masiva. Esto es algo que ocurre más allá de sus intentos deliberados y, por eso mismo, se vuelve eficaz, ya que pone en juego dimensiones más profundas y atractivas del simbolismo social.

La prédica de Milei encontró en la coyuntura electoral un campo fértil para que su llamado carismático le permita continuar ganando adhesiones: se revela como una interpelación política eficaz, porque opera de modo diferencial y, a su vez, transversal a distintos segmentos socioeconómicos. Entonces, si en un comienzo las identificaciones con Milei presentaron privilegiadamente algunas ocupaciones laborales (o fueron observadas en estos contextos), el avance del proceso electoral mostró que los sentimientos de agobio con el oficialismo fueron canalizados por el discurso libertario en una oleada masiva y transversal a las cuadrículas sociodemográficas.

En nuestra lectura de la crítica juvenil a la política, el Estado y la economía, pueden verse los anudamientos progresivos entre las sensibilidades juveniles que captamos bajo la categoría de mejoristas y el discurso libertario. A su vez, puede verse que entre los adherentes masivos de Milei se registra el impacto de su prédica, reconfigurando los horizontes de la derecha hacia una derecha popular y radical. Esto implica la

posibilidad latente de que a futuro, en el mediano plazo, la masiva adhesión que en la actualidad conquista la prédica libertaria logre ser fidelizada y activada en la dirección de un proceso de redefinición autoritaria del sujeto y los alcances de la democracia.

Bibliografía

Benza, G. y Kessler, G. (2022), "¿Qué nos enseñan las ciencias sociales sobre el impacto del covid-19 en América Latina?", *Cuestiones de Sociología*, vol. 26, nº 138.

Borovinsky, T. (2023), "Tsunamis de ira pública", *Panamá*, julio; disponible en <panamarevista.com/tsunamis-de-ira-publica>.

Ferro, U., Semán, P. y Welschinger, N. (2023), "Generación pandémica: lazos personales, laborales y políticos en las juventudes del AMBA", *Cuestiones de Sociología*, nº 29, UNLP.

Hoggart, R. (2013), *La cultura obrera en la sociedad de masas*, Buenos Aires, Siglo XXI.

McGee, M. (2005), *Self-help, Inc: Makeover Culture in American Life*, Óxford, Oxford University Press.

Nehring, D. y Röcke, A. (2023), "Self-optimisation: Conceptual, discursive and historical perspectives", *Current Sociology*, publicado *online* 12 de enero; disponible en <journals.sagepub.com/doi/10.1177/00113921221146575>.

Pinedo, J. (2022), "'¿Cómo se vivió aquí en la pandemia?': La trama convivial de la covid-19", *Mecila Working Paper Series*, nº 49.

Plot, M. (2023), "Poetas vigorosos", *Le Monde Diplomatique*, edición Cono Sur, septiembre ; disponible en <www.eldiplo.org/notas-web/poetas-vigorosos>.

Semán, P. (2006), *Bajo continuo. Exploraciones descentradas sobre la cultura popular y masiva*, Buenos Aires, Gorla.

Semán, P. y Welschinger, N. (2022), "El 'populismo de la libertad' como experiencia", *Le Monde Diplomatique*, edición Cono Sur, junio; disponible en <www.eldiplo.org/276-el-peligro-avanza/el-populismo-de-la-libertad-como-experiencia>.

Stefanoni, P. (2021), *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Visacovsky, S. y Garguin, E. (comps., 2009), *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*, Buenos Aires, Antropofagia.

Willis, P. (2014), *Profane Culture*, Princeton, Princeton University Press.

---

[53] Nuestra investigación se basó en una estrategia cualitativa para indagar las experiencias de jóvenes de sectores medios y populares. Para darle continuidad a una investigación previa en la que disponemos de más de cien entrevistas biográficamente orientadas a jóvenes del AMBA, llevamos a cabo dieciséis grupos focales con jóvenes de entre 17 y 26 años de sectores medios y populares del AMBA. Tanto la concepción como la preparación y la ejecución de los grupos focales difieren de la versión que se utiliza en la consultoría electoral. En nuestra práctica, el reclutamiento no se basó en profesionales de la convocatoria ni en habitués de los grupos. Tampoco previmos cuotas abstractas *a priori*, sino un balanceo de lo que iba surgiendo como resultado de los pasos previos, de acuerdo con una red de contactos que se amplió y diversificó en el tiempo. Fue importante situar los grupos en los entornos que nos pidieron los entrevistados: lugares que ellos eligieron por cercanía, comodidad y gusto en situaciones menos artificiosas que la que propone la cámara Gesell y el estudio al que se convoca a los invitados. Nos reunimos en casas, bares, heladerías y en escuelas del conurbano sur y norte, y también en barrios residenciales de clases medias-altas de la Ciudad de Buenos Aires, y la extensión de los encuentros se hizo mayor con nuestra afirmación en la técnica y los objetivos de la investigación. Este mismo patrón de relación y de emplazamiento permitió situaciones de gran expansión afectiva y de elaboración grupal, en las que las posibilidades de moverse, fumar, tomar alcohol, sentirse a sus anchas tanto como compartir las expresiones de angustia, el llanto y el desahogo eran dinamizadoras de la actividad.

[54] Sobre esta literatura, se ha discutido ampliamente en Semán (2006).

[55] *El monje que vendió su Ferrari* es un *best seller* motivacional escrito por Robin Sharma, un exitoso abogado que, luego de sufrir un infarto, abandona su vida profesional, su mujer y su casa, para viajar por la India con el objetivo de reflexionar sobre su antigua vida y encontrar así la sabiduría. Su libro *Audaz, productivo y feliz. Una guía para conseguir objetivos increíbles y dominar tu vida personal y profesional* ofrece propuestas prácticas para lograr un cambio rápido en los hábitos diarios y así alcanzar el máximo potencial de cada uno.

[56] Este punto anuda desde lo social-práctico lo que el capítulo 1 (de Morresi y Vicente) hace desde lo ideológico-político.

Acerca de las y los autores

Sergio Daniel Morresi. Es licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y doctor en Ciencia Política por la Universidade de São Paulo (USP). Actualmente, se desempeña como profesor asociado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral (FHUC-UNL) y como investigador del Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina (Ihucso-Conicet). Además, es docente de posgrado en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Socialaes (Flacso) Sede Buenos Aires, la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y la UBA. Es autor de libros y artículos de teoría política moderna y contemporánea, análisis político e historia reciente. Su actividad se concentra en el estudio del liberalismo, el neoliberalismo y las derechas políticas.

Ezequiel Saferstein. Es sociólogo, magíster en Sociología de la Cultura por el Idaes-Universidad Nacional de San Martín (Unsam) y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es investigador del Conicet en la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (Eidaes-Unsam) y docente en la Unsam y la UBA. Sus investigaciones se enfocan en las relaciones entre cultura y política en el mundo del libro, con atención a las transformaciones del espacio editorial, al rol de los editores y autores y a sus modos de intervención pública. En los últimos años, se ha aproximado al estudio de las derechas contemporáneas desde una perspectiva sociocultural, teniendo en cuenta las prácticas, rituales y representaciones de emprendedores culturales, autores, editores y lectores de esta vertiente. Coordina el grupo de investigación del Centro de Estudios y Políticas Públicas del Libro (Unsam), y dirige y forma parte de proyectos colectivos vinculados al estudio del campo editorial y la producción cultural en la Argentina y América Latina. Es autor del libro *¿Cómo se fabrica un best seller político?* (Siglo XXI, 2021).

Pablo Semán. Es sociólogo y antropólogo. Sus investigaciones se

centran en las experiencias religiosas, musicales, literarias y políticas de los sectores populares. Entre sus libros, cabe mencionar *Religiosidad popular. Creencias y vida cotidiana* (Capital Intelectual, 2004), *Bajo continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva* (Gorla, 2006), así como *Gestionar, mezclar, habitar. Claves de los emprendimientos musicales independientes* (Gorla, 2019, en coautoría con Guadalupe Gallo), y *Vivir la fe. Entre el catolicismo y el pentecostalismo, la religiosidad de los sectores populares en la Argentina* (Siglo XXI, 2021). Es investigador principal del Conicet y profesor del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (Idaes-Unsam).

Melina Vázquez. Es socióloga, investigadora del Conicet y profesora de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Cocoordina el Grupo de Estudios en Políticas y Juventudes (IIGG-UBA) y el Grupo de Trabajo "Infancias y juventudes" (Clacso). Sus investigaciones se centran en la participación política de jóvenes y las producciones socioestatales de las mismas desde el retorno a la democracia en la Argentina. En los últimos años, se dedicó al estudio de los activismos juveniles en las "nuevas derechas". Entre sus libros, cabe mencionar *Juventudes, políticas públicas y participación* (GEU, 2015), *Militancias juveniles en la Argentina democrática* (Imago Mundi, 2017, junto con Pablo Vommaro, Pedro Núñez y Rafael Blanco) y *Juventudes militantes desde la recuperación democrática* (IIGG-Clacso, de planificación prevista para 2023, junto con Pablo Vommaro y Dolores Rocca Rivarola).

Martín Vicente. Es doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires, investigador del Conicet en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (Uncpba) y docente de la Universidad Nacional de Mar del Plata (Unmdp). Sus temas de trabajo tienen como eje la historia político-intelectual de las derechas argentinas, en especial la tradición liberal-conservadora. Publicó *De la refundación al ocaso* (UNGS, 2015), cocoordinó los dos tomos de *Las derechas argentinas en el siglo XX* (Unicen, 2021 y 2023) y *La Argentina y el siglo del totalitarismo* (Prometeo, 2022). Muchos de sus artículos aparecieron en revistas científicas de la Argentina, Brasil, España, los Estados Unidos y Francia. Actualmente, trabaja en una biografía de Mariano Grondona.

Nicolás Welschinger. Doctor en Ciencias Sociales y licenciado en

Sociología por la Universidad de la Plata (UNLP), es investigador asistente del Conicet en el Idihcs-UNLP y docente en el Departamento de Sociología. Se desempeña como coordinador académico del Programa de Posgrado en Ciencias Sociales de la Fahce-UNLP. Sus últimas publicaciones son "El mercado vivido. La crítica del Estado, la economía y la política en las juventudes pandémicas" en *Cuadernos de Antropología Social*, "Generación pandémica: lazos personales, laborales y políticos en las juventudes" en la revista *Cuestiones de Sociología* y "Ganarse la vida tecleando. El boom de la programación en las juventudes durante la pandemia" en el libro *Dolores, experiencias y salidas. Un reporte de las juventudes durante la pandemia en el AMBA* (RGC, 2022).


Hagamos Argentina
grande otra vez
LA JULIO
ARGENTINO